





№ 2758



CAZA MAYOR Y MENOR

OBRAS DEL MISMO AUTOR

De venta en las principales librerías de España y América.

Ripios aristocráticos (7. ^a edición); un tomo en 8. ^o	Ptas. 3
Ripios académicos (4. ^a edición); en 8. ^o	3
Ripios vulgares (agotada), 4. ^a edición en prensa; un tomo en 8. ^o	3
Ripios ultramarinos ; monton 1. ^o , 2. ^o , 3. ^o y 4. ^o , 2. ^a edición, con el retrato del autor; cuatro tomos en 8. ^o	12
Se venden separados.	
Ripios geográficos ; un tomo en 8. ^o	3
Fe de erratas del Diccionario de la Academia (3. ^a edición); cuatro tomos en 8. ^o	12
Se venden separados.	
Des-trozos literarios ; un tomo en 8. ^o	3
Agua turbia , novela (2. ^a edición); en 8. ^o	3
La condesa de Palenzuela , novela; ¡A buen tiempo! , <i>íd.</i> ; Inconsecuencia , <i>íd.</i> ; La prueba de indicios , <i>íd.</i> ; Metamorfosis , <i>íd.</i> Estas cinco novelas en un grueso tomo en 8. ^o , con el título de Novelas menores	3
Rebojos ; zurrón de cuentos humorísticos (segunda edición); un tomo en 8. ^o	3
Parábolas ; un tomo en 8. ^o , con retrato.....	3
Capullos de novela (agotada), la 4. ^a edición en prensa; un tomo en 8. ^o	3
Agridulces (políticos y literarios); dos tomos en 8. ^o	6
Correccion fraterna ; un tomo en 8. ^o	3
Historia del corazón , idilio; agotada.	
D. José Zorrilla (biografía crítica).....	1
Pedro Blot (traducción de Paul Feval).....	2
Cuentos de a feitar (edición ilustrada).....	2
Sobre el origen del río Esla (con un mapa).	2
El «la» y el «de» (notas gramaticales).....	1

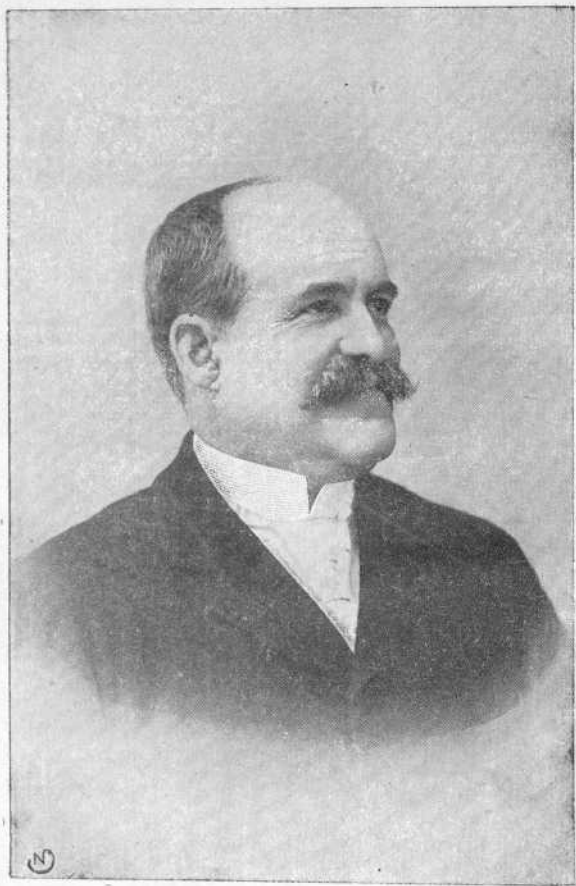
EN PREPARACION

Diccionario de la Lengua castellana.

El beato Juan de Prado.

Ratoncito Nosemás, novela.

Los pedidos á Perlado y Páez, sucesores de Hernando, Arenal, 11, y Quintana, 34.—Madrid.



Antonio de Valbuena

R-1525
CAZA

MAYOR Y MENOR

(NO HAY METÁFORA)

POR

D. ANTONIO DE VALBUENA

(MIGUEL DE ESCALADA)



MADRID

EST. TIP. DE LOS HIJOS DE TELLO

Impresor de Cámara de S. M.

C. de San Francisco, 4

1913

N.º 3907

R. 2649 (4)

Es propiedad del autor.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.

LA SAL Y LAS PALOMAS

Desde que he visto morir á las palomas víctimas de su afición á la sal, ya no me extraña que un ministro de Hacienda impusiera sobre la sal una contribucion, ni que los contribuyentes la pagaran.

Porque no debe de ser en las personas la afición á la sal uno de esos refinamientos de la civilizacion, que suelen constituir verdaderas extravagancias, cuando esa misma afición se halla en los animales que se gobiernan por el instinto, y precisamente es más pronunciada en los de instintos más suaves y más delicados.

La sal en nuestra santa Religion Católica es símbolo de la sabiduría, y por eso, al abrir al niño las puertas de la Iglesia por el Sacramento del Bautismo, se le ponen unos granos de sal entre los labios diciéndole: *Accipe sallem sapientiæ.*

Unos niños la chupan y la saborean muy

contentos, y otros se enfadan y la escupen; porque desde muy al principio se dividen los hombres en necios y sabios.

En nuestra hermosa lengua castellana, la sal es símbolo de gracia y de donaire. A la mujer que, sea ó no sea hermosa, tiene esa gracia, ese atractivo, ese encanto especial que hace amables á las personas y que es independiente de la hermosura, se la llama salada; y por contraposición, á la que carece de ese encanto, de ese atractivo y de esa gracia, aun cuando reuna las condiciones plásticas de la hermosura, se la llama sosa.

Y hay cantares en los que figura la sal en este sentido como cosa corriente, éste, por ejemplo:

«Con la sal que derrama
una morena,
se mantiene una blanca
semana y media.»

Ó este otro:

«Anda la ronda buscando
un contrabando de sal;
escóndete, vida mía,
que, si no, te prenderán.

Y pudiera citar otros muchísimos; pero con ser tantos y con ser tan usual y comun este sentido figurado de la sal, los académicos no le conocen.

Después de definir la sal en su sentido físico, llamándola «*substancia...*» dicen que significa figuradamente «agudeza, donaire, chiste en el habla». ¡Como si sólo hablando se pudiera tener sal! ¡y como si la sal no pudiera estar también en los gestos, en la sonrisa, en el andar, en todo!

Pero dejemos á los académicos, que ciertamente no tienen con la sal relacion ninguna, y volvamos á las palomas, que sobre ser más amigas de la sal, son mucho más graciosas y más amables.

Las palomas tienen una aficion á la sal tan decidida, que se sobrepone en ellas al instinto de conservacion y las hace poner su vida en peligro y aun perderla.

Esto quiere decir que la sal puede servir de cebo para cazar palomas, y en efecto sirve, donde, como y cuando verá el que siga leyendo.

¡Pobres palomas!... Me refiero á las torcaces, que viven en los montes y que tienen delante de sí todo el verano una tentacion irresistible: el salegar de las merinas.

Como todo el monte tienen por suyo, las palomas torcaces, que suelen pasar el invierno en las solanas, pobladas comunmente de robles, trasladan su mansion en el verano á las umbrias, á los hayedos, buscando la frescura.

Pasando por las bajaradas de un hayedo en

los días calorosos de Julio, desde las nueve de la mañana en adelante, se oye siempre á las palomas torcaces arrullarse amorosamente allá en medio del monte.

—¡Qué felices son las palomas!—dice uno al oirlas, si uno es algo romántico, y especialmente si está en aquella edad... y digo aquella porque la veo ya bastante lejana, en aquella edad hermosa de las ilusiones, entre los diez y ocho y los veinticinco años, cuando á uno se le figura que todo el monte es orégano,—¡qué felices son las palomas!

Pero ¡ay! que al lado de la felicidad suele estar siempre la desgracia.

Y la desgracia de las palomas consisto en que hacia las faldas de los hayedos suele haber majadas de merinas.

¿Ven ustedes aquel hayedo inmenso que se extiende por toda la parte setentrional de la cordillera que separa la cuenca del río Cea, en su nacimiento, de la del Esla? Pues allí, un poco más al Oriente del valle de Reidelavara, ó Río de la vara, en aquellas camperas, que sin duda por lo agradable de la estancia en ellas se llamaron las Muelles, allí hay una majada de merinas.

¿No ven ustedes el chozo junto á las primeras hayas? Y cerca del chozo, en aquel cerrillo pelado de la derecha, ¿no ven ustedes un corralin cercado de llatas secas y cándanos y que en el interior tiene colocadas á cierta

distancia unas de otras, muchas losas que relucen con el sol? Pues aquel corralin es el salegar; en aquellas losas echan los pastores la sal á las merinas una vez cada semana, ó cada quince días lo más tarde; y allí bajan luego las palomas á escoger entre la tierra los granos de sal que de las losas dejaron caer las ovejas.

En cuanto avanza la mañana y comienza á apretar el sol y el ganado se recoge en el sestil y los pastores se echan á la pámpana rota y se duermen á la sombra de las hayas, dicen las palomas: ¡Esta es la nuestra! Y revolando de haya en haya, ó de un vuelo solo, porque esto va en genios, bajan al salegar y se ponen á picar la sal tan satisfechas.

Porque no han reparado que á una orilla del corralin, y apoyado contra el cierro, hay un monton de ramas verdes.

Es decir, hay una cosa que parece que no es más que un monton de ramas, y así lo creen las palomas, y ustedes tambien, ¿no es verdad?

Pues no, no es verdad. Aquello que parece un monton de ramas es una chocilla, donde seguramente hay un cazador escondido.

¿Que no?... ¡Vaya! ¡Si lo sabré yo que he estado allí muchísimas veces!

Y he tenido que reformar la choza con ramas nuevas cuando las de los días anteriores se habían secado. Porque las ramas han de es-

tar verdes y con la hoja fresca para dos fines: para que no le vean á uno las palomas, y para que el sol no le vea á uno tampoco ni le abraze.

El tiro es seguro. Como que si las palomas se enteraran del Código penal, nos acusarían de asesinato, porque hay en el caso, además de la seguridad, premeditacion y alevosía.

Verán ustedes...

Las pobres palomas bajan al salegar confiadas y se entregan á su tarea de buscar granillos de sal alrededor de las losas. En estos primeros momentos no se las suele poder tirar, porque el mismo levante de las losas, á cuya vera discurren, lo impide.

Poco despues, cuando han satisfecho ya el primer deseo, se suben encima de las losas, dando un saltito con mucha gracia, y se ponen á escogollarse...

Todavía no es la hora de tirar, porque regularmente no se podría matar más que una... y vale más esperar otro poco...

Porque luego, á lo mejor, se juntan dos encima de una misma losa y comienzan á hacerse mimos...

Entonces... el cazador despiadado... Porque hay que desengañarse; todos los cazadores somos despiadados... Yo mismo, que en circunstancias normales y ordinarias soy persona caritativa y tengo piedad aun de los animales, y hasta de los académicos, en cuanto

ejerzo de cazador, vamos, en cuanto cojo la escopeta, ó la pluma, y veo las palomas ó los disparates del Diccionario... ¡Adios! ya no tengo piedad de nada.

Y, como iba diciendo, cuando dos palomas se reunen sobre una misma losa y se ponen á hacerse monadas, entonces el despiadado cazador... ¡pum! dispara y... palomas muertas, ó mal heridas revoliteando.

* * *

Mientras el matador recoge las víctimas y las mete en el morral, las otras palomas, las que han tenido la fortuna de quedar ilesas, levantan el vuelo muy asustadas y van á posarse cerca de lo más alto del monte.

Pero desde allí ven el salegar todavía, continúan teniendo la tentacion delante; y como todo ha vuelto á quedar en silencio despues del tiro, y el salegar está al parecer completamente solo y abandonado brindándolas con su favorito manjar, á los diez minutos la más impaciente da un vuelo corto y se coloca un poco más abajo. La sigue luego otra, y despues otra, y al cabo todas hacen lo mismo.

Otros diez minutos más tarde levanta otra el vuelo y se determina á bajar hasta medio monte... á donde la sigue al instante otra que no quiere ser menos, y luego las demas...

Y por último, á la media hora están ya todas otra vez picoteando la sal tan contentas.

Y, es claro, si el cazador ha tenido paciencia para esperar media hora más, se vuelve á repetir el crimen con las mismas circunstancias agravantes de la vez primera.

¡Pobres palomas!

Y pobre de mí, que despues de tanto hablar de la sal, se la he dejado picar á las palomas y no he guardado nada para el artículo.

LA CAZA DE FAISANES

Es creencia muy general, sin que por eso deje de ser muy errónea, la de que no existe el faisán en España.

La mala costumbre de creer á pies juntos al catedrático de Historia Natural, y al revisitero de banquetes, y al Diccionario enciclopédico, ha hecho arraigar, hasta en las personas que se llaman ilustradas, la idea de que el faisán es en estas tierras una ave exótica como el papagayo, siendo por consiguiente los faisanes que se conocen por estos países de Europa occidental, producto exclusivo de la industria, sin que se den, particularmente en nuestra Península ibérica, otros ejemplares de la apreciable gallinácea más que los que vienen ya muertos de los criaderos de alrededor de Paris á ser expuestos en el escaparate de Lhardy para excitar la golosina de nuestros personajes políticos.

Todos hemos leído alguna vez noticias de

banquetes regios ó si se quiere ministeriales, y hemos visto llamar allí al faisán «el ave de la Cólquida». Todos hemos oído á Galdo, ó hemos leído en la *Zoología* de Pérez Arcas, despues de aquello de que el nombre del *faisan* viene del latin *phasianus*, que es como los romanos le llamaron por haberle encontrado en las orillas del río *Phaso* en la Cólquida (Mingrelia), aquello otro de que hoy la raza principal (*phasianus colquidus*) vive extendida por todo el Cáucaso, y la tienen los países occidentales de Europa en domesticidad ó en estado semisalvaje en los parques para aprovechar su carne, que es exquisita. Todos hemos podido leer en el *Diccionario enciclopédico* de Larousse, especies análogas.

Y, sin embargo, no en domesticidad ni en estado semisalvaje, sino en estado salvaje del todo y completamente libre, se encuentra el faisán en las agrestes montañas de Leon, principalmente hacia la confluencia de la actual provincia de este nombre con las de Santander y Asturias.

Y se encuentra en abundancia relativa, aun cuando la manera de cazarle es la más á propósito para la completa destruccion de la especie, puesto que se le caza en la época del celo, cuando el macho y la hembra se reclaman, ya emparejados.

Así y todo, digo que se encuentra con cierta abundancia en los montes de Espinama,

Pembes, Cosgaya, Bejo, Ledantes y otros de la provincia de Santander, en los de Pedrosa del Rey, Riaño, la Vega Cerneja, Cuénabres, Casasuertes, Retuerto, Acebedo, Buron, Barniedo, Villafrea, Valdeon, Sajambre, etc., etc., en la provincia de Leon, y en los de Tarna, Sobrefoz y otros, en Asturias. Por eso en los meses de Mayo y Junio, que es la época en que se les suele cazar, es raro el día de mercado que no hay en Potes, Riaño y Cangas de Onis faisanes de venta, que por cierto no suelen valer más que cinco ó seis pesetas.

El faisán, como casi todas las gallináceas, anida en el suelo, se encarga de la empollacion la hembra exclusivamente, y en cuanto los polluelos rompen la cáscara del huevo, abandonan el nido y echan á correr por el monte detras de la madre.

Cuando algun cazador ó algun pastor da con un nido de faisanes durante la incubacion, cosa poco frecuente, porque los esconden mucho entre la maleza, suelen preparar un lazo con tanza (para que sea más difícil de ver) rodeada á la parte superior del nido con lazada corrediza y anudada por el extremo á una cuerda larga para poder tirar desde lejos cuando la hembra haya vuelto á empollar y aprisionarla por las patas; pero muy rara vez se logra el objeto, ya porque la faisana ve la tanza y la quita cuidadosamente con el pico

antes de meterse en el nido, ya porque oye los pasos del que va á tirar de la cuerda, y se marcha.

La manera más general y casi exclusiva de cazar estos pájaros es á tiro, aprovechando para descubrirlos el canto con que el macho reclama á su pareja; y como esto acontece á las altas horas de la noche, ya contra el amanecer, á la misma hora, poco más ó menos, en que cantan los gallos, la caza del faisán resulta difícil y trabajosa.

Hay que aprovechar las noches de luna, pues de otro modo la puntería es poco menos que imposible, y, naturalmente, hay que pasar la noche al raso. Pero todo se da por bien empleado cuando se tiene la fortuna de descubrir al faisán, de tirarle y de ver caer tan hermosa pieza.

Todavía me acuerdo y me acordaré siempre de la primera vez que fuí á cazar faisanes. Era yo estudiante y acababa de llegar á mi pueblo, en los primeros días de Junio, recién examinado con la nota de sobresaliente.

Un cazador muy decidido y perito en el arte, como que no había vuelto á leer, despues del catecismo del padre Astete que aprendió en la escuela, ningun otro libro más que la *Instrucion de cazar*, me brindó á ir á faisanes una noche, y acepté el convite. Sentía mucho perder de dormir, como se siente eso á los diez y ocho años, pero la novedad de la aventura me

encantaba y me seducía de tal modo que me hizo renunciar al sueño.

Después de cenar esperamos un poco á que saliera la luna, y á las once y media que comenzó su luz á platear las cimas de los montes, salimos nosotros de casa y echamos á andar hacia el sitio elegido, que era de todo el término de la ilustre villa el que tenía fama de más ameno para los faisanes.

Anduvimos por llano un cuarto de hora, y luego comenzamos la subida á la Majada de Valmedian, subida larga y fatigosa, que Joaquín, pues así se llamaba mi maestro y compañero de caza, procuró hacerme corta y suave contándome lances y aventuras del oficio.

—Quédate aquí—me dijo, cuando llegamos á la Majada, señalándome un corro de escobas debajo de unos robles muy altos, —quédate aquí, que á estos robles es muy fácil que vengan. Yo me voy á esta escampada de más arriba. Si oyes cantar el faisán y le ves en un roble, mira antes de tirarle á ver si ves la faisana, que suele estar en las ramas de más abajo, y en este caso tira primero á la faisana, porque el macho cuando está cantando no oye el tiro, y te dará tiempo de cargar otra vez y tirarle; así como cuando no canta tiene el oído muy fino y el más leve ruido le ahuyenta.

Con estas instrucciones me quedé en el puesto, donde permanecí más de dos horas sin oír nada más que el rugir constante y monó-

tono del río Esla en los sotos de enfrente, al saltar el puerto destinado á tomar agua para regar las vegas, y al encajonarse despues en el gollizo de boca de Valleson y al desparramarse luego alegremente en la ralda del Cutiello.

Por fin, se me hizo ya el tiempo muy largo, no tuve paciencia para más, y abandonando el escondite, me corrí monte arriba hacia donde mi compañero estaba.

Apenas me había sentado junto á él empezamos á sentir á lo lejos un graznido áspero, de ritmo parecido al de la perdiz, pero de timbre más chillon y penetrante.

—¿Oyes?—me dijo:—son los faisanes.

—Sí, ya los oigo—le contesté.—Cantan hacia el Argomenal.

—Es verdad. ¡Si hubiéramos ido para el otro lado!... Pero eso era para sabido, que esté en gloria...

El Argomenal era otro monte de la parte opuesta del valle, al otro lado del río.

—¿No podemos ir allá, pasando el río por el puerto?—repliqué.

—No, no es posible. Aunque parece que estamos cerca, contando con la bajada y la subida y el paso del río y uno y otro, tardábamos en llegar cerca de una hora, y cuando llegáramos ya habría amanecido. Va á amanecer muy pronto.

—¡Qué lástima!...

Seguía yo escuchando con pena el graznido

lejano del faisán, cuando de repente sonó otro igual encima de nosotros.

—¡Cogollo!—dijo Joaquín:—ya los tienes aquí. Mírale, mírale—añadía muy bajito, apuntando con la mano hacia un roble;—mírale en aquella rama que cae hacia la derecha; mírale cómo encoge y estira el cuello conforme canta.

—Tírale—le dije yo.

—No, ese bien seguro está por un rato; deja á ver si acude por ahí la hembra...

Y en efecto, poco despues, vimos ya á ésta revolar desde una de las ramas bajas del roble á otra un poco más alta.

—¿La ves?—me dijo mi amigo.

—Sí.

—¿La quieres tirar?

—No; tírala tú—le dije;—yo nunca he tirado de noche y tengo miedo de no acertarla... Y es preciso que la llevemos.

—Bueno: pues tú tirarás despues al faisán. Estate mirándole por si acaso siente el tiro, y si ves que se mueve *arréale*; pero probablemente no se moverá.

Diciendo esto disparó su escopeta del antiguo *régimen* sobre la faisana, que cayó como un trapo, mientras el faisán seguía cantando sin enterarse de nada.

Por eso en tierras de Leon, cuando una persona se distrae hablando y no atiende ni contesta á lo que la preguntan, se dice que

se embebe en el cántico como los faisanes.

—Vamos, tírale ahora—me volvió á decir mi compañero.

—¿Y si no le acierto?...

—Si no le aciertas... tal día hará un año, y que vaya con Dios, que ya tenemos ésta, y para una noche me parece que no es poco. Tírale, cogollo, tírale.

Obedecí, apunté lo mejor que pude, disparé y vi caer al faisán dando tumbos de rama en rama.

La alegría que sentí yo entonces no es para dicha. Pero no me duró más que un momento, y se trocó al siguiente en el desconsuelo más profundo, al ver que el enorme gallináceo, apenas cogió tierra se rehizo, y, arrasando una ala, echó á correr al monte abajo.

No había hecho el tiro más que aliquebrarle.

Afortunadamente, mi compañero que, como buen conocedor de las maturrangas de estos pájaros y de las de todos, estaba muy alerta, apenas le vió huir echó tras de él, y enarbolando la escopeta cogida por la boca, le ataravinó de un sartenazo.

—¡No te vas, cogollo, no te vas!—decía retorciéndole el pescuezo... Y con un faisán cada uno á la espalda, ufanos y orgullosos los dos como conquistadores á la vuelta del triunfo, entrábamos en Pedrosa al amanecer, cuando salían las cabras al repasto.

LAS CODORNICES Y LOS ALAVESES

Si has estado alguna vez en Vitoria, lector benévolo, seguramente convendrás conmigo en que no es posible que haya más perros en ninguna otra ciudad del mundo.

Ni en Constantinopla, donde es fama que acuden á bandadas, porque lo pasan admirablemente.

Si has madrugado un poco y has pasado por la calle de la Cuchillería, verbi gracia, á eso de las ocho en el invierno, ó á eso de las seis en el verano, habrás visto á cada veinte pasos un montoncito de barreduras que el carro irá recogiendo poco despues, y sobre cada montoncito media docena de perros escudriñándole y disputándose, no siempre con buenas maneras, la parte aprovechable.

Si viendo todo esto, has observado ademas que de cada media docena de perros, los cinco casi siempre, y alguna vez los seis, son de caza, puede ser que hayas llegado á dudar si te

hallas en una ciudad fabril é industrial laboriosísima, como realmente lo es Vitoria, ó en un campamento de cazadores.

La verdad es que hay muchos cazadores en la capital de Alava y aun en los demas pueblos de la provincia, cazadores que por regla general no ejercen más que en la época de las codornices.

El resto del año le pasan haciendo proyectos y preparativos para el mes de Agosto, que esperan, con poco menor ansiedad que los antiguos patriarcas, el santo advenimiento.

Apenas acaban de marcharse, á la entrada del invierno, las pocas codornices que han podido escapar de su fuego graneado, comienzan ya á hacer conjeturas, fundadas en el estado atmosférico ó en la manera como empiezan á nacer los trigos, sobre si el año venidero será abundante ó será escaso, no de cosecha, por supuesto, sino de caza.

Cuando el trigo está en cierna, comienzan ya á tratar de averiguar si la cosecha vendrá temprana ó vendrá tardía, cuestion mucho más importante de lo que á primera vista parece; porque si viniera muy temprana, sería posible que empezara la siega á la mitad de Julio, y estuviera ya levantado el fruto, y por consiguiente, se abriera la caza el 1.º de Agosto, lo cual no suele suceder casi nunca; mientras, por el contrario, si viniera muy tardía tambien sería posible que para el 15 de

Agosto, época ordinaria de abrir la caza de la codorniz en Alava, estuvieran los trigos á medio segar y el Gobernador tuviera que retrasar la apertura hasta el 1.º de Setiembre.

¡Ahí es nada! ¡Puede haber hasta un mes de diferencia!

Por eso en cuanto empiezan á dorarse las espigas, la ansiedad crece, y los cazadores más aficionados se reúnen todos los días en el comercio de Tolosana y en el estanco de Pozueta á comunicarse y á comentar las noticias que, sobre el avance más ó menos lento de las mieses hacia su madurez, han traído los aldeanos.

—No hay esperanza—dice un pesimista:—me ha dicho el alcalde de Zaldueño que por allí viene todo muy atrasado: todavía tienen flores las habas, y el grano del trigo está en leche.

—Bueno; pero aquello ya se sabe que es lo más tardío—replica un optimista moderado;—y lo que puedo decir es que el padre de una de mis criadas, que es de Alegría, me dijo ayer que allí el campo se está dando muy aprisa, que no se conoce de un día para otro, y que como caigan unas gotas de agua, con lo cual dice que se acelera mucho, no tardarán una semana en meterle la hoz... Y lo que es codornices, creo que hay muchísimas...

—Las mismas noticias tengo yo—dice otro—de la parte de Zurbano... y de Ozaeta, donde empezarán á segar hoy ó mañana...

—¡Toma!—interrumpe uno que acaba de entrar.—Pues si yo he oído..., y el caso es que no me acuerdo á quién, que en Margarita estaban ya anteayer segando una cebada...

—Será en Mendoza.

—Bueno; es lo mismo.

—Y será verdad - añade otro más optimista todavía,—porque en Nancrales y en Zumelzu ya creo que andan trillando...

Y así van poco á poco aproximando cada vez más la recolección, y con ella el fin de la veda, hasta que alguno de los concurrentes, alarmado con tanta proximidad, se levanta y dice:

—Señores, me voy á cargar cartuchos; que todavía no tengo más que doscientos...

Y se suspende la sesión, para reanudarla algunas horas después y volver á tratar de lo mismo.

Quando las noticias del campo no son del todo satisfactorias; cuando no se puede cazar en la llanada el 1.º de Agosto, ni hay seguridad de que se pueda el 15, suele suceder que á los cazadores más decididos se les acaba la paciencia, y en lugar de esperar en Vitoria la apertura, se montan con sus escopetas y sus perros en el primer tren que acierta á pasar, y se van á la Bureba ó á la Rioja, donde las mieses maduran más temprano y donde siempre se empieza el 1.º de Agosto á cazar codornices. Pasan por allá seis ú ocho días, comiendo mal, durmiendo peor, cansándose mucho,

y vuelven una tarde cubiertos de polvo y de sudor, con alguna veintena de codornices que les salen á duro cuando menos.

Al fin, como todo llega en este mundo, llega tambien el día de la apertura de la caza, y sin dejarla que acabe de llegar, la víspera por la tarde comienzan á salir de Vitoria en todas direcciones y por todos los *portales*, como llaman ellos á las entradas de la ciudad, cazadores y perros, desparramándose por la fértil y hermosa llanada de Alava, cazadero cómodo y abundantísimo.

Es aquélla una tarde de animacion extraordinaria; porque á más de los cazadores que salen á pie y se meten por el restrojo en cuanto dejan atras las últimas casas, salen tambien coches y ómnibus con cuadrillas de cazadores que van más lejos, que tienen tomada una casa en Arcaya ó en Villarreal, en donde se proponen pasar los cuatro ó cinco días primeros, para lo cual llevan el vehículo atestado de municiones de guerra y de boca, y chismes de cocina y camas de campaña.

Al cuarto de hora de haber comenzado á salir los cazadores, se empiezan á sentir los tiros, que menudean cada vez más, hasta el extremo de que hacia la puesta del sol parece que se está dando una batalla en los alrededores.

Poco despues comienza á oscurecer, ya no se ve á tirar y se suspenden las hostilidades.

Los vencidos que han podido librarse del plomo invasor, se reúnen, aprovechando el armisticio, en las tierras que están por segar y en las orillas de los cauces para reponerse del susto. Los vencedores vuelven á la ciudad cargados con el botin, y aunque sea á costa de algun rodeo, procuran entrar por la parte del Mediodía para enseñar por entre las mallas de la redcilla del morral una desordenada mezcla de alas y de cabezas de codorniz, á la gente elegante que está tomando el fresco en el aristocrático paseo de la Senda.

—¿Qué tal ha pintado?—le dice á un cazador un amigo echándole mano á la red al mismo tiempo.

—Así... regular... No he matado muchas, pero son buenas... anduve poco... salí muy tarde...

Por la noche no se habla de otra cosa, sino de los acontecimientos del día, de los lances de la caza. No se oyen más que conversaciones como ésta:

—Joaquin pegó una perdigonada al perro.

—¿Sin querer?

—No; á propósito; porque no *traía*.

—Pues así *traerá* mejor.

—Así ha traído los pies arrastrando.

—Peor fué lo de Juanito, que por poco no mata al alcalde de Alí: no le vió; estaba detrás de unos espinos, y le pasaron los perdi-

gonas silbando junto á los oídos; tanto que uno le atravesó una oreja.

—¡Pues si se descuida!

—¿Y éste que estuvo allá toda la tarde y no trajo nada?

—Es verdad; no pude tirar más que á dos, y no cayeron... Pero á lo menos yo confieso mi desgracia, y no engaño á la gente como hacen otros.

—¿Es alusion?

—¿A ver, á ver?

—Que se diga, que se diga.

—Pues lo diré. El año pasado comí yo un día en la taberna de Durana, para quedarme á cazar allí por la tarde, y estando comiendo, llegó el tabernero que tambien había salido á codornices. —¿Todas esas traes?—le dijo su mujer viendo que no traía ninguna. —¿Y para eso has estado allá toda la mañana? —¿Qué quieres?—la contestó él. —Algunas maté, pero se las tuve que dar á un señorito de Vitoria que no había matado ninguna y no quería volver sin ellas... No me las pagó mal, eran siete y... mira.—Y enseñó un duro.

Carcajada general.

—¿Y no supiste quién era el señorito?—le dijeron.

—¡Vaya si lo supel!

—¿Quién era, quién era?

—Se dice el pecado, pero no se dice el pecador.

En estos corrillos que se forman todas las tardes al volver del cazadero se cuentan cosas muy curiosas.

Verbi gracia:

—¿No sabéis lo que le pasó ayer tarde á Z. con el perro de T.?

—¿Qué le pasó?

—Una cosa muy chusca. No pudo T. ayer tarde salir á caza porque estaba muy ocupado en el comercio con un viajante aleman; y el pobre perro, que, como sabéis, tiene tal afición que el día que su amo no sale, se va con cualquiera que lleve escopeta, vió pasar á Z. y se fué con él muy contento. En cuanto entraron en las primeras tierras le echó una codorniz admirablemente; sonó el tiro, y la codorniz se fué con más vida que tenía. El perro se quedó un poco desconsolado, pero aguardó á que Z. pusiera otro cartucho. Siguiéron por el restrojo, y á los dos minutos quedó el perro puesto: salió otra codorniz muy bien, la tiró Z. y... nada, se marchó como la primera. El perro se quedó un poco triste y como desalentado mirando al cazador, y aun cuando éste, despues de poner otro cartucho, echó á andar, no le seguía. Le llamó Z. por su nombre, le acarició, y volvió el perro á olfatear en la restrojera. No tardó en hallar otra codorniz que salió igual que las otras dos como para abrasarla. No cayó tampoco, y entonces el perro dió media vuelta,

sacó un trotecillo y se volvió hacia el pueblo. En vano fué ya llamarle: porque el perro atendió, se volvió á mirar á Z. y meneó un poco el rabo como agradeciéndole los halagos, pero reanudó su trote y se vino á casa...

—Claro, el pobre animal diría: ¿qué pinto yo al lado de este hombre?

El caso fué muy celebrado.

LA CAZA DEL OSO

I

Los que se fundan en la desaparicion de ciertas especies para atribuir millares de siglos de antigüedad al mundo, debieran parar mientes y fijarse un poco en la rapidez con que el gran plantígrado va desapareciendo.

A principios de la Edad Media era tan comun en España que, no sólo se merendaba un príncipe cuando caía la ocasion, ó mejor dicho, cuando caía el príncipe, sino que andaba como por su casa por los alrededores de Madrid, encaramándose á los madroños, tal como le representan las armas de esta villa, de la que aun hoy es apellido principal, á pesar de tener que compartir su señorío con los reyes constitucionales.

En los siglos xv y xvi todavía se le encontraba con cierta frecuencia, no exenta de peligro, en los montes menores de ambas Casti-

llas, aun cuando los atravesaran caminos reales, como lo prueba el susto que un individuo de la raza dió en paraje bien céntrico á la Reina Isabel la Católica.

En el siglo antepasado (XVIII) aún era el oso huésped ordinario de Sierra Morena, segun se desprende del popular romance de *Rosaura* (la del *Guante*), quien habiendo salido una tarde á tomar el fresco no muy lejos de la quinta que tenía su padre á cuatro leguas de Córdoba, se encontró con

un oso, cuya braveza
causaba terror al verlo;

siendo de advertir que aun cuando la relacion es novelesca, no deja por eso de servir de autoridad para el caso, pues seguramente no se hubiera atrevido el poeta á fingir el encuentro del oso en aquellos sitios, si fuera entonces tan inverosímil, tan imposible como ahora.

Aun en este siglo, y cuando andaba ya cerca de mediarse, parece que quedaba algun ejemplar del oso en la sierra de Segura.

Hoy apenas subsiste en los Pirineos. Por de pronto, falta en toda la parte oriental y en la occidental, como falta tambien en grandes extensiones de la cordillera cantábrica, en la comprendida, por ejemplo, desde el Baztan hasta Reinosa, encontrándose únicamente con alguna abundancia, pero abundancia sólo re-

lativa que cada día se va pareciendo más á la escasez, hacia la confluencia de Leon con Santander y Asturias, es decir, en los montes de Valdeburon y de Tierra de la Reina, en los de Liébana, Valdeon y Sajambre, en los Beyos y en Tarna. Medio siglo más de creciente profusion y baratura de las armas de fuego, y el oso habrá desaparecido de nuestra tierra.

La caza del oso es muy divertida, pero no deja de ser arriesgada. Y eso ahora, que se le caza á tiro, pues antes de la invencion y de la perfeccion de las armas de fuego, tenía que ser sobremanera peligrosa.

Por de pronto, hay que advertir que los perros, esos excelentes compañeros del cazador, y grandes auxiliares en la caza de otros bichos, tratándose del oso, como no sea para descubrirle, no sirven para nada. Apenas hay perro, por bravo que sea, que se atreva á tirarse al oso, y el que se atreve á tirarse á él, perece en sus garras ó sale mortalmente herido.

Tambien hay que tener en cuenta que la nieve, factor importantísimo en la caza del corzo y del jabalí, como que en llegando á una vara su espesor ya no pueden bandearla, al oso no le sujeta nunca, pues aún con la industria de los barahones, que usan los cazadores para no hundirse, el oso siempre sobrenieva más que ellos; de modo que la nieve sólo puede servir para seguirle el rastro.

Los que conocen el oso únicamente por los

tratados de Historia natural, es decir, los que no le conocen, creen que se le puede cazar de varias maneras, de las cuales efectivamente no se le caza. A primera vista parece la cosa más fácil del mundo matar un oso con un chuzo ó con un venablo (que, entre paréntesis, no es *lanza corta*, como dice el Diccionario de la Academia), pero hay en ello una dificultad muy parecida á la que había entre los ratones para echar el cascabel al gato. ¿Quién es el guapo que le clava el chuzo ó el venablo al oso?

Una vez, en un pueblo de Valdeburon, un jóven á quien yo conocí y traté cuando ya iba para viejo, tiró á un oso y la bala le atravesó los cadriles. Así descadrilado se arrastró hasta un arroyo de donde ya no pudo salir nunca. Como no estaba lejos el lugar, en cuanto se supo la noticia acudió medio concejo á ver el milagro, y cuando se convencieron de que el oso no se podía mover, se entregaron á todo género de experiencias. Le empizcaban los perros inútilmente, pues ninguno se arrojaba á morder; y aún sin que le mordieran, á los que se aproximaban ladrando, les hacía caricias muy dolorosas. Quisieron herirle con venablos, pero antes de que le llegaran al pelo, echaba la boca y doblaba el venablo poniéndole como una legra, ó echaba las manos y hacía pedazos el asta. Para acabarle de matar tuvieron que tirarle otro balazo á la cabeza.

Y si tal se defiende del arma blanca un oso herido, caído de medio atras, imposibilitado de moverse del sitio y sin poder apenas manejar las manos por tener que sostenerse sobre ellas, ¿qué hará un oso libre? ¿De qué servirán contra un oso completamente sano venablos y chuzos?

Recuerdo haber leído en un libro de Historia natural una manera de cazar el oso, en teoría muy ingeniosa, pero en práctica muy imposible y por ende muy necia. El arma era un venablo de asta larga y fuerte, sobre la cual, media vara distante del cubo, iba atravesado en forma de cruz otro palo también fuerte y grueso. El método consistía en encontrar el oso muy cerca y hostigarle para que acometiera al cazador. Como el oso al acometer al hombre se pone de pies, no había más que presentarle en seguida el venablo en el pecho: entonces echaba él las manos al travesaño, y tirando hacia sí, se clavaba el hierro en las entrañas. Pura imaginación y pura fábula, no solamente por lo difícil de presentar el venablo al oso, sino porque aun presentándosele en la forma que el método requiere, el oso, lejos de apretar y clavársele, le desvía. ¡A buena parte van los naturalistas con engaños!

No conozco nada más injusto que la fama de tonto que lleva el oso entre la gente. Tuviéranle por feo y desairado para bailar, y no

habría nada que decir; pero eso de que se le tenga por tonto, no puede pasar sin protesta. Al contrario; el oso es un animal muy listo y de instinto superior. En muchas cosas, y desde luego en todas las que le interesan, sabe más que muchísimos escritores. Pero no perdamos el hilo.

Quedábamos en que es difícilísimo, por no decir imposible, cazar el oso con venablo, y hemos de quedar en que no se le caza más que á tiro. Por eso abundaba tanto antes de la invencion de las armas de fuego; porque no se le cazaba apenas, porque era muy difícil cazarle. Y por eso ha escaseado despues y va escaseando cada vez más, á medida que las armas de fuego se perfeccionan y se vulgarizan; porque se le caza mucho.

Para dedicarse á la caza del oso conviene estudiar sus inclinaciones y sus costumbres.

El oso es omnívoro: dando en ello prueba de cacúmen, y hasta si se quiere de buena educacion, come de todo. Sólo que, y esto es aun mayor prueba de *talento*, las cosas buenas le gustan más que las cosas ruines, y teniendo á mano de las primeras no suele comer de las últimas.

Cuando veo á los empleados de la casa de fieras de Madrid repartir á los demas moradores de aquellas jaulas sendos tajos de buena carne, y en llegando al oso, despacharle con media espuerta de tronchos de berza, mondas

de patata y otras porquerías, entremezcladas con algunos rebojillos de pan muy contados, casi me da lástima del pobre animal, que, teniendo el paladar más fino que ninguno de sus compañeros de reclusion, se ve condenado á comer peor que ellos, sin otra razon que la que tenía el injusto dueño del burro de la fábula para darle de comer paja sola:

«Toma, pues que con eso estás contento».

Y la prueba mejor de que el oso tiene el paladar mucho más fino que las demas fieras, es que la miel, que es el más rico de los manjares, le gusta muchísimo; no pudiendo decirse que no se hizo para su boca, como se dice que no se hizo para la boca del asno, porque realmente el oso la come con frecuencia.

Es sorprendente la manera como se provee de este artículo. Porque las abejas se alimentan mejor que en poblado y porque la miel resulta más fina y más aromática, suelen los labradores tener sus colmenares en el monte. Hacen una pared por el Norte contra el cierzo, con un poco de diente en cada extremo contra el gallego y el solano, si es que no se lo da hecho todo naturalmente alguna peña; ponen sobre la pared un tejadillo que vuela al Mediodía, y en aquella solana, delante de aquella pared y debajo de aquel tejadillo, colocan verticalmente los cepos ó colmenas, cercándolo

todo con una sebe de espinos para que los ganados no lo destrocen por ir á rascarse. Pero al oso no le estorba la sebe y... si se empica á un comelnar, ya le ha caído que hacer al dueño. Como no le aceche y le mate, ó por lo menos le atemorice yéndose á dormir allí dos ó tres noches y haciendo una buena lumbré, pues el oso tiene miedo al fuego, cada noche se llevará un cepo, hasta que los acabe.

No se detendrá á comer la miel en el colmenar, no; entre otras causas, porque en cuanto se pusiera á escorchar el cepo le picarian las abejas en la boca. Para librarse del aguijon de las abejas, que no por estar de ordinario medido entre miel es dulce, sino muy doloroso, cogerá el cepo y se marchará con él debajo del brazo hasta el primer arroyo que encuentre: allí meterá el cepo en el agua y le dejará un rato para que las moscas se ahoguen; cuando le parezca que ya han tenido tiempo de ahogarse, le volverá á sacar y se comerá tranquilamente los panales.

¡Qué maravilloso instinto el de esta fiera!
¡Qué admirable es Dios en sus obras!

II

La creencia vulgar de que, aun dentro de la especie del oso comun (*ursus arctos*, Lin.), hay una raza de osos frugívoros ó herbívoros, otra de osos hormigueros y otra de osos carnívoros, no tiene fundamento. Ya he dicho que el oso es omnívoro y que prefiere en su alimentacion lo mejor á lo peor en igualdad de circunstancias.

«Su régimen alimenticio—ha dicho con razon el Sr. Pérez Arcas hablando del oso—es casi siempre vegetal, pudiendo hacer uso, sin embargo, de materias animales.» Y en otra parte dice: «Se alimenta de frutas, retoños de árboles y algunas raíces; ataca, cuando está hambriento, á toda clase de ganados, y aun al hombre mismo.» En esto ya no tiene razon ni está bien enterado el Sr. Pérez Arcas; porque ni el oso necesita estar hambriento para atacar á los ganados, ni por muy hambriento que esté llega á atacar al hombre. Cuando le ataca es por otras causas.

El oso, en sus relaciones con el rey de la creacion, es siempre respetuoso y tímido. A pesar de sus poderosas facultades de agilidad y fuerza, delante del hombre, su primera resolucion es la misma del escudero de *Franchifredo Dux de Venecia*, cuando éste le dice: «Tomemos una resolucion», y contesta: «Hu-

yamos.» Sólo acomete al hombre cuando no puede huir por encontrarse herido ó muy acosado.

O muy asustado; pues á veces ataca tambien, sin hallarse acosado ni herido, al hombre que le sorprende ó con quien se encuentra muy de cerca. Y es que se le figura que no tiene tiempo de huir sin que le hagan daño, y acomete de miedo.

Cuando se empica á alguna cosa que le gusta, por ejemplo, ó á la carne de merina, suele perder algo la vergüenza; pero nunca hasta el extremo de resistir al hombre mientras tenga la huída franca.

Suele pasar el oso grandes temporadas sin comer más que frutas. Los hay que pasan así gran parte de su vida y acaso toda. Pero el que prueba una vez la carne, se aficiona á ella y la prefiere hasta el punto de no usar apenas otro alimento, á no ser que para procurársela tenga que comprometerse mucho, pues entonces se abstiene y se conforma con frutas y algun extraordinario de miel ó de hormigas, porque es muy prudente y poco dado á peligrosas aventuras.

Es creencia bastante comun, pero tambien bastante falsa, la de que el oso pasa aletargado la invernía. El citado Sr. Pérez Arcas, recogiendo como buena esta creencia, dice: «En los inviernos rigurosos se aletargan (los osos), y es fácil apoderarse de ellos.»

¡Sí! ¡Vaya usted para allá!

Lo que hay de cierto en esta version es, primero: que el oso en todo tiempo, lo mismo en invierno que en verano, cuando se echa á dormir con confianza en sitio en que no cree posible la presencia del hombre, único enemigo que le da temor, tiene el sueño un poco pesado, aunque no tanto que se le pueda atar sin que dé cuenta; y segundo: que el oso aguanta mucho el hambre, y cuando alguna gran nevada le hace imposible la alimentacion, en lugar de andarse sobre la nieve haciendo el bobo, buscando lo que no había de hallar, se encueva y pasa unos días, durmiendo y despertando y lamiéndose las uñas. Pero cualquier día de esos que pasa encuevado si encontró cueva, ó ensotado entre una mata de acebos donde no penetra la nieve, cualquier día y á cualquier hora, aunque sea en lo mejor del sueño, si se acerca algun imprudente á despertarle, pronto da fe de vida.

Un famosísimo cazador, cuya biografía he de escribir si Dios quiere, el célebre *Capellan de Prioro*, me contaba que una vez, siguiendo por la nieve el rastro de una garduña, llegó al pie de un peñasco donde había un agujero circular, como del diámetro del ala de un sombrero, que parecía dar paso á una cueva; y aunque notó que el rastro seguía adelante, es decir, que la garduña había entrado en la cueva y había vuelto á salir, por si acaso había

dentro algun otro bicho, introdujo el cañon de la escopeta dándola un movimiento rotatorio, como para agrandar la entrada, y voceó fuerte al mismo tiempo. Inmediatamente oyó un berrido espantoso, y vió salir, rompiendo la capa de nieve que había estrechado y casi cerrado la boca de la cueva, una osa enorme, que sin duda se había encerrado allí cuando empezó á nevar, sin que nadie pudiera luego sospechar su presencia dentro de un agujero tan desproporcionado á su tamaño. El cazador llevaba la escopeta cargada para la garduña, sólo con perdigones, y sin tiempo para mejorar la carga, pero con su serenidad nunca desmentida, cuando la osa se puso de pies para acometerle, la descargó el tiro en los ojos y se echó á un lado para dejarla pasar, como pasó, en efecto, echa una furia, no sin llevársele al paso, en una de las garras, un faldon de la levita. Mientras se entretenía un poco más adelante, loca de dolor, en morder y rasgar la tela, el cazador cargó de nuevo y dió muerte á la osa que antes había cegado. ¡Vayan ustedes ahora á creer en los aletargamientos que cuentan los naturalistas!

He dicho que el oso se alimenta ordinariamente de vegetales, de granos y frutas. Le gustan mucho, en primer lugar, los arándanos que come ordeñando hacia arriba las arandaniegas, y no es raro que los rapaces cuando van á arándanos en grandes cuadrillas, se en-

cuentren en el monte con el oso que anda en el mismo oficio, y se lleven el susto consiguiente. Nada más que el susto, porque el oso huye aún de los rapaces en cuanto los ve ó los siente.

Cuando por noticias de los pastores ó de los rapaces que van á aráندانos se sabe que el oso frecuenta algun sitio donde abunda esta fruta, se suele disponer una cacería. El plan consiste en escalonar media docena de escopetas hacia la parte por donde acostumbre á salir ó por donde sea más probable que salga, regularmente hacia la cumbre, pues el oso suele huir hacia arriba, quizás porque sabe que así es como lleva más ventaja á los cazadores; entran luego los ojeadores por la parte opuesta, y alguna vez el oso va hacia las escopetas y muere. Digo que alguna vez, porque no es raro que vea á tiempo los cazadores apostados ó los oiga ó los olfatee, si viene de aquella parte el aire, y se vuelva atrás deslizándose silenciosamente por entre dos ojeadores, y dejando la cacería frustrada. Tambien sucede alguna vez que al retroceder por no ir á los puestos, le ve algun ojeador y le tira si lleva escopeta, por lo cual es bueno, aún yendo á ojear, llevarla siempre.

Tambien le gustan al oso las mostajas, y las bolillas encarnadas del argomeno (*Serval*, Lin.), y otras granas aun más menudas que produce otro arbusto cuyo nombre no recuerdo ahora,

llamadas vulgarmente *pandoso*, contraccion de *pan de oso*.

Otro de los alimentos que el oso apetece y con frecuencia busca, es el trigo, la espiga de trigo, desde que está en leche hasta que está para segarse. Y le gusta tanto, que como tenga monte por donde ir, va á buscar el trigo junto á los pueblos hasta muy cerca de las casas. Es de advertir que el trigo ha de ser mocho, pues al candeal no suele dedicarse porque no le hagan daño en la garganta las aristas. El hecho es tan probado, que yo he visto en diferentes veranos, de entre cincuenta ó sesenta tierras sembradas de trigo en la falda de un monte, estar sólo destrozadas por el oso las dos ó tres sembradas de trigo mocho, sin tener ningun daño las otras. Y cuenta que las de trigo mocho suelen estar destrozadas por completo, hasta el extremo de no haber para qué segarlas; porque el oso entra por el trigo, se sienta, atropa las espigas con las dos manos y las come, ó por lo menos las magulla todas; cambia un poco de sitio y hace la misma operacion, hasta dejar la finca toda hecha remolinos de espigas esbilladas y magulladas.

Esta aficion del oso al trigo tambien le proporciona algun susto y aún alguna desgracia; pero pocas veces pasa del susto, pues aunque en notando que acude á un trigo suele algun cazador ir á acecharle, ó por la facilidad con que el oso advierte y siente la presencia del

hombre, se entera á tiempo y no se aproxima, ó por la dificultad que hay en hacer buena puntería de noche el cazador no le acierta.

Más afición todavía que al trigo tiene al maíz el oso. Es el enemigo más temible de los maizales, y eso que tienen éstos muchos enemigos, pues hasta los perros suelen irse á comer el maíz en panojas. Para guardar del oso los maíces que están cerca del monte, tienen que ir los labradores de noche á velarlos, pues si se los dejan á su disposición, en un par de noches destroza una finca, y en un par de semanas todo un pago. Cuando hay muchas tierras de maíz juntas, establecen los dueños un turno de guarda, y cada uno va á velar la noche que le toca. Pero el que tiene un maizal aislado tiene que ir á velarle todas las noches; y como no es posible que una misma persona vele de veras muchas noches seguidas, suelen ocurrir casos muy graciosos.

En un pueblo de la provincia de Santander, un pobre hombre, que tenía que velar un maizal, discurrió llevar allá un arca grande, poniéndola un poco de paja que le sirviera de mullido para acostarse dentro y velar más cómodamente. Colocada el arca á lo cimero de tierra, que estaba en una ladera muy pendiente, iba el hombre al oscurecer, se metía dentro, dejaba caer el cobertero, y desde allí daba voces de cuando en cuando y hacía ruido con un palo, pegando en las paredes del arca, para

espantar al oso. Pero una noche se durmió profundamente, y mientras él dormía y todo estaba en silencio vino el oso y se puso muy tranquilo á esbillar panojas junto al arca. Allá á deshora despertó el hombre, y oyendo al oso mover las hojas del maíz, comenzó á vocear y á dar palcos dentro del arca. Viéndose el oso sorprendido tan de cerca, acometió resueltamente al bulto de donde salía la voz y el ruido de los palos, y echó á rodar el arca por el maizal abajo, la cual, abriéndose y cerrándose, fué á hacerse astillas al fondo del arroyo, despues de haber vomitado á la tercera ó cuarta vuelta al vigilante lleno de contusiones, y mientras el oso corría monte arriba, asustado de su propia obra.

Otra vez, en Valdeon, y de esto hace muy pocos años, un vecino que solía ir á velar un maizal llevando consigo un perrillo guto, cansado de velar á diario, discurrió una noche dejar el perro solo, y para que no abandonara el puesto, le dejó atado con una soga de esparto á una estaca. El perrillo, que era más listo que el hambre, no cesó de ladrar, y la primera noche el oso, temiendo que cerca del perro estuviera el amo, respetó las panojas. La segunda noche sucedió lo mismo, con lo cual el dueño estaba muy satisfecho, creyendo que había descubierto la manera de guardar el maíz sin molestarle. Pero á la tercera noche el oso, tras de la prolongada observacion de que

al lado del ladrido del perro no sonaba nunca voz humana, se atrevió poco á poco á llegar al maizal, y despues de haber comilo tolo el maiz que quiso, cansado de oir ladrar el perro, se le comió tambien para que no ladrara. A la mañana siguiente, cuando el amo fué, como en las anteriores, á soltar el perro, encontró la estaca y la sogá.

Con esta afición desapoderada del oso al maíz, parece que había de ser muy frecuente y muy fácil cazarle de espera. No hay nada de eso, el oso tiene buena vista y buen oído, y debe tener tambien excelente olfato; lo cierto es que en cuanto alguno de los que van á velar el maíz lleva escopeta, parece que se lo dicen, y no viene.

III

Á falta de panojas y espigas, el alimento ordinario del oso desde el fin del verano y tolo el invierno, es el hayuco y la bellota. El hayuco es el fruto del haya, del que dicen con su habitual insipiencia los académicos que es una «especie de bellota triangular», cuando no tiene parentesco ninguno con la bellota, y á lo que se parece más es á la castaña, pues se cría apareado en un erizo igual que el de ésta. El hayuco tiene un grano aceitoso y de sabor muy agradable; y la bellota de roble, aunque no es tan dulce como la de encina, ni

tan agradable como el hayuco, tambien es alimento gustoso y nutritivo.

Ambos frutos se caen del árbol al llegar á sazón; pero el oso no suele esperar á que maduren, y para comerse los hayucos antes de acabarse de abrir el erizo, abanga las carcojas delgadas, mientras para comerse las bellotas antes de que caigan se sube á los robles. Como tambien la gente va á coger hayucos y bellotas, los primeros para molerlos y sacar aceite que se usa para lucir y para condimentar en sustitucion del de oliva, y las segundas para cebar el ganado, suelen darse entre la gente y el oso graciosos encuentros. Hace pocos años una mujer que había visto la tarde anterior debajo de un roble una abundante llarada de bellotas, madrugó mucho para que nadie la cogiera la mano, y llegó al pie del roble al mismo amanecer, poniéndose á coger bellotas con mucha codicia. Al poco rato de estar allí, quizá por el mismo cuidado que ponía en guardar silencio para que nadie pudiera acudir á ayudarla, la dió tos, y apenas comenzó á toser, sintió un estruendo terrible, como si el roble se la viniera encima. Era el oso, que estaba arriba muy entretenido comiendo bellotas, y bajaba asustado descolgándose por las ramas, que es como suele bajarse de los árboles siempre, aún cuando haya subido por el tronco. La mujer llevó un susto muy grande, pero el del oso no fué menor seguramente.

Cuando el oso encuentra un roble fácil de subir y bien cargado de bellotas, no se contenta con la primera visita, sino que la repite todas las noches mientras no se le concluye el condumio, llegando á marcar de una manera indudable su huella en la subida y aún más perfectamente en la bajada, deshojando y descortezando la rama por donde se descuelga. Esta circunstancia bien observada, indujo en el otoño último á unos jóvenes de Pedrosa á ensayar un nuevo procedimiento para cazar al oso, procedimiento al parecer muy seguro, pero que, á lo menos por esta vez, no dió resultado. Convencidos de que el oso subía todas las noches á comer bellotas á un mismo roble, discurrieron ponerle al pie, hacia la parte de arriba, en el sitio precisamente desde donde el oso había de empezar á subir, un cepo de hierro de los que usan para coger lobos, zorras y tejones. Colocaron el cepo, no cebado, porque al oso no se le engaña con cebos, sino perfectamente oculto, cuidadosamente tapado con hojas secas, de modo que toda la prudencia del astuto animal, con ser mucha, no pudiera librarle de pisar encima; y para que no se marchara con el cepo, amarraron éste á una haya delgada que estaba próxima con una cadena de hierro de las que usan para acuartar y para arrastrar maderos, también cubierta con hojas.

El oso cayó en el cepo; allí dejó como prue-

ba mechones de pelo y gotas de sangre; allí se conocía, á la mañana, en lo trillado del circuito, lo mucho que había bregado por desprenderse; mas lo consiguió al cabo. Bien fuera por casualidad, que no se ha dado nunca en favor de ninguna otra alimaña, bien por virtud de su maravilloso instinto, el oso pisó con la mano que tenía libre el muelle del cepo, y pudo abrir éste lo necesario para sacar la que tenía presa. Cuatro días despues vieron los pastores un oso que andaba con la mano izquierda encorvada y sin posarla en el suelo.



De las carnes, cuando el oso las coge aficion, con la que más comúnmente se regala, es con la de merina, ya por ser mejor y más tierna, ya por la menor dificultad de procurársela. De modo que, en los cuatro meses que las merinas están en las montañas de Leon, tienen los dueños de las cabañas un censo con el oso. Al rebaño, cuya majada está á la falda de algun monte espeso, ya se sabe, el oso va todas las noches ó casi todas, coge una merina debajo de un brazo, y á veces dos, una debajo de cada uno, y se marcha á cenarlas tranquilamente en lugar retirado. No importa que haya perros, como los suele haber, pues todos los rebaños de merinas suelen tener cuatro ó cinco mastines enormes de esos que se arre-

glan perfectamente con dos ó tres lobos cada uno; no importa que los perros den cuenta de la furtiva y silenciosa visita del oso, que no siempre la suelen dar, y salgan á perseguirle: no les tiene miedo porque sabe que de frente no le han de morder: si se le acercan demasiado se para y se vuelve á mirarlos muy tranquilo, y despues que le ladran un rato y se desaniman, vuelve á andar otro poco sin soltar la presa, hasta que consigue alejarse.

Los pastores conocen pronto en el ladrido de los perros cuándo ladran al oso, porque le ladran parados, no latiendo ó japeando como cuando corren tras del lobo ó de algun otro bicho que huye; pero aunque al oir el ladrido de los perros acudan á perseguir al ladron con la escopeta, lo más que suelen conseguir, y esto no siempre, es que deje las merinas que llevaba, ahogadas ya por la violencia de su abrazo mortifero, sin perjuicio de volver más tarde por ellas ó por otras, á ver si coge á los perros y á los pastores más descuidados.

No es raro que la custodia del rebaño esté encomendada en las noches de verano á un par de rapaces, el motril y algun hijo del rabadan ó del compañero, que sustituye á su padre ocupado con las faenas agrícolas: tampoco es raro que esté el motril solo, porque algun otro pastor grande que debiera estar con él en el chozo se ha ido de ronda. En estos casos, los rapaces que tienen ya conocimiento

de las costumbres y de las debilidades del oso y han oído hablar del miedo que tiene á la lumbre, salen del chozo con un tizon en la mano, dando voces y dirigiéndose hacia donde suenan los ladridos, y se da el singular contraste de que un niño con un tizon pone en fuga á la fiera que se está burlando de media docena de mastines.

Despues que las merinas salen de la montaña de Leon para Extremadura, es cuando el oso, ya empicado á la carne, suele atreverse con las vacas. Cuando esto sucede, como quiera que el oso no suele contentarse con menos que con matar cada día una, de la cual come lo que le está bien y empoza lo restante por si acaso al día siguiente no puede matar otra; y como los dueños de las vacas, que son propietarios en pequeño, no pueden soportar la pérdida de ellas como soporta la de las merinas el acaudalado ganadero de trashumante, no hay más remedio que acechar el oso ó disponer un ojeo contra él; en fin, en una forma ó en otra perseguirle hasta darle muerte.

La manera como el oso acomete á las reses vacunas, es saltando encima de ellas, poniéndose á caballo, clavándolas las uñas en los costillares, y empezando á morderlas por las agujas. En los primeros momentos la víctima berra, y salta y corre desesperadamente para ver de sacudir de encima al enemigo; pero luego se acobarda por lo regular, si no es una

res de gran poder, y no se mueve hasta caerse muerta.

He oído contar en Pedrosa á contemporáneos del suceso, que una vez un oso muy empicado á las vacas, hallándose el ganado en el sestil, en el monte llamado los Avellanos, cerca del collado de Valdagrín, se montó á traicion sobre un toro enorme de seis años que estaba echado. El noble cornúpeto, despues de hacer inútiles esfuerzos por soltar la carga tuvo el instinto de echar á correr hacia el pueblo con el oso encima, que iba comiéndole por las agujas. Así anduvo como cosa de media legua, hasta un molino que hay cerca de las casas, donde el oso tuvo miedo á la gente, y echándose abajo se volvió hacia el monte. Pero el toro estaba ya tan mal herido que á los pocos pasos cayó sin aliento.

Tambien hay osos aficionados á la carne, que en vez de perseguir á las merinas ó á las vacas, se dedican á las ovejas del pais. No es frecuente, porque este ganado suele andar mucho tiempo fuera del monte, por los restrosos, y casi siempre cerca de los pueblos; pero así y todo se dan casos. Muy recientemente he conocido una osa jóven que pasó todo un verano regalándose con ovejas y corderos, y había perdido la vergüenza de tal manera que á veces venía á comérselos cerca de las casas. Al principio se echaba la culpa á los lobos: volvían del pasto heridas algunas

reses, y se creía que los lobos las habían mordido; faltaban otras, y se creía que los lobos eran los autores de la falta. Hasta que ya se vió alguna vez á la osa entre el ganado, de día, y no quedó ya duda de que era ella la que hacía el daño.

Despues se encontraron varias veces los despojos de sus glotonerías. Y, cosa particular, siempre dejaba lo mismo. En el sitio en que había devorado la última res se encontraban siempre mechones de lana, tiras de pellejo, las patas, el bandullo y la asadura. ¿Por qué dejaba siempre la asadura? ¿Por qué no se comía esa entraña tan tierna y tan apetitosa? Probablemente, casi de seguro, porque alguna vez la había comido y la había amargado la hiel.

Que no está en el corazon, como cree y escribe Alejandro Pidal, el Director de la Academia, sino en la asadura.

Sí, seguramente la había amargado la hiel, y el recuerdo del amargor la hacía abstenerse de comerla.

Por fin, unos cuantos aficionados á la caza, enojados de sus continuas fechorías, la dieron un cerco en el monte donde más de ordinario moraba. Al sentir los ojeadores salía disimuladamente, muy despacito, como si la cosa no fuera con ella, tratando de escurrir el bulto sin ser vista y darles un chasco; pero tuvo la desgracia de ir á dar cerca de una de las esco-

petas, que la abrasó de un tiro. Aquella misma tarde la trajeron á Pedrosa y estuvo colgada del balcon de una de las casas de la plaza.

Estaba gordísima, ¡tal vida se daba! y se la encontró el butillo atestado de carne fresca sin digerir, recién tragada en el último banquete.

* * *

Hay quien cree que el oso es monógamo, y que aún el macho tiene cuidado de la cría en los primeros meses. No tengo el hecho por bien comprobado, y ni le niego ni le afirmo. La hembra sí, es indudable, que tiene mucho cariño á los esbardos, y que los cuida con esmero hasta que son casi tan grandes como ella. Muchas mujeres no atienden con tan tierna solicitud á sus hijos, ni se toman por ellos tanto interes ni tanto cuidado. Se ha visto á una osa con dos esbardos muy pequeños, perseguida por los cazadores, volverse atrás á buscar á sus hijos que no podían correr tanto como ella, y arrostrando valerosamente el peligro, entretenerse con ellos estimulándolos á andar, unas veces acariciándolos y lamiéndolos, y otras veces castigándolos y dándoles azotes en las nalgas.

Un amigo me contó hace ya mucho tiempo este otro caso que no se puede menos de creer, porque era hombre formal y no era cazador.

De vuelta de un viaje á Leon, á caballo como se hacían entonces, en noche clara y silenciosa de invierno con hermosa luna, remontaba por la orilla derecha del Esla el último trozo de la hoz por donde corre este río desde poco más abajo de Pedrosa hasta Cistierna, cuando, pasada ya el agua de Anciles, comenzó á sentir en el monte de su izquierda ruido como de pasos y movimiento de ramas. Le llamó la atención, porque no era de creer que anduviera ganado por allí, pues en aquella época y á tales horas suele estar todo encerrado: se acordó de que podría ser el oso y paró el caballo para hacer oído.

Y efectivamente, á los tres ó cuatro minutos vió que á unos cien pasos más adelante de donde él estaba, una osa con dos esbardillos, saliendo de entre las últimas carcojas, cruzó sosegadamente el camino y una camperita que le separaba del agua, y penetró en el río como en idea de atravesarle. Los esbardos se quedaron en la campera, y notando la osa que no la seguían volvió la cabeza y los reclamó con un sonido gutural, una especie de ronquido no muy fuerte: los esbardos la contestaron con un gruñido suave, como quejándose, pero no se movieron: la osa, desandando lo andado por el agua, se volvió á la campera donde estaban sus hijos, los acarició, los lamió y se volvió al río reclamándolos como antes para que la siguieran, sin lograrlo; desde el

medio volvió á llamarlos inútilmente, y continuó hasta el otro lado como si quisiera hacerles sentir la amenaza de dejarlos solos, pero tampoco alcanzó nada. Entonces la osa volvió á pasar el río en sentido inverso, salió á la campera donde estaban los esbardos, y sin entretenerse á acariciarlos como antes, cogió uno, le aproximó á la orilla del río y de un fuerte empujon le tiró adentro; volvió por el otro, le cogió debajo del brazo, entró con él en el río y le tiró al agua tambien, continuando su marcha, seguida ya de los esbardillos, que arribaron á la opuesta orilla tras de ella, y todos tres, despues de sacudirse el agua, se internaron en el monte del otro lado.

Así cuida la osa de sus hijos.

Por eso cuando se encuentra una osa con esbardos, que suelen ser dos, y á veces tres, pero muy pocas veces, la manera segura de no dejarla huir y de poder tirarla, es tirar primero á uno de los hijos aunque sea de bien lejos, pues por poco daño que se le cause, la osa vendrá á recogerle y á acariciarle si está herido, y si está muerto á quejarse y gemir sobre él, oliéndole y como queriendo reanimarle. Pero hay que tener en cuenta que se pone furiosa, y si despues de las caricias prodigadas en el primer momento al esbardo muerto ó herido, divisa por algun lado al cazador, se va á él como un rayo, y si no la tira, ó tirándola no la acierta, le despedaza.

Porque, eso sí, la osa con esbardos no respeta al hombre, y le acomete siempre.

* * *

Apuntadas ya las costumbres del oso y sus aficiones y preferencias en la alimentación, réstame añadir algo sobre el modo de cazarle con más seguridad y menos peligro.

Ante todo, consignaré que el estímulo para la caza del oso cuando no hace daño es, más que el interés, la gloria de matarle. Antiguamente, cuando el unto de oso se usaba mucho más, no sólo en la perfumería sino en la farmacia, el tiro de un oso bueno valía de dos á tres mil reales: hoy, contando con que la piel, si es fina y buena, valga veinte duros, apenas entre el unto y la carne valen otro tanto.

De dos maneras puede hacerse la caza del oso: en acecho, y en montería. Respecto de la primera, es de advertir que para un cazador solo, aunque sea bueno, es siempre muy expuesta: deben ser dos ó tres y llevar buenas armas. Respecto de la segunda, aparte de la gran presencia de ánimo que necesitan los que han de colocarse en las esperas, sobre todo si no han tirado al oso nunca, no hay que recomendar sino el cuidado que es necesario en todas las monterías de no herirse los cazadores unos á otros.

Para cazar el oso en acecho, fuera de las ocasiones ya indicadas de cuando va de noche á robar merinas ó colmenas, ó á comer maíz ó trigo ó fruta, ocasiones que casi siempre se suelen malograr, hay todavía otra, que es el baile. Porque es de saber que la aficion del oso á bailar no es toda infundida por los piamonteses, húngaros y búlgaros que la explotan: tambien el oso libre tiene sus expansiones, que consisten en ponerse de pies y dar saltos y carreras en las inmediaciones de un árbol, llegarse á él, abrazarle, arañarle y descortezarle, separarse de nuevo á alguna distancia y volver á saltar y á correr hacia el mismo árbol, repitiendo la funcion muchas veces. En este ejercicio, para el que el oso elige siempre un llano en algun collado sombrío y silencioso, se distrae mucho y es fácil tirarle. Para ello, lo primero es conocer el lugar donde se solaza, lo cual no deja de ser fácil, ya por las señales de las uñas en el árbol que sirve de blanco á su buen humor, ya por la repetida huella de las plantas en el suelo, sobre todo cuando está húmedo; despues hay que apostarse á distancia mayor de la conveniente para tirar, con objeto de que al llegar el oso no sospeche ni sienta nada, y cuando por el ruido conozca el cazador que ha comenzado la fiesta, puede aproximarse al bailador hasta tenerle á tiro.

En éste como en todos los tiros de acecho al

oso, conviene advertirle, llamarle la atencion antes de tirarle, no sorprenderle. Dándole una voz, con la escopeta á la cara y teniéndole ya encañonado, mira instantáneamente, reconoce la presencia del hombre y se pone en actitud de huir; tirándole en aquel momento, conserva la actitud adoptada y huye (si no queda muerto en el acto, lo cual no es frecuente) bajo la impresion del miedo que el hombre le causa; mientras que tirándole sin que se entere, arranca en la direccion de donde le fué el tiro, y si se encuentra con el cazador le acomete y le destroza.

No se debe tirar al oso de frente, á no ser que esté de pies, ni tampoco por detras, sino de lado. El mejor tiro, teniendo mucha seguridad en la puntería, es á las orejas; si se le da bien se le atraviesa la cabeza y cae redondo. Cuando no se tiene tanta seguridad en la puntería, y tratándose del oso es muy raro tenerla, se le debe tirar detras del brazuelo para darle en el corazon ó en los pulmones, ó un poco por bajo de las agujas, á la parte superior de las paletillas ó á los cadriles para que no pueda andar. Tirarle al vientre es peor que no tirarle, porque se le irrita y no se le coge, pues aunque muera del tiro, morirá despues de haber andado media docena de leguas.

Parece á primera vista que la caza del oso en montería, con abundancia de escopetas, ha de ser más segura y menos ocasionada á desas-

tres que la caza en acecho; y sin embargo, sucede lo contrario en la práctica. En la mayor parte de las monterías contra el oso, ó no se le caza, ó hay que andar con él á milagros. Débese esto, unas veces á falta de orden y direccion, y otras á falta de serenidad y de valor en alguno de los cazadores.

Hará unos cincuenta años que en una montería, en Liébana, una osa que tenía ya en el cuerpo tres balazos, no hace falta decir que muy mal dirigidos, cogió á un ojeador por un muslo y le llevaba en la boca. Los cazadores no se atrevían á tirarla de nuevo por no dar al ojeador y pasaban ansias terribles. Al fin uno de ellos se determinó á apuntarla lo más lejos posible del ojeador, al cuarto trasero, y al sentirse herida en las nalgas, por llevar allí la boca á morder, soltó al ojeador y no volvió ya á recogerle.

En Escaro, que es el pueblo donde más osos se matan, no sólo porque hay un monte muy ameno para ellos, sino porque hay una familia de cazadores tan inteligentes como decididos, también hace ya años anduvieron con un oso á tres menos sesenta. Había como tres cuartas de nieve, que á los cazadores les estorbaba bastante. Herido ya el oso de un tiro, huía de las escopetas y cayó sobre un ojeador, derribándole y destrozándole un brazo. Otro ojeador que estaba cerca, y que tenía por toda arma un hacha no muy grande, se abalanzó en

auxilio de su compañero con un valor increíble, y quiso dar al oso un hachazo en el pescuezo, pero el oso se irguió rápidamente, evitando el golpe, y el mozo, con la misma violencia con que iba á descargar el hachazo, cayó de bruces delante del oso. Este inmediatamente le echó la boca á la cabeza, pero afortunadamente sólo cogió el sombrero que se había quedado á la flor de la nieve, pues la cabeza se había hundido más abajo. Mientras el oso mordía y desgarraba rabiosamente el sombrero, otro cazador le dió otro balazo en la cabeza, del cual cayó redondo.

Aparte de estos lances sangrientos, lo más malo que puede pasar y pasa con frecuencia, cuando se va de montería al oso, es no matarle. A veces llega cerca de las esperas, conoce el peligro, retrocede, y si los ojeadores no van muy juntos, se escurre por entre dos ojeadores. A veces se desliza por entre dos esperas sin ser visto ni oído. A veces se dirige á un espera que, al verle, se aturde, tiene miedo y llama al compañero de al lado, y apróvechándose el oso de la advertencia, busca otro camino y se pone en salvo.

Esto de faltar el valor ó la serenidad al que va á tirar al oso por primera vez es muy frecuente, y al mismo tiempo muy explicable, porque la vista del oso en el monte, puesto de pies y atronando con un berrido el contorno, impone muchísimo. Por eso está sucediendo

todos los días que el que ha echado más plantas en el camino del cazadero y el que ha manifestado mayor deseo de que se le coloque donde sea el tiro más probable, cuando ve llegar al oso tiembla y se asusta y no tira, ó si tira no acierta; por eso hay un refran que dice: «Bien habla Alonso cuando no ve al oso.»

LA CAZA DEL JABALÍ CON NIEVE

I

Siendo el jabalí tan comun en España, claro es que casi todos los lectores saben perfectamente la manera ordinaria de cazarle. Todos saben que se le caza á tiro, de espera, con ojeo ó sin él; lo primero, de día, juntándose muchos cazadores y cerrando con un cordon de escopetas las salidas naturales del monte que se ha de batir; y lo segundo, de noche, yendo á esperarle, uno ó dos cazadores nada más, á los sembrados, donde acude á comer las porretas, ó á los llamardos, donde suele ir á revolcarse.

Pero la caza del jabalí á venablo, aprovechando la ocasion de que la nieve le impida correr; esa caza tan fatigosa, tan llena de accidentes y tan divertida, sin dejar de ser arriesgada, es de seguro para la mayor parte de los lectores desconocida por completo.

Como que sólo es posible en parajes donde caigan fuertes nevadas, y que al mismo tiempo sean amenos para los jabalíes, dos condiciones bien difíciles de reunir. Por eso, y por la vocacion especial que se necesita para arrostrar la fatiga y el peligro, se halla esta caza reducida casi exclusivamente á una estrecha zona de la montaña de Leon, cuyos hermosos robleales y hayedos reunen aquellas dos condiciones, y entre cuyos naturales jamas el valor anduvo escaso.

No siempre que nieva ni siempre que cae una nevada fuerte se pueden cazar los jabalíes: es menester que sea al principio del invierno, es decir, que la nevada grande sea la primera de la temporada; porque si la primera nieve que cae no es bastante para detenerlos, abandonan en seguida la alta montaña, corriéndose hacia las últimas estribaciones de la cordillera, donde la capa de nieve nunca es tan espesa que les quite de correr, ni tan duradera que les prive de alimentarse.

El jabalí tiene el instinto de mejorar de clima en el invierno: conoce que hacia el Mediodía está mejor; pero ese instinto no es en él bastante fuerte para vencer la glotonería ó el afan de comer bien, y cuando tiene á su disposicion abundancia de hayucos y bellotas, que son sus manjares favoritos, no se retira hasta que no le avisa la nieve. Y si la nieve, en lugar de avisarle con una telita delgada, se

deja caer de repente en cantidad considerable, ya no puede huir y queda prisionero.

En el valle de Valmanzano, de Pedrosa del Rey, y en el valle de Ormas, de Riaño, por ejemplo, hay siempre en el verano y en el otoño manadas de jabalíes, que pasan una vida tranquila y regalada, como la de algunos señores, comiendo cuanto les lleva el pellejo y durmiendo á pernil suelto lo que les da la gana.

Un día, ó una noche, empieza á nevar, y los jabalíes se encaman en el primer sitio á propósito que encuentran; por lo regular entre una mata de acebos, cuya hoja permanente, dura y espesa, les preserva de la nieve casi en absoluto.

Al día siguiente, ó á los dos ó á los tres días, en fin, cuando pára de nevar, los jabalíes se levantan de la cama y tratan de enterarse de lo que ha pasado. Si ha nevado poco, si la capa de nieve no tiene más espesor que media cuarta, ó cosa así, gruñen allá en su idioma: Pies, ¿para qué os quiero?, ponen la jeta al Mediodía, toman el trote y no se páran hasta Río-Camba, el monte de Almanza, donde será muy raro que les llegue á incomodar la nieve.

Pero cuando la capa de nieve que ha caído mide una vara, ó por lo menos tres cuartas de espesor, entonces se vuelven á la cama á esperar allí lo que venga.

Que será algún cazador, de seguro.

¡Buenos son aquellos montañeses para desperdiciar estas ocasiones!

En cuanto ha parado de nevar, y algunas veces sin que pare del todo, como vean que la nieve que ha caído es bastante para detener á los jabalíes, comienzan los aficionados á avisarse unos á otros y á calzarse para salir á caza.

Y aquí al lector discreto se le ocurrirá seguramente hacer esta pregunta: Si la nieve es tanta que no deja andar á los jabalíes, ¿cómo andan los hombres?

¡Ah! En esto precisamente consiste lo más hermoso de esta caza. En esto se ve una manifestacion más del poder que Dios concedió al hombre sobre todos los animales. En este detalle insignificante, lo mismo que en el barco que camina por el mar, lo mismo que en la locomotora que horada los montes, lo mismo que en el pararrayos, lo mismo que en la brújula, se ve al hombre, á quien Dios constituyó rey de la creacion, anular á su antojo ó utilizar segun le conviene todas las fuerzas de la naturaleza creada. Aquí, como en el arte del toreo, de que abominan muchos insensatos, se ve á la inteligencia dominando á la fuerza.

El hombre, como inventó para pescar y comerciar la manera de andar sobre las aguas y dominar los mares, ha inventado tambien para cazar las fieras presas en la nieve, que es otra gran fuerza natural, la manera de andar sobre la nieve sin hundirse.

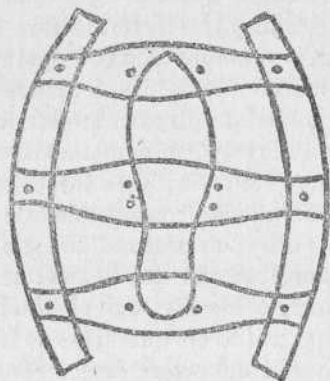
La nieve no es un cuerpo líquido, pero es un cuerpo blando, y la ley que rija la manera de sostenerse otros cuerpos sobre la nieve, necesariamente ha de tener analogía con la ley de flotacion en los líquidos. Pues bien; sin haber leído las teorías de Arquímedes, y acaso mucho antes de su famoso *jeureka!*, observaron los montañeses de Leon que al posarse un cuerpo duro sobre la nieve desalojaba un volúmen de ella mayor ó menor, segun la nieve estuviera más ó menos densa ó apelmazada y segun el cuerpo fuera más ó menos pesado, pero en igualdad de circunstancias, es decir, en la misma nieve y con el mismo peso, siempre el mismo volúmen; y se les ocurrió que este volúmen, siendo constantemente el mismo, podría perder en profundidad ganando en latitud y longitud, de donde fácilmente pudieron deducir como ley, que el hundimiento de un cuerpo sólido en una masa de nieve determinada, está en razon directa de su peso é inversa de su base.

No creo yo que ellos formularan la ley así; pero la pusieron en práctica inventando los barahones, calzado supletorio del cazador, que tiene por objeto ensancharle la base.

Los barahones fueron probablemente en su principio unas tablas lisas rectangulares, de una pulgada de espesor, una tercia de longitud y una cuarta de anchura. Pero más tarde, el deseo de quitarles peso y añadirles comodi-

dad les debió de ir perfeccionando poco á poco, hasta llegar á darles la forma que hoy tienen.

Compónese el barahon actual de dos zancas curvas de poco más de una tercia de largo, dos pulgadas de ancho y media de grueso, enlazadas por tres cadenas, pregadas en los extremos para sujetar las zancas. Tanto éstas como las cadenas han de ser de buena madera, usándose



generalmente el haya, que á la condicion de ser muy resistente, reúne la ventaja de pesar poco. En el centro de las cadenas hay unos agujeros por donde pasan unas correas que sirven como de asas para sujetar el barahon al pie. Despues de bien calzado éste con zapato ó con coricia y bien arrebuja la pierna en la angorra hasta la rodilla, se sienta el pie sobre el barahon y se sujeta por medio de una

cuerda de guita, que se hace pasar por las asas de correa ya mencionadas.

Así preparado el cazador, untando los barahones con jabon ó con sebo para que la nieve no se pegue y no enzanque, y teniendo cuidado, hasta adquirir costumbre, de enarcar el paso, ó sea de volear un poco el pie al levantarlo para no enganchar el barahon en la otra pierna, á lo cual ayuda tambien la curvatura, puede andar por la nieve sin hundirse apenas, y perseguir y dar alcance á los jabalíes y aún á los corzos.

Cuando la nieve no llega á una vara, áun- que detiene mucho á los jabalíes, no llega del todo á sujetarlos; entonces es menester disponer con cuidado la cacería, cercando en silencio el cazadero, y conviene llevar alguna escopeta, porque es más difícil que los jabalíes lleguen á ponerse á golpe de venablo. Pero si la nieve es más de una vara, en teniendo cuidado de ocupar los arroyos, únicos sitios por donde los jabalíes pueden huir, no hay más que dar ruido para que salgan de la cama y tener el gusto de verlos calzonear y embozarse entre la nieve.

El jabalí sale bufando y queriendo correr: pero se estaca al primer brinco. Entonces levanta la jeta para respirar, y va rompiendo poco á poco la nieve con el pecho, formando una canal enorme. El cazador echa á andar detras. En cuanto el jabalí se cansa de rom-

per y ve que es imposible la huída, se vuelve como un rayo por su misma huella á acometer al cazador. Este se separa dos pasos á la izquierda de la huella, pisa fuerte para afirmarse en la nieve, coge el venablo con las dos manos en ademan de esgrimirle, y espera. Llega el jabalí, y en el momento en que tuerce el hocico hacia el lado contrario para dar con más fuerza la colmillada sobre el cazador, éste le presenta el venablo delante del brazuelo y le hiere sin dificultad, porque el bicho mismo se clava al dar el golpe. En seguida es necesario apretar los puños y tener al jabalí sujeto hasta que se desangre, pues si se suelta el mango del venablo, el jabalí morirá, pero habrá destrozado antes al cazador en las ansias de la muerte.

No es bueno hacer mucha fuerza al herir, porque si se rompe el mango del venablo, ó el hierro resbala en el cuero y no entra, el cazador cae de bruces delante del hocico del jabalí, y el peligro es inminente. Para esto es bueno que sigan siempre al jabalí dos cazadores.

De todos modos, la operacion parece sencilla; mas lo cierto es que para esperar y clavar el venablo á un jabalí de esos de nueve ó diez arrobas, grande como un añojo, y que afila y castañolea unos colmillos de media cuarta, se necesita valor verdadero.

II

Expuesta en el artículo anterior la teoría, hay que decir algo de la práctica, refiriendo sencillamente algunos lances.

Me acuerdo mucho de la primera vez que fui á caza mayor; y por cierto que lo tenía bien deseado. Pero como en la época de la nieve siempre solía yo estar fuera de casa por causa de los estudios, nunca se me lograba el deseo, que crecía cada vez más con las relaciones que mis paisanos me solían hacer de lo sucedido en el invierno, cuando volvía á la villa natal despues de terminado el curso.

A una epidemia de viruelas ¡quién lo había de decir! debí la dicha inefable, pues por tal la tenía yo, de ir la primera vez á caza con nieve. Los médicos, en vista de la extension aterradora del contagio, aconsejaron cerrar temporalmente los establecimientos de enseñanza, y me encontré en mi pueblo en pleno invierno con orden de no volver á la ciudad hasta nuevo aviso.

Sólo faltaba ya que diera en nevar, y efectivamente, una tarde comenzaron á caer copos. Pidiendo á Dios que nevara mucho, comencé yo á reunir los aparatos de caza: barahones, pellejas, cuerdas, todo lo tuve en orden antes de acostarme. A la mañana estaba ya el suelo cubierto y aun siguió nevando todo el día y

toda la noche. Hubo sus dudas al otro amanecer sobre si salir ó no salir, fundándose los que estaban por la negativa en que había poca nieve (tres cuartas escasas), y en que aun no había parado de nevar, y si no aclaraba el día nada se podría hacer más que perder el tiempo y el paseo, siendo mucho más acertado dejarlo para el día siguiente. Pero los que eran de opinion de salir en seguida, opinion á cuyo triunfo consagraba yo toda mi pobre elocuencia natural, con más la que acababa de aprender en la *Retórica*, alegaban que el día no tenía del todo mala traza y probablemente aclararía; que si bien era cierto que había poca nieve en el pueblo, en el monte siempre habría algo más, y, por último, que en dejarlo para el día siguiente se corría el peligro de que nos llevaran los jabalíes los de Siero, que regularmente estarían ya en la Majada Vieja.

Y diciendo y haciendo, los que sosteníamos esta opinion, que al fin prevaleció, para obligar más á los otros, nos íbamos calzando.

Salimos once ó doce, y no lo pasamos bien á primera hora, porque nevaba mucho y había torvas que cortaban la respiracion, tanto que no faltó quien dijera: ¿Vamos á volvernos?... Pero esta proposicion, en honor de la verdad, no solamente no fué aceptada, sino que fué muy mal recibida. ¡Volvernos!...

Ademas de ir calzado con todas las reglas del arte, segun atras queda descrito, y bien abri-

gado con un marselles de paño grueso, llevaba yo en lugar de sombrero un *pasa-montañas*, gorro que era entonces muy de moda, y que injustamente ha caído en desuso, pues era muy útil para el caso. Podía usarse de modo que pareciera una gorra ordinaria con visera y todo, pero echando abajo una faja de tartan que le rodeaba y abotonándola por delante, tapaba perfectamente las orejas, la cara y el cuello, no dejando al descubierto más que los ojos. Algun otro cazador llevaba gorro igual, y los demas unas gorras de pellejo de cordero, tambien casi extinguidas ya, con unas alas que se llevaban caídas ó levantadas, segun fuera conveniente, y que llevándolas caídas cubrían las orejas y los carrillos.

Así pudimos resistir la cellisca hasta eso de las nueve que comenzó á calmarse el viento y á abocanar, quedándose despues un día muy hermoso.

Cuando llegamos á la Majada Vieja, el monte más ameno para los jabalíes, á unos tres cuartos de legua de la villa, estaban allí ya efectivamente los de Siero, y acababan de echar un jabalí, pero uno solo; cosa que no extrañó nada á los inteligentes, porque estábamos á mitad de Enero, y mucho antes, por Santa Catalina, había caído ya una telilla de nieve que podía haber sido el aviso de emigracion para los cerdosos.

Así había sucedido. Sólo aquél se había que-

dado, no se sabe por qué, quizá por enemistad con algun otro de la camada, y áun aquél no pudimos cazarle.

Rompía la nieve con demasiada facilidad, porque era poca, y libre del primer cerco que los madrugadores de Siero no dispusieron bien, bajó al hondo de Valmanzano, tomó la solana y cruzando los valles secundarios ó afluentes llamados Val-de-las-cortinas, Valmañida, los Avellanos y el Bijueco, siguió decididamente al Norte, saliendo á Pradecin bajando al río Esla, cruzándole impertérrito y encaminándose por Valmedian al término de Riaño, al Valle de Ormas.

Nosotros le seguíamos con constancia, cruzando valles, subiendo y bajando lomas, pero no lográbamos tenerle á tiro, pues aunque en las subidas andábamos algo más que él, en las bajadas nos sacaba mucha ventaja. Cuando llegamos á Pradecin á eso de mediodía, y le vimos cruzar las tierras de la Vega, despues de haber pasado el río, y dirigirse á la cuesta de enfrente, yo, que era todavía un rapaz y que por primera vez andaba en tales fatigas, no daba ya por mi vida un cuarto.

Verdad es que al que más y al que menos no le sobraba gran cosa, y á todos nos supo muy bien un trago de vino, un rebojo de pan y un chorizo crudo.

Algunos de mis compañeros, reanimados con aquel tente en pie, siguieron por el rastro

del jabalí, pasaron el río tras de él y tras de él se fueron hasta Ormas á ver si allí rendido se encamaba y podían apiolarle. Los demas bajamos hacia Pedrosa, de donde habíamos vuelto á estar muy cerca, á pasar el río por el puente, con ánimo de dirigirnos despues á boca del Valle de Ormas, no fuera que el jabalí, cansado de romper nieve, se echara al arroyo abajo. Pero creyendo que no podía correr todo el valle tan pronto, nos entretuvimos á comer en casa, y esto fué lo que nos perdió. Cuando salíamos en direccion á boca de Ormas á esperar allí al jabalí, nos encontramos con el correo-peaton que venía de Riaño y nos dijo que habían matado un jabalí junto á las casas.

Era el mismo. Había bajado por el arroyo de Ormas y había llegado hasta un molino que hay muy cerca de Riaño. El molinero, que no creía posible en un jabalí aquel aparente principio de domesticidad, creyó que sería un cerdo escapado del cubil; mas cuando se convenció de que era un jabalí, dió voces, alborotó el pueblo y salieron todos á darle caza con lo primero que encontraron, quién con escopeta, quién con venablo, quién con hacha, quién con horca de cargar hierba, formando el conjunto más desordenado posible. Algunos señores salieron á caballo, y por cierto que á un pariente mío que lo hizo así, se le metió el jabalí debajo del caballo, sin que pudiera tirarle por no dar

á alguna persona, y de una hoxicada les echó alcaballo y al caballero á rodar por la nieve, sin otras consecuencias que el refresco y el susto. Pero á otro, al Registrador de la propiedad, le dió un colmillazo en una pierna del que tuvo que curar para todo el invierno. Al fin le mataron, pero se había defendido bien, pues había corrido aquel día unas tres leguas.

Unos años despues, pasé otro invierno en casa, merced á la libertad de no asistir á clase que nos otorgara la *gloriosa*, que así solíamos llamar á la revolucion de Setiembre del 68; y no habiendo nevado apenas en todo el invierno, cayó una nevada muy fuerte en el mes de Marzo.

Nadie creía que hubiera jabalíes, pero podía haber corzos, y salimos á caza. El primer día fuimos al valle de Valmanzano, y, en efecto, encontramos cinco corzos y los cinco cayeron. Yo maté dos á tiro, pues no llevaba venablo sino escopeta, y los otros los mató, tambien, á tiro, Joaquin, aquel mi compañero de la caza de faisanes. Esta vez había mucha más nieve que la anterior, unas cinco cuartas, de modo que ni los corzos podían huir muy largo.

Al día siguiente dispusieron los directores de la partida repetir la expedicion, pero hacia el Norte, hacia lo de Riaño, donde debía de haber corzos tambien, y éra posible que trajéramos otros tantos, con lo cual tocaríamos á medio corzo, porque éramos veinte.

Me avisaron muy de mañana, pero estaba tan molido de la jornada anterior, y tenía tanta pereza, que tardé mucho en levantarme, de modo que cuando me empezaba á calzar iban ya los otros á la cuesta arriba. Se quedaron dos á esperarme para que no tuviera que ir solo, y así que estuve preparado, seguimos los tres la huella de los demas, que ya trasponían el monte.

Había que subir á la collada Ventanal que está á unos trescientos metros sobre el pueblo, y despues por la Cantera, al escobal de las Llampas, en junto unos quinientos metros, bajar otro tanto hasta el valle de Sosa de Ormas, y volver á subir á la Rода, que era donde estarían los corzos. Al llegar á la collada dicha notamos á la derecha un rastro y quisimos examinarle, viendo con sorpresa que era de un jabalí y que no iba en la direccion nuestra, sino en la contraria: bajaba hacia el pueblo. Y digo que lo vimos con sorpresa, porque, en primer lugar, era extraño que aquel jabalí no hubiera emigrado en todo el invierno; y ademas ¿cómo no habían visto el rastro los cazadores que iban delante ó cómo no le habían seguido?... Sin embargo, el rastro estaba claro y reciente: no había duda. El jabalí estaba, segun se vió despues, encamado en el escobal de las Llampas, se había despertado al pasar por allí nuestros compañeros, saliendo al escobal arriba, y por la dificultad de rom-

per la nieve en aquella direccion, se había vuelto hacia la solana.

Echamos los tres á la cuesta abajo por el rastro, y despues de bajarla casi toda, en un hoyo cercano á los prados, advertimos que el rastro llegaba á un corro de escobas que había al pie de un roble y de allí no salía.

—Aquí está—dijo el que iba delante, que llevaba escopeta como yo, pues el otro llevaba venablo. Dimos unos gritos para que saliera, y levantó primero la cabeza y despues todo el cuerpo, haciendo un bulto como un novillo, pues á más de que era muy grande, los pelos del lomo encrespados, le daban una cuarta más de altura que la que tenía realmente.

No trató de huir, sino de venirse sobre nosotros. El que estaba delante se echó la escopeta á la cara para tirarle, pero al afirmarse en los pies para apuntar mejor, cayó de espaldas y se zambulló entre la nieve. Había pisado sobre una escoba que al empezar á nevar se había doblado, dejando un hueco imposible de advertir, lo cual sucede en el monte con harta frecuencia. Entonces me adelanté yo y le tiré atravesándole con la bala la parte superior de ambas paletillas. Se cayó de adelante, pero con la parte trasera en pie, aun se arrastraba hacia nosotros castañoleando con los colmillos de un modo terrible. Era la primera vez que me veía delante de una fiera así, y confieso que sin la confianza que me daba el tener al lado

un compañero dispuesto á esgrimir el venablo, me hubieran temblado las piernas y quizás hubiera errado el tiro. Nos acercamos, le clavamos el venablo delante del brazuelo para que se acabara de morir pronto, le arrastramos sobre la nieve hasta la villa, y volvimos á subir la cuesta, yendo á reunirnos con los compañeros, que andaban tras de los corzos por la Rooda, y que al contarles nuestra aventura del jabalí creían que les dábamos una broma.

Á pesar de lo arriesgado de esta caza, no he sido testigo en ella de ninguna desgracia, ni apenas tengo noticia de que hayan sucedido.

Sólo he oído contar que una vez al ir un cazador de Pedrosa, á quien llamaban de mote el *Pelegrin*, á picar un jabalí en el valle de Ormas, se le rompió el mango del venablo y cayó sobre el bicho, que de un colmillazo le rajó el vientre de arriba á abajo, en términos que se le veía la tela del unto. Pero afortunadamente no le rompió ningun intestino; un sastre que iba en la partida le cosió la piel con una aguja ordinaria, le mojaron la herida con vino, le llevaron hasta casa en silla de la reina, y á los ocho días estaba curado.

EL POZO DE LOS LOBOS

Así se llama en Pedrosa del Rey un collado de la divisoria entre el valle de Valmanzano y la cuenca principal del Esla.

¿Hubo allí antiguamente una trampa destinada á coger lobos?

De seguro. El nombre de *Pozo de los lobos*, la frecuencia con que por aquel collado transitan estos enemigos del país, la señal evidente de haber habido un pozo en medio del collado, donde todavía se reúnen las aguas cuando llueve, y la existencia actual de otro pozo de este género en Valdeon, cinco leguas al nordeste de Pedrosa, son indicios que no dejan racionalmente lugar á la duda.

También en Prioro, dos leguas al Sur, hay otro collado, no menos lobero, conocido con el nombre de *Corral de los lobos*, y en otros pueblos que no recuerdo ahora, tengo idea de haber oído que existen sitios con nombres análogos, lo cual hace creer que en lo antiguo,

allá cuando la vida comunal de los pueblos era más extensa y más vigorosa, antes de que el liberalismo viniera á relajar los vínculos sociales y á dar rienda suelta á los egoísmos del individuo, había en todos los concejos de aquella montaña un pozo para coger lobos, establecido y servido comunalmente, á la manera como todavía se conserva el de Valdeon, del que quiero dar idea á los lectores.

El valle denominado VALDEON, antiguamente VALLE DE EON (*in valle Eone*, que dicen las escrituras del monasterio de Sahagun de los siglos X al XII), tiene etimología claramente vasca; *Eon* significa en vascuence *quietud, estar quieto*, y es un significado que cuadra perfectamente al valle, cuya tranquilidad y cuya atmósfera pesada hacen á sus moradores perezosos y tardos. Está situado este valle en la vertiente setentrional de la cordillera Cantabro-Astúrica; de modo que debía pertenecer á Asturias; pero ha pertenecido siempre á Leon, lo mismo que el valle de Sajambre que, más al Occidente, ocupa una situación análoga, porque teniendo comunicacion, aunque no buena, con Leon, por los collados de la divisoria, denominados Pandetrave y Ponton, con Asturias no tenían comunicacion ni buena ni mala.

Porque el río Cares, que nace en Valdeon, y el Sella, que nace en Sajambre, para bajar el primero á Arenas de Cabrales, y el segundo á

Cangas de Onis, pasan á traves de los célebres Picos de Europa, por estrechas hoces inaccesibles á la humana planta. La hoz del Sella, denominada el Beyo, ha sido abierta recientemente por la carretera de Sahagun á las Arriondas; pero la hoz del Cares no se ha abierto ni hay trazas de que se abra.

Tiene Valdeon nueve pueblecillos que forman un solo Ayuntamiento, y son, comenzando por los más altos, Santa Marina, Prada, Caldevilla, Soto, Posada, Los Llanos, Cordiñanes, Cain de Arriba y Cain de Abajo. Entre Cordiñanes y Cain está el extenso monte llamado Corona, donde hay una ermita de la Virgen que lleva el mismo título y donde se celebra romería el 8 de Setiembre. Más abajo de Corona, en el paso para Cain, hay un puente romano completamente vestido de verdura, único indicio, pero indubitable, de la dominación romana en aquellos lugares agrestes.

Limita el valle por el Este y le separa de la provincia de Santander el grupo oriental de los Picos de Europa, coronado por la peña de Liordes, que es de entre todas la más alta; por el Mediodía le separa de los pueblos de Portilla, Barniedo y Cuénabres, la cordillera Cantabro-Astúrica, de la que los Picos de Europa, mucho más altos que ella, no son sino estribaciones setentrionales; por el Poniente le separa de Sajambre el grupo occidental de los referidos Picos, coronado por Peña Santa, y

por el Norte, hacia donde corre el río, un límite puramente convencional le separa de Asturias.

Desde Cain hay una senda que sube á lo alto del grupo occidental de los Picos y descendiendo á Covadonga, senda más propia de rebecos que de hombres. Sin embargo, aunque parezca increíble, como la necesidad carece de ley, que dice un refran, y otro añade: «apurado te veas para que lo creas», por esta senda, en sentido contrario al en que la he descrito, pasó de Asturias á Cain, al principio de este siglo, el Marques de la Romana con toda su gente y algunos caballos, y subió de Cain á Valdeoin, por donde tambien el paso de caballería, hasta hace unos treinta años que se reformó algo la senda, se tenía poco menos que por imposible.

Los lectores me perdonarán que me haya entretenido demasiado dándoles noticias históricas y geográficas de Valdeon sin hablarles de lo principal, del *Pozo de los lobos*, ó del CHORCO, que es como allí le llaman, usando este vocablo que viene á ser aumentativo de CHARCO, pues CHORCO vale lo mismo que charco profundo.

En el monte ya mencionado de Corona, al lado de arriba del camino que va por la orilla izquierda del río, está el pozo famoso, á la vera de un roble grueso y bragado. Tiene de cinco á seis varas de profundidad, próxima-

mente otro tanto de diámetro en la boca, que está cuidadosamente cubierta de ramas verdes, como, al decir de los poetas, suelen estar los pantanos del mundo.

Desde muy lejos, y muy separadas una de otra en los principios, vienen por el monte á dar al pozo dos altas cerraduras de palicios, las cuales, aproximándose cada vez más y estrechando poco á poco el espacio entre ambas comprendido, forman un colosal embudo, cuyo agujero menor es la bragada ó abertura del roble mencionado, en cuyo tronco mueren, apoyadas como tangentes por costados opuestos, ambas paliciadas.

Hállanse éstas vareadas exactamente y repartidas con igualdad por sorteo, para su conservacion, entre todos los vecinos del concejo, de modo que cada uno sabe lo que á él le corresponde cerrar y procura tenerlo constantemente cerrado; porque como en el archivo concejil se guarda un apeo de la medida y de la distribucion, si en un día de ojeo se escapa un lobo, se averigua en seguida á quién pertenece el portillo ó el saltadero por donde se escapó, y el negligente tiene que pagar un fuerte castigo en vino para convidar á los ojeadores.

Así las cosas, en cuanto un lobo tiene la mala idea de meterse en el monte de Corona y hacer alguna de las suyas, vamos, algo que acredite su presencia, ya le ha caído la lotería.

Corre la voz, se dispone el ojeo á campana tañida, se revisa el CHORCO, renovando su falsa cubierta de ramascas, y despues de tirar cuatro tiros ó dar cuatro voces en las laderas de la derecha del río para que, si el lobo está por allí, traslade su domicilio al monte de la izquierda, ocupa cada cual su puesto bajo la direccion de la autoridad local y de sus delegados, que son los vecinos más expertos é inteligentes, y comienza con toda solemnidad la hacendera.

Por la parte alta y occidental del monte sirve de cierro en un gran trecho el corte vertical de una peña que, ni la mejor muralla; y despues que se acaba este corte entra la paliada; por la parte de abajo es artificial toda la cerradura.

Al principio, cuando el lobo escucha las primeras voces lejanas, cree que la cosa no va con él: por precaucion se va escurriendo al monte abajo, pero sin correr, para no darse por aludido. Despues, cuando ya las voces suenan más claras y más frecuentes, y oye algun tiro y percibe el olor de la pólvora, comienza á sospechar si todo aquel ruido vendrá contra él; pero no se asusta por eso, ni echa á correr todo lo que puede: se contenta con sacar el trote y levantar el rabo para burlarse de los que le persiguen, como diciendo: «¡Sí; lo que es vosotros me vais á coger á mí!... ¡Por el ole!»

Así camina distraído un largo rato hasta que una vez acierta á mirar á un lado y ve una cerradura; vuelve la vista al otro lado y ve otra. «¡Caramba!—dice entonces el lobo, al verse entre cerraduras; porque los lobos no suelen usar esas otras interjecciones más fuertes que usan algunos personajes políticos.—¡Caramba! ¡Esto ya no me gusta un pelo!» Y trata de volverse atras, por si acaso. Pero ya no es posible. Porque allí hay de trecho en trecho, parte adentro de la paliciada, unas chozas donde con anticipacion se apostaron unos vecinos que, despues que pasa el lobo, le tiran una piedra ó un palitroque y dicen á media voz: ¡ahí va! para avisar á los de más adelante. Algun lobo quiere volverse y acometer á uno de los de las chozas, pero éste le enseña un chuzo que tiene á prevencion, y el animal, no sintiéndose con valor para luchar contra el acero y no viendo tampoco todavía la imperdible, sigue adelante, para que otro desde otra choza le tire otra piedra, y otro otra, y así sucesivamente.

Entonces empieza á comprender el lobo lo grave de su situacion, y si tiene algunos conocimientos literarios, aunque no sea más que como Carulla, ó así, repite con cierta amargura aquel pareado:

«¡Quién pudiera verse fuera!
Que esto huele á ratonera...»

El infeliz hace entonces dos ó tres tentativas por saltar la paliciada; pero viendo que no puede, se deja ya de bromas y de reflexiones y aprieta á correr como alma que lleva el diablo.

Cuando ha corrido ya un rato bueno y las cerraduras han ido aproximándose y estrechando la calleja cada vez más, y se cree perdido, pues no le parece que aquello pueda tener buen fin, divisa la bragada del roble como á dos varas de altura sobre el suelo, y dice para sus adentros lobunos: «Allí está mi salvacion: aquello lo salto yo lo mismo que me como un cordero en ayunas, es decir, como me da la gana.»

Con esta ilusion aprieta el paso, llega cerca, da un salto fuerte para dar de rebote otro mayor y ganar la anhelada tronera, la bragada del roble...; pero... antes del roble está el pozo, y al saltar fuerte sobre la mentida alfombra verde que le oculta, se hunde en él con estrepitosa alegría de los que le persiguen.

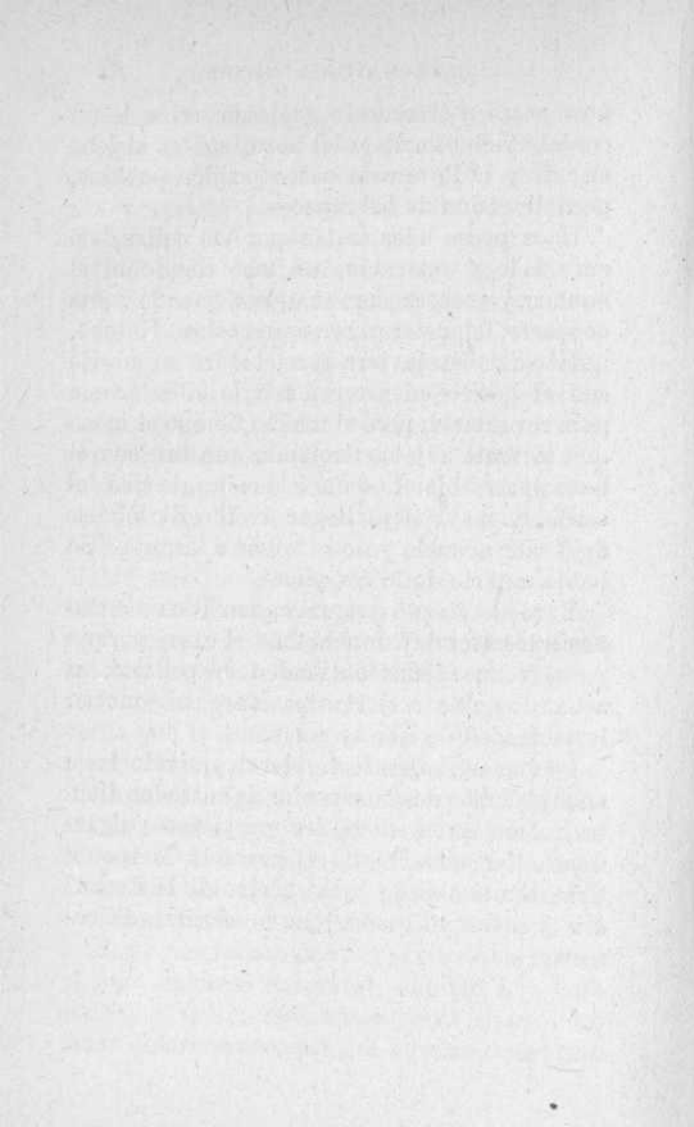
Entonces, ó se le mata allí á palos y á pedradas, ó si la gente está de buen humor, se le saca vivo. Para esto se corta un largo varal de fresno horcajado en la punta, se coloca la horcajadura del varal sobre el pescuezo del lobo, y agarrándose dos ó tres mozos de fuerza al otro extremo del varal, sujetan á la fiera contra el suelo: baja entonces al chorco otro mozo determinado, pone al lobo un bozo como

á un perro, y tirando luego desde arriba de un cordel atado al collar del bozo, suben al lobo en vilo y le llevan de paseo por los pueblos, para diversion de los rapaces.

Hace pocos años traían por las calles, así embozado y amarrado, un lobo cogido en el HORCO, y al oscurecer, cuando el ganado venía del pasto, le pusieron cerca una cabra. El lobo, igual que si no tuviera bozo, la tiró un envite con el hocico en direccion á la falda, como para reventarla; pero al mismo tiempo el mozo que le tenía sujeto, temiendo que áun con el bozo puesto hiciera daño á la cabra, le tiró del cordel y no le dejó llegar á ella. El lobo se dejó caer al suelo y no se volvió á levantar. Se había muerto de la corajina.

Y recuerdo que á aquellos sencillos montañeses les asombró muchísimo el caso; porque ya se ve...; apenas entienden de política, ni saben lo que son ciertas pasiones, ni conocen la voracidad de ciertas razas.

Lo demas... Que le hubieran quitado hace años al Gobierno conservador de entre los dientes, como quien dice, los proyectos vulgarmente llamados de subvencion á la Compañía Trasatlántica y de construccion de la Escuadra, y no sé yo que dejara de morirse de repente.



EL CAPELLAN DE PRIORO

Hallábame yo hace muchos años en la tribuna de la prensa, del Congreso, una tarde de esas aburridas, en que se discuten presupuestos: hablaba no sé si Polo de Bernabé ó el Marques de Pidal ó Berdugo, y como el tratar de seguir al orador daba sueño, los pocos periodistas que habíamos tenido la paciencia de no marcharnos, sosteníamos en grupos pequeños animadas conversaciones de diversos asuntos, poco ó nada relacionados con lo que abajo se discutía.

Hablaba yo con un jóven republicano federal, por aquello de que los extremos se tocan, sobre lo vano, ridículo y costoso que nos iba saliendo el sistema parlamentario, cuando oí á mi derecha estas palabras: «y el oso le llevó el faldon de la levita». Atendí un poco á la conversacion y noté que hablaban de caza y que uno de los interlocutores refería al otro, un tanto desfiguradas, las hazañas más prin-

cipales del celeberrimo cazador leonés, cuyo nombre encabeza estas líneas.

Me llamó grandemente la atención el caso, con tanto más motivo cuanto que ninguno de los dos interlocutores era de mi tierra; pero despues supe que uno de ellos había estado años atras empleado en Leon y allí había oído aquellas narraciones maravillosas que repetía con fe y con entusiasmo.

Cuando al verano siguiente le contaba yo al viejo capellan que en Madrid, en el Congreso, en la tribuna de periodistas era conocido y se hablaba de él y de sus lances de caza, ¡cómo se regocijaba el pobre D. Felipe!

D. Felipe Díez, que así se llamaba el gran cazador, nació el 21 de Mayo de 1811 en Pioro, pueblo de la provincia de Leon, situado á 1.100 metros sobre el nivel del mar, en la falda meridional del Pando, junto al origen del río Cea. Bautizóle su tío y antecesor en la Capellanía D. Julian Díez. Educáronle sus padres cristianamente, y como desde luego le consideraban con derecho á obtener la Capellanía de su tío, cuando éste falleciera, le pusieron á estudiar latin. Por cierto que no debió desaprovechar el tiempo del todo, si se ha de juzgar por su aficion á echar latines en las conversaciones.

Cuando tuvo la edad necesaria, vacante ya la Capellanía, fué ordenado *in sacris* á título de ella, y comenzó á ejercer allí mismo, en

Prioro, las funciones que la eran anejas, de coadjutor de la parroquia. Pero escaseando el clero despues de la primera guerra civil, los prelados hubieron de echar mano de él para servir parroquias en economato, y así anduvo de acá para allá, sin volver á residir en Prioro, en su destino, hasta los últimos años de su vida.

Desde estudiante fué ya muy aficionado á la caza y á la pesca, pero como luego fué sucesivamente vicario de tantos pueblos distintos, y los más de ellos muy abundantes en uno y otro ramo, se aficionó cada vez más, hasta llegar á constituir en él estas aficiones un verdadero vicio.

Verdad es que nunca tuvo otro, pues aparte de lo demasiado que se distraía en la caza y la pesca, en la caza principalmente, su conducta fué siempre ejemplar y arreglada á las condiciones de su estado.

De entre las Vicarías que sirvió recuerdo las de Caminayo, La Sota, Retuerto, Carande, La Mata de Monteagudo, Soto de Sajambre, Barniedo, Portilla de la Reina, Piasca y Leveña. En todos estos pueblos abunda la caza, predominando en unos una clase y en otros otra. Mientras estuvo en Portilla, Retuerto y Soto de Sajambre, pueblos próximos á los Picos de Europa ó á sus estribaciones, mató muchísimos rebecos.

Tenía verdadera vocacion de cazador y no le asustaban nunca las penalidades y las fati-

gas anejas al oficio. En alguna ocasion estuvo dos días sin comer. Lo mismo subía tras de los rebecos á los picos más altos de Valdeon y Cain, que se pasaba las noches de Enero sobre la nieve, envuelto en una sábana (para parecer nieve tambien), con objeto de tirar á los labancos á la orilla del Esla en el soto de Pedrosa.

En la caza mayor era valiente y decidido, en la menor ligero é incansable, en una y otra astuto é inteligente. Varias veces anduvo á vueltas con el oso, y tuvo con los jabalíes terribles encuentros, sin que afortunadamente recibiera nunca daño considerable. En los artículos sobre *La caza del oso* conté ya un lance de los suyos. En otras dos ocasiones tuvo que subirse á los árboles huyendo del oso herido: en una de ellas pudo subir la escopeta, y volviendo á cargar remató á la fiera desde arriba; pero otra vez había tenido que abandonar el arma y tuvo que esperar arriba toda la noche hasta que el oso acabara de morir. El haya á que se había subido era delgada (como tenía que ser para que le sirviera de refugio, pues á los árboles gruesos trepa el oso mejor que el hombre) y no podía hallar posicion cómoda, y lo que más sentía, segun él contaba, era que no podía fumar, porque aunque tenía tabaco no tenía lumbre por habersele mojado la yezca.

Otra vez, hallándose á caza de rebecos, sorprendió una manada de ellos en una canal

junto á lo más alto de la peña de Liordes. Tiró y apeó dos; pero como la canal no tenía salida por arriba, cosa que él ignoraba, ni menos por los lados, los rebecos que quedaron vivos, que eran muchos, asustados con el tiro y no teniendo otra salida que por donde estaba el cazador, se le vinieron encima todos juntos. Ocurriósele echarse en el suelo para que pasaran sobre él, y así se salvó sin más daño que el de las pisadas que le produjeron algunas contusiones en la cabeza; pero si se hubiera estado de pie le atropellan y le echan á rodar hasta el abismo.

No es menester decir que tiraba admirablemente al vuelo y de parado.

Siendo vicario de Piasca, en el valle de Liébana, allá por los años en que comenzaba la explotación de las minas de Andra, vinieron por allí una vez los ingenieros encargados de dirigirla, los cuales traían entre sus criados un tirador famoso. D. Felipe, que en materia de caza no se dejaba achicar por nadie, hubo de poner algunos reparos á las alabanzas que los ingenieros tributaban á su sirviente como cazador, y sobre todo á la afirmacion de que nadie tiraba como él, con lo cual, tras de breves réplicas, quedó concertado un desafío á matar perdices.

Por el Capellan apostaban sus compañeros, los otros curas del contorno, y por el criado de los ingenieros sus amos. La apuesta era una

comida para todos, y la ganaba el que de diez tiros errara menos.

Fueron al cazadero, encontraron las perdices y comenzaron á tirar. A los diez tiros por cada parte, el mozo tenía ocho perdices y el Capellan no tenía más que seis. Comenzaban á darle á éste broma por haber perdido la apuesta, cuando aproximándose él con socarnería á su contrincante y echando mano á una de las perdices, que tenía saltado un ojo, comenzó á examinarla y le dijo:

—¡Ah! pero tú ¿con qué tirabas?

—¡Toma! pues con perdigon terciado, con lo que tira todo el mundo á las perdices—contestó el mozo.

—¡Ta, ta, ta! ¡Es que yo he tirado con bala!—repuso el Capellan.

Los ingenieros creyeron al principio que aquello era una broma; mas como D. Felipe se formalizaba, comenzaron á reconocer las perdices, y vieron que era cierto. ¡Había matado de diez tiros con bala seis perdices!

—¡Vaya, vaya!—continuaba el Capellan, mientras los otros no salían de su asombro.—Pues con perdigon ¡valiente gracia matar de diez tiros ocho!... yo sé matar once...

En sus últimos años estaba muy mal de la vista. Estuve un día jugando con él al tresillo y se quejaba de que no veía las cartas, y en efecto, tardaba mucho en enterarse de ellas y en descartarse. Al levantarse de jugar dijo:

«Voy á ver si antes de comer mato un par de perdices». Salió efectivamente hacia unos escobales próximos al pueblo, y volvió con tres perdices antes de una hora.

—Pero, D. Felipe—le decía yo,—si está usted tan mal de los ojos que no ve usted las cartas, ¿cómo ve usted las perdices?

—No las veo—me contestaba,—las oigo; tiro al ruido.

Era en su trato afable y decidor, y tenía muy buenas ocurrencias.

Una vez, oyendo decir á uno: «Es de fe que hemos de morir...», le interrumpió diciéndole: —«No, lo que es de fe es que hemos de resucitar...» Y en efecto, la resurreccion de la carne está en el Credo y no la muerte, que es una verdad que no necesita de la fe porque se ve á cada paso.

—¿Cuántos osos ha matado usted, D. Felipe?—le preguntábamos.

—Diez y ocho—contestaba sin vacilar.

—¿Y jabalíes?

—Ciento diez y ocho; da la casualidad que el número de los osos es el pico del de los jabalíes.

—¿Y corzos?

—Doscientos treinta y uno—seguía contestando imperturbable.

—¿Y rebecos?

—Hasta mil quinientos fui contando; despues ya perdí la cuenta.

—¿Y perdices?

—Perdices, liebres, conejos, labancos, palomas—decía con verdadero entusiasmo,—no hay guarismos con que contarlos, no hay aritmética posible, no los cuenta ni Vallejo, ni Newton.

No se crea que hubiera gran exageracion en las anteriores cifras, como la hay casi siempre en las ponderaciones; porque es cierto que había matado muchísima caza.

Como muestra de sus golpes de ingenio, citaré el siguiente:

Siendo todavía joven, y vicario, creo que de Caminayo, iba una vez á Leon á licencias y llevaba la escopeta atada al arzon delantero. En el valle de Hontoria vió un bando de perdices, se apeó, maneó el caballo y comenzó á perseguirlas. Llevaba muertas tres ó cuatro, cuando se le acercó una pareja de la Guardia civil que debía pasar por un camino próximo y había oído los tiros.

—¿Tiene usted licencia de uso de armas, señor cura?—le preguntaron.

—Sí la tengo—contestó el.

—Pues haga usted el favor de enseñárnosla.

—Hombre, la tengo en la cartera, que está en las alforjas, y por no ir allá abajo donde está el caballo...

—Sin embargo, necesitamos verla, tenemos obligacion de verla.

Eran nuevos entonces las licencias de uso

de armas y los guardias civiles, y tomaban éstos las cosas con mucha formalidad, de suerte, que el Capellan no tuvo más remedio que dirigirse á donde estaba el caballo.

Llegó á él, comenzó á revolver en las alforjas, sacó la cartera y de ella un papel con muchos sellos, que entregó al guardia que hacía de jefe.

Comenzó éste á tratar de leer, y á los pocos momentos dijo:

—Pero ¿qué me da usted aquí?

—La licencia para uso de armas.

—¡Si esto está en latin!...

—¡Toma! pues claro que está en latin. ¿Es que usted no sabe que á los curas nos dan todas las licencias en latin?... Se conoce que hasta ahora no ha pedido usted la licencia de uso de armas á ningun cura.

—Se la he pedido á varios que no la tenían —dijo el guardia: —la verdad es que no he visto ninguna.

—Ya se conoce... Pues sí, hombre sí—continuaba el Capellan muy serio, volviendo á recibir el papel,—á los curas todas las licencias nos las dan en latin, hasta la de uso de armas.

Y volviendo á guardar el papel montó á caballo y siguió su camino, despues de haber enseñado á la Guardia civil las licencias eclesiásticas de decir misa y de confesar, para cuya renovacion hacía el viaje.

Vestía una levita larga, que no dejaba nunca ni aún para ir á caza, así como tampoco dejó nunca la escopeta de piston, aún cuando conoció los nuevos sistemas.

Conservó su buen humor hasta los últimos momentos. El 7 de Febrero de 1882 le acometió una pulmonía. El médico del pueblo, pariente suyo, que no era una eminencia ciertamente, creyó que no había más remedio que sangrarle. —No me sangres, que me matas, decía él, que tenía mucho miedo á las sangrías. Y como el párroco, el secretario del Ayuntamiento y otros amigos fueron luego á verle con el médico y á aconsejarle que se dejara sangrar, comenzó á decir: *Astiterunt Reges terræ et Principes convenerunt in unum...* Se juntaron todos los magnates del pueblo... y mataron al Capellan.

En efecto: tres días despues, el 10, moría cristianamente, rodeado de sus parientes y amigos.

¡Dios le haya llevado á la gloria!

¿PUEDEN CAZAR LOS CURAS?

Anda muy extendida la creencia de que á los clérigos les está del todo prohibida la caza, y de que, por consiguiente, no sólo la frecuencia de este saludable ejercicio, sino aún la simple afición á cazar es en ellos pecaminosa. Por eso la frase vulgar de *cura de escopeta y perro*, que se aplica á los curas cazadores, tiene un sentido poco menos despreciativo que el de la otra frase de *cura de misa y olla* con que se designa á los ignorantes.

Creando yo que en esa general apreciación hay error é injusticia, el amor á la verdad por una parte, y por otra el respeto y la veneración á una clase tan digna de veneración y de respeto como la eclesiástica, me obligan á tratar de desvanecer preocupaciones y de poner las cosas en su punto.

Aun prescindiendo de las exageraciones de algunos escritores particulares, como el que dice que Esaú era cazador porque era pecador:

venator erat, quia peccator erat, no se puede desconocer que la Iglesia desde los primeros tiempos despues de la paz, juzgó impropio de los clérigos el ejercicio de la caza. Pero hay que tener en cuenta que la caza, tal como se practicaba entonces y siguió practicándose durante la Edad Media, exigía tanto aparato y era tan costosa, que sólo podían dedicarse á ella los reyes y los señores feudales; siendo muy natural que la Iglesia, con el espíritu de humildad de su Divino fundador, aborreciera aquellos lujos y tratara de impedir que los obispos y otros clérigos ricos gastaran en la caza y sus necesarios preparativos los bienes que debían servir para remediar las necesidades de los pobres.

Un Concilio celebrado en Orleans en el siglo vi, publicó respecto á la caza dos decretos, en el primero de los cuales prohibió á los obispos, presbíteros y diáconos, tener perros, halcones y otros elementos para cazar, estableciendo penas, pero sólo para los que con mucha frecuencia (*sæpius*) se dedicaran á la caza. En el otro prohibía á todos los siervos de Dios las cazas ó excursiones por las selvas con abundancia de perros, y el tener halcones ó gavilanes destinados á la caza. Estas disposiciones pasaron al Derecho Canónico, y figuran en la Primera Parte del *Decreto*, distinción 34.

Mas como se puede cazar, y efectivamente se caza ahora de una manera más modesta,

sin aquel lujo, sin aquellas ruidosas excursiones por las selvas y sin los dispendios que exigían el sostenimiento y la educacion de perros y gavilanes, parece indudable que esta otra caza más modesta, no se halla comprendida en las mencionadas prohibiciones canónicas.

Y así puede deducirse del Concilio de Trento, el cual en el cap. XII de la sesion XXIV, *De reformatione*, renovando, ó bien recordando, las disposiciones del susodicho Concilio Aurelianense, manda, aunque sin establecer pena alguna especial, que los clérigos se abstengan de cazas ilícitas, *ab illicitis venationibus et aucupiiis se abstineant*, con lo cual parece claramente dar á entender que hay cazas que no son ilícitas.

Esto mismo dan á entender, y áun manifiestan claramente nuestras leyes patrias, de entre las que puede citarse la XLVII del tít. VI de la Partida I.

Está inspirada esta ley en los cánones antiguos, que parece haber tenido á la vista el redactor de ella, y puede decirse que los explica y da de ellos la inteligencia más recta conforme al espíritu que los dictara. Por eso merece ser transcrita.

Dice así:

«Venadores nin cazadores non deben ser los clérigos, de qual orden quier sean; nin deben haber azores, nin falcones, nin canes para ca-

zar. *Ca desaguisada cosa es despendar en esto lo que son tenudos de dar á los pobres. Pero bien pueden pescar é cazar con redes é armar lazos; Ca tal caza como esta non les es defendida, porque la pueden facer sin aves é sin carnes é sin roido. Mas con todo eso deben usar de ella de manera que non se les embarguen por ende las oraciones nin las horas que son tenudos de facer é decir. E otrosi non deben correr monte, nin lidiar con bestia brava, nin aventurarse con ella por precio que les den, ca el que lo ficiere seria de mala fama. Pero si las bestias bravas ficieren daño en los omes ó en las mieses ó en las viñas ó en los ganados, bien las pueden entonce los clérigos seguir, y matar si les acaesciere. E tovo por bien la Santa Iglesia que el clérigo que usare á facer alguna de las cazas sobredichas que le son vedadas de facer, que si despues que su Perlado le oviese amonestado que lo non faga, se trabajare dello, si fuese misacantano que se debe vedar por dos meses que non diga Misa...»*

Como se ve, no pueden estar mejor interpretados los cánones prohibitorios de la caza, ni pueden estar mejor definidos el objeto y el alcance de la prohibicion. Se les vedó á los clérigos la caza en cuanto para ejercitarse en ella necesitaban adquirir, educar y mantener aves y perros en abundancia, derrochando en esto las rentas eclesiásticas con que debían socorrer á los pobres. No se les vedó la caza sin

tales aparatos y sin tanto ruido. De modo que la caza vedada á los curas fué solamente la clamorosa, la costosa, la fastuosa, la verdaderamente contraria á la modestia y á la pobreza de espíritu que deben adornar á los eclesiásticos. No se les vedó la caza ejercida más modestamente y para recreo del ánimo. Se les prohibió aventurarse á perseguir animales fieros por la sola mira del lucro; pero no cuando estos animales hicieren daño á los hombres ó á sus haciendas.

Conforme con la citada ley de Partida á la que se remite considerándola en pleno vigor, viene la Real cédula de Carlos III, publicada en 16 de Enero de 1772, la cual por lo que concierne á los Clérigos, dice:

«... En el resto del año sólo podrán cazar con escopeta y perros los Nobles, Eclesiásticos..., etc. Y el permiso que por este capítulo se concede á los eclesiásticos quiero sea y se entienda con arreglo á las disposiciones canónicas y á la ley XLVII, título VI, Partida I.»

Ya hemos visto lo que disponía esta ley, por la cual no puede considerarse prohibida la caza en que hoy en día se suelen ejercitar algunos curas, tan diferente de aquellas que se usaban en la Edad Media, que son las que la dicha ley prohíbe.

La llamada de cetrería, ejercida con halcones y otras aves de rapiña, no está ya en uso en ninguna parte; de suerte que hoy apenas

nadie, ni eclesiástico ni seglar, cría de esas aves cuya educacion y cuyo sostenimiento suponían dispendios considerables. En cambio para la caza llamada hoy de volatería, que es á la que con frecuencia se dedican los curas cazadores, ni son necesarias aquellas aves amaestradas, ni tampoco la abundancia de perros que se emplea en las grandes monterías, sino que basta con uno. Tampoco se necesita para esta caza montar á caballo, ni dar desaforados gritos ni carreras, sino que todo está reducido, si salta una pieza, á dispararla un tiro, con buena ó mala puntería, recoger la pieza en el primer caso, y mirar cómo se aleja en el segundo.

Entre esta caza con escopeta y perro y la caza con redes ó lazos, que permite á los clérigos la ley de Partida, no parece que haya diferencia; pues por lo que hace al ruido de que habla la misma ley, no hay otro en esta caza que el de los tiros que suenan de cuando en cuando, y es un ruido que en nuestros tiempos no asusta ya á la gente ni produce escándalo ni alarma.

Por lo que hace á la caza mayor ó de montería, también hay que tener en cuenta que no es ya como era en los tiempos de D. Favila, cuando el cazador tenía, por ejemplo, que herir al oso con venablo y luchar cuerpo á cuerpo con él y mancharse con su sangre, todo lo cual parece, en verdad, impropio de un ecle-

siástico. Hoy, con una buena escopeta de dos cañones, se caza el oso ó cualquier otra fiera, con poco ó ningun peligro y sin la crueldad, cuando menos aparente, que entrañaba la antigua lucha. De modo, que tampoco parece que esta caza esté prohibida á los clérigos tal como se practica ahora.

Se dirá que á los clérigos les está prohibido llevar armas, no siendo cuando van de camino, y que para cazar en la forma dicha, necesitan llevar, por lo menos, una escopeta. Es verdad. Pero las armas que les fueron prohibidas á los eclesiásticos, por considerarlas opuestas á su estado, eran las armas blancas, la espada, la lanza y otras semejantes, propias para la guerra, que convierten al que las lleva en un soldado. No así la escopeta, que hoy día no es ni se la considera como arma de guerra, sino como instrumento de caza.

Tambien se dirá, y de hecho se dice por los rigoristas, que para cazar necesita el clérigo dejar por algunas horas la sotana y el manteo, en lo cual ven poco menos que un sacrilegio, especialmente en lo de la sotana, pues el manteo, como no es prenda francesa, no está muy en auge. Es verdad que para ir á caza tendrá el clérigo que dejar la sotana, como la deja tambien para dormir, pues á nadie se le ha ocurrido hasta ahora que deba dormir con ella puesta, y como la debe dejar para montar á caballo, si no ha de ir haciendo una figura ri-

dícula. El clérigo puede, por regla general, dejar la sotana siempre que le sea necesario, y necesario le es hacer ejercicio, y un ejercicio conveniente y en gran manera saludable como el de la caza, pues para naturalezas jóvenes y robustas no basta el ordinario paseo por camino llano, sino que es menester subir y bajar cuestras, saltar arroyos, etc., tomar diversas posturas y hacer esfuerzos musculares variados.

¡La sotana! Si todo consistiera en llevar siempre la sotana puesta, no hubiera dicho la sabiduría popular que «el hábito no hace el fraile». No se necesita quitar la sotana para jugar al tresillo, y ¡cuánto peor es el tresillo que la caza! Aun prescindiendo de la posibilidad de que una sesión de tresillo tenga por epílogo otro juego menos complicado; aun tratándose sólo del tresillo, del *inocente* tresillo, no vacilo en afirmar que la afición á este juego es para todos, y especialmente para los eclesiásticos, dañosa.

Porque el tresillo, sobre ser ocupacion antihigiénica, como toda ocupacion sedentaria, para los verdaderos aficionados no es distraccion, sino estudio; y estudio por estudio, mejor le es á un cura estudiar casos de moral que combinaciones de naipes. No siempre ha de estar estudiando, ya lo sé; pero precisamente por eso le conviene ir á caza, y no le conviene levantarse de estudiar teología para sentarse

á estudiar la manera de sacar una puesta ó evitar un codillo. ¿No es mil veces peor una de esas sentadas de tresillo de seis ó siete horas (y aun las hay más largas), donde se gastan y quebrantan las fuerzas corporales sin recreo del ánimo, que un rato de caza que sirve de salud al cuerpo y de esparcimiento al espíritu?

Sin duda por éstas y por otras análogas razones, los teólogos modernos interpretan generalmente con suma benignidad los cánones prohibitorios de la caza. San Alfonso de Liguorio, cuya autoridad en materias legales es tan grande y tan universalmente reconocida, entiende las mencionadas prohibiciones, de la caza *estrepitosa* ó *clamorosa* solamente; y añade: « Porque la caza sin estrépito y por vía de recreacion ES PERMITIDA »; y en otro lugar dice, que aún la caza clamorosa no está prohibida bajo pecado grave, á no ser que sea frecuente y que de ella se origine escándalo ú ocasione grandes gastos, citando en favor de esta opinion el testimonio de gran número de doctores. Algunos de éstos, y de gran fama, llegan á decir que puede muy bien suceder que esa caza *clamorosa* carezca de toda culpa, si es rara y moderada, ó por alguna necesidad (algun *compromiso* que diríamos ahora) ó por hacer ejercicio. Y por último, cita el autor de un piadoso libro titulado *Instruccion para los nuevos confesores*, el cual enseña que la caza

no clamorosa ejercida para honesto recreo, es *enteramente lícita*.

Con lo cual me parece que la pregunta que sirve de epígrafe á este artículo queda contestada afirmativamente.

CAZADOR ENCAUSADO

Una hermosa tarde de Setiembre de 1873, iban por la calle de un pueblecillo de los confines de Leon y Asturias dos mozos muy jóvenes con dos escopetas.

A la salida del lugar se encontraron con una mujer anciana que amable y sonriente les dijo:

—¡Buenos cazadores!... ¿Adónde vais tan de mano armada?

—A acechar las liebres, tía Mari-Cruz—la contestó el más alto, que era sobrino suyo.

—Mejor hiciérais en ir á acechar el oso—repuso la anciana,—que todas las noches viene al mi maizal del camino de Beza, y uno que come y otro que estroza, me le tiene ya hecho una lástima.

—Pero ¿sabe usted bien que es el oso?

—¿No lo he de saber?... Yo no le he visto, pero bien patentés están allí las cañas arremo-

linadas y las panojas esbilladas y magulladas. ¿Quién ha de ser más que él?

—Pues esta noche vamos, ¿verdad, tú?— dijo dirigiéndose al compañero.

—Bueno—contestó éste.

—Sí, sí—insistió el primero.—En cuanto vengamos de las liebres, cenamos, y nos vamos allá.

—A ver si le matamos—añadió el otro,—y la salvamos el maizal.

—Yo con que me le ahuyentéis me contento—dijo la anciana;—pero si le matáis, mejor para vosotros... Andad con Dios.

Y marcharon los dos mozos á la Camperona á esperar las liebres, que en la época del calor, desde Junio á Setiembre, suelen pasar las horas del centro del día encamadas á la sombra, en lo más espeso de un escobal, y por la tarde, á la puesta del sol, salen á pastar á las camperas verdes, y desde un escondite se las tira.

Nuestros dos cazadores llegaron á la hora crítica al collado elegido para la espera, se escondieron convenientemente, á cosa de doscientos pasos uno de otro, en puestos desde donde se dominaba la campera perfectamente.

Pero á las liebres no las dió aquella tarde la gana de salir á pastar, ó si las dió, salieron para otro lado; lo cierto es que allí estuvieron los muchachos inútilmente, quietos y silenciosos en sus escondites, unas dos horas, has-

ta que se hizo de noche y se puso oscuro, de modo que aunque saliera alguna liebre, ya no se la podía apuntar apenas, y era muy difícil matarla.

El primero de ellos á quien se le ocurrió esta idea, la comunicó al otro en alta voz, y los dos se levantaron y emprendieron la vuelta al pueblo.

Llegados á él y al separarse para ir cada uno á su casa, dijo el más jóven:

—Bueno; en cuanto cenemos, iremos á ver si baja el oso al maizal de tu tía.

—Aguardaremos á que salga la luna—replicó el sobrino,—porque con esta oscuridad... sería inútil... no estando encima de él... Y la luna saldrá ya cerca de la media noche...

—Sale antes... A más de que allí podemos aguardar: frío no hace, y si acaso á él le da por cenar temprano...

—No va á tener mala cena como llegue á venir.

—¡Dios lo quiera! Hasta luego... En cuanto cene voy á llamarte.

—Hasta luego.

.....

Dos horas despues, á eso de las once iban los dos muchachos llegando al maizal, y el mayor, tratando de cortar la animada conversacion que llevaban, dijo á su compañero:

—Calla, no hablemos; no sea que el amigo haya venido ya y nos sienta y se largue.

Siguieron andando en silencio, y á poco llegaron á colocarse junto al cierro del maizal por la parte de abajo.

El maizal estaba en ladera, de modo que desde allí se podía ver todo él cuando la oscuridad desapareciese.

La luna había salido ya hacía rato, pero en aquellos instantes, oculta tras de un nublado muy denso, no alumbraba. La calma era absoluta: no se movía una hoja.

—Parece que se siente ruido—dijo muy bajo uno de los mozos.

—Sí—le contestó el otro;—ruido como de moverse el maíz... y aire no hace.

—Escucha, á ver...

—Sí, se mueven las cañas allá enfrente... pero no se ve nada...

—Calla, á ver si aclara un poco.

En esto la luna iba quedando ya á la orilla del nublado y comenzó á clarear.

—Es el oso—dijo el más el jóven,—mírale allí; ¿no ves allí enfrente un bulto negro?

—Sí, ya le veo.

—El es el que hace el ruido moviendo las cañas: tírale.

—No se ve bastante para apuntarle bien...

En esto la orilla del nublado iba raleando cada vez más, el bulto negro entre el maíz se veía cada vez mejor, y se veía que movía las cañas, y el mozo más jóven insistió diciendo:

tírale, tírale. Su compañero le obedeció afinando la puntería lo que pudo, y sonó el tiro.

Inmediatamente se oyó en el maizal un quejido como de voz humana.

Los mozos quedaron atónitos: no podían creer que el oso se quejase así, pero tampoco podían creer que una persona á tales horas estuviera en medio de aquel maizal divirtiéndose en menear las cañas.

Desgraciadamente, el quejido se repitió en seguida de modo tan claro, que ya no dejaba lugar á duda.

—¡Ay, que me matásteis, hijos míos!

—¡Mi tía Mari-Cruz!—exclamó el tirador horrorizado.

Y los dos, saltando el cierro de la heredad, corrieron veloces á prestarla auxilio.

—¡Tía, perdóneme!—sollozó el sobrino.—
¡Desgraciado de mí!...

—No tuvisteis vosotros la culpa—murmuró la anciana,—túvela yo...

—¿La hicimos mucho daño?—la preguntó el otro.

—No sé... creo que sí...

—La vamos á llevar á casa...

—Llevadme...

Uno de ellos fué corriendo á abrir la portillera de la finca, volvió en seguida, y entre los dos cogieron á la anciana herida en silla de la reina, y, suavemente para no molestarla, echaron á andar con ella hacia el pueblo.

—Si la molesta mucho el movimiento, iremos más despacio—la dijo su sobrino á poco de haber salido del maizal; y no le contestó.

Creyeron que había muerto, y su aficcion creció lo indecible. Despues de andar un buen rato, llegaron á donde había un madero medio labrado á la orilla del camino y la posaron sobre él para descansar. Entonces, tocándola con los dedos en las sienes y en las muñecas, conocieron que tenía pulso; sólo estaba des-acordada. Volvieron á cogerla como antes y á continuar la marcha, y apenas se habían puesto en movimiento recobró el sentido.

—¡Ay, Dios mío! ¡Virgen Santísima!—decía con voz apagada.

—¿Se siente usted muy mal?

—Sí, mucho dolor...

* * *

Luego, en casa, se vió que la bala la había atravesado el vientre. Murió á los tres días con todo su conocimiento, despues de sacramentada solemnemente.

Ya había declarado ante el Juez municipal, que fué quien instruyó las primeras diligencias, que efectivamente había dicho á su sobrino y al otro muchacho su amigo que fueran á acechar al oso que la destrozaba el maizal, y ellos la habían ofrecido ir aquella misma noche; pero que habiéndoles visto ir hacia el

otro lado á la espera de las liebres, no creía que aquella misma noche habían de tener tiempo para todo, y luego, como tenía unos pies de patatas entre el maíz, se la había ocurrido al oscurecer ir allá por un cestin de patatas nuevas para almorzar á la mañana, y despues de coger las patatas se había puesto á levantar algunas de las cañas de maíz dobladas ó rotas por el oso, las que tenían las panojas sanas, para que no se pudrieran contra el suelo, y en esto se había entretenido perdiendo la cuenta del tiempo, no creyendo que era tan tarde... Y en fin, que su sobrino la quería mucho, como si fuera hijo, y ni él ni el otro muchacho habrían querido hacerla ningun mal, y que no se les castigara, que bastante afligidos estaban ellos los pobres, con lo sucedido, de lo cual nadie más que ella había tenido la culpa.

Por supuesto, que á pesar de su declaracion, á los muchachos se les formó causa, y como el sobrino de la interfecta había declarado noblemente que él era el autor del disparo, se sobreseyó respecto del otro, y á él se le declaró procesado por *imprudencia temeraria*.

La causa se tramitó despacio y con intermitencias, porque en el Juzgado de primera instancia á que pertenecía el pueblo, lo más del tiempo no había Juez.

Uno de los que solían ir á tomar posesion para pedir traslado en seguida, hizo la buena

obra de excarcelar al reo bajo fianza, y pudo volver á su pueblo. Al año siguiente entró en quinta, y como no le hacía gracia que si le alcanzaba el ser soldado, le llevaran al Norte á batirse contra los carlistas, sus correligionarios, una vez que pasó por las inmediaciones del pueblo una partida carlista al mando de Rosas, se agregó y se fué al Norte con ella.

* * *

Tres años más tarde, hacia el fin del 1876, despues de la conclusion de la guerra y de la temporada de emigracion subsiguiente, volví yo á Pedrosa.

Como de costumbre, no había Juez en Riaño y desempeñaba el cargo interinamente el Juez municipal, excelente persona, de mi mismo apellido, aunque sin parentesco averiguado, D. Juan de Valbuena, de Escaro, que era muy amigo de mis hermanos mayores sus contemporáneos, y á mí tambien me quería mucho.

En cuanto supo mi llegada, despues de tres años y medio de ausencia, fué á verme, y al fin de su larga y cariñosa visita, de pie ya y despidiéndose para marcharse, me dijo:

—Mira, Antonin (así me llamaba desde niño), se me ocurre una cosa: si piensas pasar aquí el invierno, me puedes despachar como asesor un monton de pleitos y causas que hay

detenidos, algunos de tres ó cuatro años; porque como no hay casi nunca Juez, de cuando en cuando viene uno, despacha dos ó tres y se vuelve á marchar, y estos abogados no pueden asesorar porque han sido defensores de alguna de las partes, los expedientes se eternizan...

Conocí que lo deseaba mucho, y por complacerle me dí de alta en la matrícula, y le dije que fuera enviándome asuntos.

De un golpe me mandó cerca de una docena de procesos civiles y criminales.

Entre ellos encontré en los primeros días la *causa de homicidio por imprudencia temeraria* contra X... (el cazador que mató á su tía creyendo matar el oso).

Me enteré de ella y ví que por lo menos lo de *temeraria* se lo habían puesto de propina. Y digo por lo menos, porque no andaba lejos de creer que no había en el caso ninguna imprudencia, ni temeraria, ni simple.

La rutina, que en todas partes hace estragos, es la que ha hecho que los curiales, á fuerza de leer y oír «imprudencia temeraria», hayan llegado á creer que es temeraria toda imprudencia.

Bien examinado el proceso y bien pensado el caso, redacté la sentencia absolviendo al procesado libremente y declarando las costas de oficio.

Habiéndoles dicho la dueña á los cazadores que fueran á acechar el oso á su maizal, que

todas las noches venía, y habiéndola ofrecido ellos que irían aquella misma noche, ¿cómo podían sospechar que á las altas horas, á las horas de venir el oso, iba á estar en el maizal moviendo las cañas la dueña?

Al cazador le han dicho que el oso baja todas las noches á un maizal muy en despoblado, indicándole que vaya á acecharle; promete ir aquella misma noche, va en efecto muy á deshora, ve un bulto negro entre el maíz que mueve las cañas lo mismo que hace el oso, dispara sobre lo que él racionalmente cree que es el oso, y mata una mujer, la misma mujer que le dijo que fuera á acechar el oso, y á quien él dijo que iría aquella noche misma; una mujer parienta suya á quien quiere mucho... Es una desgracia. Pero ¿dónde está la temeridad? De veinte cazadores puestos en el mismo caso que el de autos, con los mismos antecedentes, los diez y nueve disparan, y acaso también el vigésimo: ¿dónde está la imprudencia? ¿Había de gritar antes, dirigiéndose al bulto: ¡Eh! Dime si eres el oso?... ¡Buen paso hubiera llevado el amigo!

Estos hechos y estas deducciones, puestos en forma irreprochable de resultandos y considerandos, daban al fallo un evidente y sólido fundamento.

Sin embargo, el fallo produjo entre los curiales el efecto de una bomba: procuradores y escribanos, acostumbrados á que todo daño

causado sin intencion se castigara siempre como *imprudencia temeraria*, creían estar viendo visiones... Ellos no querían que se impusiese al procesado mucha pena, pero querían que se le impusiese alguna, para que se le impusieran las costas; querían comerle al huérfano la pequeña hijuela que le habían dejado sus padres; querían cobrar; no querían haber trabajado de balde; lo decían descaradamente.

En aquel tiempo, aunque sentenciaban las causas criminales los Jueces de primera instancia, sus sentencias no eran definitivas como en los pleitos; la fórmula «definitivamente juzgando» no se empleaba como en lo civil en lo criminal. Estas sentencias sin necesidad de apelacion, se remitían todas á la Audiencia territorial para ser confirmadas ó reformadas.

Los procuradores y escribanos, despues de murmurar mucho de la sentencia, se consolaban con la esperanza de que la Audiencia no la confirmase...

Vana esperanza. La sentencia absolutoria del cazador volvió confirmada, sin quitarla ni ponerla una tilde. El Juez levantó el embargo de la hijuela; escribanos y procuradores tuvieron que renunciar á la presa que ya tenían entre las uñas. Todavía creo que uno de ellos que vive no me la ha perdonado.

Unos días antes había venido á verme á Pedrosa la hermana única del cazador, no porque supiese que yo tenía que ver en la causa, sino porque la habían dicho que había llegado de Francia, y acaso habría visto á su hermano.

Este, que á la conclusion de la guerra había entrado en Francia por el puente de Arnegui, como la mayor parte de aquel infortunado ejército, había sido internado á Le-Mans, capital del departamento de La Sarthe, de donde la había escrito dos veces preguntándola por el estado de la causa, pero hacía tiempo que no la escribía.

—Ya no le volveré á ver—me decía llorando la pobre muchacha, sencilla y buena.

—¿Quién sabe? Acaso le verás pronto.

—Si dicen que él acá ya no podrá volver nunca; lo uno, por haberse ido á la rebelion, y lo otro, por estar encausado.

—No hagas caso de lo que digan, que no saben lo que dicen; ¿le habían declarado soldado?

—No, señor; no le alcanzó el cupo; hubo bastantes antes de llegar al número 12 que él tenía.

—Pues si no era soldado, escríbele que venga cuando quiera, que de la rebelion y de la causa está ya libre.

—¿De verdad, señor? Usted no dejará de saberlo...

—Por eso te lo digo. Escríbele que se venga

á Bayona y se presente al Cónsul, que le dará un documento de haberse acogido á la amnistía, con el cual puede entrar libremente en España, y venirse á vivir contigo...

Y llorando otra vez, ahora no de pena, sino de alegría, se despidió la pobre muchacha, que poco despues tuvo el consuelo de abrazar á su hermano.

EL PADRE Y EL HIJO

EPISODIO DE CAZA

Iba pasando por cosa averiguada en Espinada y sus contornos que Sanchon (Pepe Sánchez) no era ya lo que había sido.

¿Que qué había sido Sanchon?... Pues el hombre más determinado para ir á la espera del oso, el más seguro para entendérselas con él mano á mano, dándose forma de que fuera siempre el oso el que salía perdiendo; en una palabra, el cazador más sereno y más valiente de las tres provincias.

Estas tres provincias eran las de Leon, Oviedo y Santander, que confluyen y tienen un mojon comun en los Picos de Europa, cuyas estribaciones con sus sombríos hayedos y sus gigantescos escobales vienen á ser hoy casi el único paraje de España donde el terrible plantígrado tiene morada permanente.

La culpa de que la fama de Sanchon se fuera eclipsando la tenía casi toda su hijo

Rosendo, mozayo hablador y presumido, que no perdía ocasion de rebajar un poco el legendario valor de su padre, á trueque de ensalzar el suyo propio.

—No creáis—les solía decir el hijo de Sanchon á los otros mozos allá en sus reuniones nocturnas siempre que salía la conversacion de la caza,—no creáis que mi padre es ya tan valiente como fué en sus tiempos..., si es que lo fué tanto como dicen, pues yo desde que he empezado á salir con él nunca le he visto hacer ninguna maravilla: lo creo porque así lo cuentan... Pero lo que es ahora... Delante del oso, que es donde quiero yo ver á los hombres, porque allí es donde se prueba el valor y lo demas es broma, delante del oso le he visto yo encogérsele el ombligo como á cualquiera... y bastante más que á mí por supuesto... Como suelen decir, cada primavera tiene sus flores, y mi padre sería valiente, no digo que no lo fuera, allá en sus tiempos, pero lo que es hoy, aunque á mí no me esté bien el decirlo, no sirve para descalzarme...

Con esta propaganda continúa contra el valor de Sanchon, salida de tan cerca de su persona, la gente había comenzado por dudar, para ir poco á poco creyendo en su decadencia.

Y como por otra parte Sanchon, al revés de lo que hacía su hijo, siempre estaba contando valentías de éste y no tenía boca más que para ponderarle, la superioridad del hijo como ca-

zador de osos iba adquiriendo categoría de axioma.

No faltaba, sin embargo, quien suspendiera el juicio diciendo que eso habría que verlo...

*
* * *

Expiraba el verano: había demediado el mes de Setiembre. Los maizales, que por cierto estaban aquel año tan pomposos que era un alabar á Dios, iban ya dorándose por arriba y comenzaba á encerarse el grano en las panojas. Las merinas empezaban á bajar de los puertos para emprender el viaje á Extremadura, con probable disgusto del oso que, mientras están veraneando, casi todas las noches las visita, y se lleva una ó dos como recuerdo. Pero el oso, que es omnívoro, y aunque unas cosas le gustan más que otras, practica el refran aquel que dice: «Cuando no hay solomo, de todo como», empezaba á acudir por las noches á los maizales á darse harturas de leche de panojas á medio cuajar, que es cosa riquísima.

Una mañana aparecían señales de su nocturno banquete en un maizal; otra mañana en otro distinto. Las cuitas que se contaban los vecinos unos á otros iban menudeando.

—El mi maizal del Hoyo grande—decía una mañana Juan Salceda,—todo me le ha derrotado el oso.

—¡Sí, pues el mío de Valleja-oscura!— le contestaba Pedro Portilla,—¡si vieras cómo me le ha puesto! Y estaba que daba gloria verle; pero hoy no tiene ya una panoja sana. Empezó por lo cimero y ya ha ido llegando hasta abajo... No sé qué hacen esos cazadores...

Una tarde llegó el hijo de Sanchon á su casa diciendo:

—Padre, me ha dicho el tío Rafael que todas las noches baja el oso al su maizal de la Pandiella y se le tiene casi todo estrozado. ¡Dice que ha hecho allí cada estrulladero!... Y debe de ser una osa con dos esbardos que vieron la otra tarde los pastores cuando bajaban de la majada del Somo... Si quiere usted, podemos ir esta noche á la espera.

—Iremos—contestó Sanchon á su hijo.

—¿Quiere usted que avise á algun otro?—añadió el hijo.

—No—le respondió Sanchon,—no avises á nadie.

—Como usted quiera... pero por si acaso fueran esa osa y los esbardos, que ya creo que son grandetos—insistió el hijo,—dijera yo que no sería malo que fuéramos tres cuando menos.

—No, no—dijo Sanchon resueltamente;—los dos somos bastante.

Concluído este diálogo, Sanchon y su hijo cenaron de prisa y corriendo un poco de friera (leche desnatada) y un zoquete de borona á sorber y morder, y cogiendo sus escopetas de

piston, una de las cuales tenía una abrazadera rota y sustituida con unas vueltas de bramante, echaron á andar para el monte.

—Si bajan los tres —iba diciendo Rosendo, preocupado con la posible aparicion de los tres osos juntos,—procuraremos asegurar primero la osa, que es la que más vale; despues, si podemos apiolar tambien los esbardos... mejor que mejor.

—No —le interrumpió su padre.—Si vienen los tres y se ponen igualmente á tiro, tú procura asegurar un esbardo, que yo tiraré al otro; porque si derribamos aunque no sea más que uno, la madre acude á reconocerle y acariciarle y no se marcha en un buen rato, hasta que no se convenza de que está muerto, y en tanto podemos tirarla á gusto: mientras que si tiramos primero á la osa, los esbardos en cuanto sientan el tiro y la vean caer, van como alma que lleva el diablo y no les volvemos á echar la vista encima.

Seguramente que Sanchon no habría leído el soneto precioso de Campoamor titulado «Los padres y los hijos»; pero lo que al poeta filósofo le dijeron la filosofía y el númen, se lo había dicho al rudo cazador la experiencia.

Convino el hijo en seguir el plan del padre, aunque no sin cierto escozorcillo tímidamente manifestado en alguna otra observacion como ésta:

—Pero si tiramos primero á los esbardos y

caen, la osa se puede venir sobre uno de nosotros, y con las escopetas descargadas...

—No dejará de haber tiempo de volver á cargar—le contestó el padre;—y si no, ya nos arreglaremos con ella.

—Velay que si tuviéramos—añadió todavía el hijo—de esas escopetas que dicen que hay de dos cañones...

—Sí, dicen que las hay—replicó el padre,—pero no sé si será verdad; yo por mí, nunca las he visto... ni me han hecho falta.

—Para ir al oso no serían del todo malas—insinuó Rosendo.

—Con ésta he matado yo nueve entre chicos y grandes—dijo Sanchon con cierta jactancia.

—Pues si matáramos los tres—volvió á decir el mozo,—no echábamos mal avance... Lo menos tres onzas nos valían los pellejos, y...

—Y acabaste de contar—le interrumpió el padre,—porque el unto ahora casi no vale nada... Si fuera como antes... Lo del primero que yo maté, el año que tú naciste, lo vendí en *Vallaolid* á peseta la onza... Y tuvo cuarenta y dos libras, de modo que saqué un dineral, cerca de tres mil reales, del unto solo. Ahora vale á peseta la libra, si acaso... Y la carne... Bueno, la carne, si el tiempo refresca un poco, la podemos curar para el invierno, que no es mala cecina... Decían que el unto

iba á volver á valer tanto y cuanto, porque servía para hacer andar el *carro-cerril*...

—Antes para eso—dijo Rosendo,—había oído yo decir que era lo mejor el unto de cristiano, y que con ese *ojeto* lo buscaba aquel tío saca-untos que decían que andaba por los cementerios...

—Esas son brujerías...

Con ésta y otras conversaciones llegaron al maizal, que era un extenso rectángulo atravesado en una ladera, se pusieron uno á cada extremo y se escondieron entre las escobas que orlaban la finca.

* * *

Más de dos horas hacía que esperaban sin percibir otro ruido que el acompasado y suave del maíz estremecido por el viento, cuando comenzaron á sentir otro más fuerte como de saltos y luego el chasquido de algun palo seco... Eran los osos que bajaban por el monte á dar á la heredad, y que pronto se metieron en ella y empezaron á escogollar panojas.

En efecto, eran tres: uno mayor, la madre, y dos más pequeños, los esbardos. Había un poco de luna, á cuya claridad se distinguían perfectamente los tres bultos negros sobre el fondo blanquecino del maíz ya casi maduro.

El hijo de Sanehon, dócil y obediente á la orden recibida de su padre, se echó la escopeta

á la cara con tranquilidad y tiró á uno de los esbardos, al que tenía más cerca, el cual dió un gruñido y una vuelta en el aire y cayó hecho un gorgoto.

La osa, al sentir el disparo y el gruñido, lanzó un berrido enorme, atronador, y se fué, como había previsto Sanchon, á reconocer y tratar de levantar al hijo derribado.

El otro esbardo salió huyendo igual que Sanchon imaginaba, sin aguardar á enterarse. Sanchon pudo entonces cómodamente disparar sobre la osa, entretenida en lamer y acariciar al esbardo muerto; mas por la codicia de que no se le escapara el fugitivo, tiró sobre él, haciéndole caer para no levantarse.

Entonces se puso á cargar otra vez la escopeta; pero al apretar el primer taco sobre la pólvora, la osa, que se iba ya convenciendo de que su hijo no rebullía y de que eran inútiles sus halagos, sintió los martillazos de la baqueta, se fijó hacia donde sonaban, vió á Sanchon y se fué sobre él como un rayo.

Sanchon, sin tiempo ya para acabar de cargar, cogió la escopeta por el cañon para dar á la osa en la cabeza con la llave; y la dió en efecto, pero sin conseguir otra cosa que romper la escopeta en dos pedazos. Y como la osa se había puesto ya de pies para acometerle, soltó el cañon y se abrazó á ella. El irritado animal abrazaba á su vez á Sanchon oprimiéndole ferozmente, sin poder hacerle otro daño

por de pronto, pues Sanchon cuidó de agacharse mucho para que no le echase la boca á la cabeza, y en efecto, no le pudo coger entre los dientes más que la gorra de pellejo que llevaba puesta, entreteniéndose un poco en morderla hasta hacerla añicos.

El hijo de Sanchon, que acababa de cargar, cuando vió á su padre liado con la osa dijo para sí: «¿Cómo tiro yo al peloton sin exponerme á matar á mi padre?...» Y sin reflexionar más, dejó caer al suelo la escopeta que consideraba inútil, sacó del bolso del chaleco una navaja no muy grande, y abriéndola se fué precipitadamente hacia el grupo en ademán de apuñalar á la osa, la cual seguramente, al sentirse herida por detras, dejaría libre al padre para volverse contra el hijo...

¡Ah! Si los mozos de Espineda hubieran presenciado la noble y valerosa resolución de Rosendo de salvar la vida de su padre con riesgo inminente de la suya; si hubieran visto su temerario arrojo de acometer á una osa enfurecida con una mala navaja, hubieran podido creer que tenía razón para juzgarse más valiente que el autor de sus días.

Pero no, porque al mismo tiempo habrían presenciado también la serenidad con que Sanchon, preso entre los brazos de la fiera y menos cuidadoso del peligro propio que de no malograr el resultado de la jornada, detenía la acción de su hijo diciéndole:

—¡Pára, bárbaro; no la pinches ahí..., que vas á echar á perder el pellejo!...

.....
El hijo de Sanchon, sugestionado por la voz de su padre, volvió á coger la escopeta rápidamente, y aproximándose á la osa hasta tocarla con el cañon, la disparó el tiro en la cabeza matándola.

Y Sanchon, gracias á lo muy abrazado que estuvo á la fiera, y á lo que se entretuvo ella en morder la gorra, sólo sacó de la refriega unos rasguños.

COSAS DE LA ZORRA

Ya supondrán ustedes que no pretendo descubrir esta alimaña, prototipo de la astucia y de la picardía.

Es muy vieja en el mundo la fama de sus tretas y de sus maturrangas.

Diez y nueve siglos va á hacer que el Divino Maestro, que acomodaba su lenguaje al uso popular para que más fácilmente se entendieran sus enseñanzas, queriendo llamar á Herodes taimado é hipócrita, le llamaba *zorro* (1).

Cinco siglos antes habia Esopo ya popularizado á la zorra en sus fábulas, donde la presenta casi siempre engañando á los demas animales.

Otros cinco siglos antes que Esopo habia ya Salomon aconsejado cazar las raposas, porque asolaban las viñas (2).

(1) *Ite et dicite vulpi illi...* (Luc. XIII, 32.)

(2) (Cant. II, 15).

Y no hay para qué citar otro pasaje bíblico del tiempo de Sanson, siglo y medio anterior á Salomon, en el que tambien figura la zorra; porque la quema de las mieses de los filisteos en que tomaron parte, mal de su grado, trescientas individuos de la clase, no acredita su astucia, sino la del famoso Juez de Israel.

El cazar la zorra no es lucrativo en sí, pues el pellejo, que es lo único que de ella vale algo, vale bien poco. Se la caza porque hace daño.

Uno de los modos de cazarla es ponerla un cepo sin cebo, bien disimulado, á la boca de la cueva; pero cae en él pocas veces, porque es muy suspicaz y muy tuna.

Más á menudo suelen quedar presos los tejones, que á veces aprovechan como guaridas las zorreras deshabitadas.

Otro de los medios de cazar la zorra es atizar en la boca de la zorrera con paja húmeda ó con hierbatos verdes, de modo que se produzca mucho humo, aprovechando la ocasion de que haya viento fuerte y venga á propósito para meter el humo en la cueva. Cuando ya no puede resistir el humo, sale, y estando alerta con la escopeta montada se la puede matar.

Cuando las zorreras están en buena tierra arenisca y no entre peñascos, tambien se caza la zorra entre varios, cavando unos la zorrera hasta llegar al fin, y estando otro alerta con el arma montada para cuando surta.

Mas todos estos sistemas son de poco seguro resultado; así es que si á ellos estuviera limitada la caza de zorras, poco disminuiría su número.

Cuando se cazan muchas zorras y se las hace disminuir hasta tal punto que parece haberse llegado á su exterminio, es cuando caen grandes nevadas y la nieve dura mucho tiempo; cosa que áun en los países más nevosos no sucede todos los inviernos, ni de cada diez uno.

Hay inviernos tan benignos en los que, áun en los pueblos más altos de las montañas, apenas se ve la nieve; hay otros en que caen tres ó cuatro nevadillas pequeñas, que á los pocos días desaparecen; y hay otros en que cae una nevada de las mayores, pero al fin del temporal que la trajo se cambia un poco el viento, empieza á llover y en dos ó tres días se deshace la nevada ó gran parte de ella... En ninguno de estos casos sirve la nieve para cazar las zorras.

Cuando sirve admirablemente es cuando cae una nevada grande, de un metro, de dos y hasta de tres metros de espesor, segun las diferentes alturas de los pueblos, y á continuacion viene una série de heladas; la nieve se endurece y se anda perfectamente por encima; pero el suelo sigue todo cubierto y los ganados no salen al pasto. Las zorras entonces pasan grandes hambres, y se las caza á estaca.

El procedimiento consiste en atar á la punta de un cordel un pedazo de carne, una tripa, cualquier desperdicio, y pasearse con el cordel arrastrando sobre la nieve por las inmediaciones del monte, viniendo á parar cerca de una de las casas de la orilla del pueblo que tenga una ventana ó un boquero hacia las afueras. A corta distancia de la ventana, á la conveniente para un buen tiro de perdigones, se espeta una estaca de modo que quede segura, y á ella se amarra fuertemente un trozo de carne, el mismo que sirvió para rastrear, ú otro cualquiera, y luego en la casa, parte adentro de la ventana, se coloca en acecho el cazador, ó se está tranquilamente en la cocina al amor de la lumbre, y acude á mirar por la ventana de vez en cuando.

Apenas oscurece, la primera zorra que sale á garbiar se encuentra con el rastro de la carne y le sigue hasta dar vista á la estaca; no se acerca por de pronto: mira hacia la ventana con recelo, y da vueltas registrando los alrededores, porque es muy sospechosa; pero como tiene mucha hambre, se acerca por fin á la estaca, se pone á comer, suena un tiro y cae muerta.

El cazador sale de casa y la recoge; despues la desollará, y la carne le servirá para rastrear y poner en la estaca al día siguiente.

Quizá en la misma noche llegue otra zorra á la misma estaca y muera tambien. Y conti-

nuando muchos días el terreno tapado de nieve y los ganados sin salir, morirán casi todas las que haya en el contorno.

Así es que despues de un invierno de éstos, en unos cuantos años no se ve una zorra por ninguna parte. Pero alguna siempre queda, y poco á poco se vuelve á propagar la especie.

Tambien se caza en la estaca algun lobo, pero esto es más raro; porque los lobos, como no usan madrigueras (no siendo la hembra al parir), cuando les aprieta el hambre en estas temporadas de nieve emigran un poco hacia el Mediodía, hacia donde haya menos nieve y salga el ganado á pasto y puedan robar y hartarse; mientras la zorra, más amante de la patria chica, siente abandonar su zorreira y no se marcha.

* * *

Voy á concluir contando de ella un par de hazañas muy curiosas.

Una tarde iba yo con otro estudiante á la espera de las liebres á una collada llamada la Cepera, donde el día anterior habíamos matado una muy grande que pesaba once libras.

Salimos más temprano que de costumbre, porque habíamos visto días antes en Monte-Frío un nido de pica-rebollos, con pajarines ya emplumecidos, y queríamos cogerlos antes que volaran.

Los pica-rebollos son unos pájaros muy bonitos, que tienen plumas encarnadas y verdes y un pico largo y recio con el que taladran los árboles, abriendo un ancho agujero cilíndrico para anidar dentro. También se les llama *relinchones*, porque se reclaman con un rugido que parece el relinchido de un caballo.

Despojamos cruelmente el nido de los pica-rebollos, y llevándonos los cuatro polluelos en un pañuelo de bolsillo atado por las puntas y colgado del cañon de mi escopeta, marchamos hacia la collada.

Llegados á ella, colgué yo de la rama bajera de un cajigo el pañuelo con los pájaros, y allí cerca me escondí y me senté á esperar. Mi compañero se fué un poco más abajo y se ocultó también á la orilla de la campera.

Al poco rato sentí chillar y esgrijarse mucho á los pájaros; me asomé á ver qué les pasaba, y vi que una zorra había descolgado el pañuelo y le llevaba en la boca; mas por pronto que quise tirarla ya se había ocultado tras de una mata, y no pude más que exclamar: «¡Ah, bribona!»

Momentos despues sentí un tiro, y unos gritos diciendo: «¡Cayó, cayó!»

Era que la zorra, que marchaba muy contenta con los pájaros, había acertado á pasar á la vista de mi compañero, que, prevenido ya con mi exclamacion, disparó sobre ella haciéndola soltar el pañuelo y la vida.

Probablemente nos había estado viendo coger los pájaros, y se había venido tras de nosotros á ver si nos descuidábamos y nos los podía robar, y en cuanto vió la ocasion, así lo hizo. Pero no la salió bien del todo.

Contándole yo á otro día la zorril hazaña al amigo Joaquin, el que me enseñó á cazar faisanes, me contó él á mí otra todavía más curiosa.

—Hace diez ó doce años—me dijo,—cuando hacíamos la sementera del trigo tardío en la Vega de Abajo, andaba un bando de palomas rebuscando los granos que quedaban al descubierto.

Un día llevé la escopeta por ver si las podía tirar, y no pude: estaban hostigadas y no me dejaban acercar hasta tenerlas á tiro. Vi que á la puesta del sol volaban hacia el monte, y suponiendo que se irían á dormir á los robles de la collada de la Cepera, el primer domingo por la tarde me fuí á acecharlas.

Efectivamente, poco despues de puesto el sol llegaron á posarse en los robles aquéllos: esperé un rato á ver si se juntaban dos ó tres en un mismo roble y podía aprovechar más el tiro; pero no se movían: cada una se estaba en su roble, y como ya se iba poniendo oscuro, tiré á una, á la que tenía mejor, y cayó como un trapo. Eché á andar para recogerla, cuando veo que por delante de mí sale una zorra del matorral, coge la paloma en la boca y escapa con ella.

—Tambien es casualidad—dije para mí— que estuviera aquí la zorra tan á punto para ver caer la paloma y llevármela. Porque realmente creía yo que había sido casualidad que la zorra estuviera allí.

A otro día fuí algo más temprano con la esperanza de poderlas tirar más de una vez. Me escondí un poco, llegaron las palomas, tiré á una rama donde había dos y no cayó más que una. Miraba yo á la otra á ver si iba herida, cuando... ¿querrás creer que salió la zorra por delante de mí, como el día antes, y me llevó la paloma muerta?...

—¡Cogollo!—dije;— ¡tiene gracia que esté yo matando palomas para tí!... ¡Tú me las pagarás todas juntas!...

Volví al día siguiente con dos escopetas, la mía y la de mi hermano Víctor, y me senté á esperar pensando: «Esta prójima bien seguro es que está por aquí alrededor aguardando á que caiga la paloma para llevársela.»

Efectivamente, vinieron las palomas, tiré á la primera que se puso á tiro, la vi caer, y... como lo pensaba, salió la zorra como otros días tan campante y echó la boca á la paloma para llevársela. Pero en el acto agarré yo la otra escopeta y la pegué un tiro que la hizo soltar la paloma y caerse muerta regañando los dientes.

¡Toma palomas!

DEPORTES RURALES

COSTUMBRES

LAS PELEAS DE TOROS

I

No había más que una tela de nieve de cuatro dedos, que se estaba deshaciendo á toda prisa, porque hacía un sol que daba gusto.

Y como era domingo, el domingo gordo por más señas, discurrieron los mozos llevar el toro á pelear á alguna parte.

—¿Con cuál le llevaremos? ¿Con cuál no le llevaremos?... —¿Queréis llevarle con el de Riaño? —Ya pelearon el día de los Reyes, y ahora no querrán volver á agarrarse. —Llevarle con el de Villafrea... —Ese no le querrán ellos echar, porque es un novillo todavía... —Pues entonces con el de Siero. —Con el de Siero no, que ése nos le puede. —¿Por qué le ha de poder? —Dicen que le pudo este verano en el Collado de Valmañida... —Eso lo dijo el vaquero suyo; ¿quién sabe si será verdad?... —Y aunque lo sea; del verano á ahora va un mundo...

Y dale arriba, dale abajo, tras de esta bre-

ve discusion, habida en un corrillo al salir de misa, quedó acordado llevar el toro á pelear con el de Siero á la Collada del Hito.

Siempre que el alcalde diera licencia y que los de Siero aceptaran la proposicion, pues todos estos pasos había que dar antes y con antes...

—Allí va el señor Alcalde—dijo uno;—vamos á decírselo...

Y el Alcalde les contestó que por él no había inconveniente, pero que, para bien ser, había de tocar á concejo, porque no sabía si querrían los vecinos.

—Sí quieren, sí—le objetaron los mozos;—¿qué falta hace tocar á concejo?... Todos quieren.

Con lo cual el Alcalde se decidió á darles licencia, y á las voladas marcharon dos mozos al valle arriba, á ver si los de Siero querían traer el toro á pelear con el de Pedrosa.

Para inteligencia de lo que precede, es de saber que en los pueblos de las montañas de Leon, donde todos los vecinos son ganaderos en pequeña escala, teniendo el que más diez y ocho ó veinte vacas y el que menos una, suele haber un toro de concejo.

Cuando el ganado vacuno va al pasto en vecería, el toro va con la vecería. Y en el rigor del invierno, cuando el ganado tiene que estar establado por causa de la nieve, el toro lo está lo mismo en el toril, que es un establo peque-

ño, también de propiedad común, y allí le cuida, por turno anual, un vecino de los más jóvenes, que se suele denominar el *procurador*, y le ceba con hierba seca, que en el verano segaron y apañaron en un egido que se suele llamar «el prado de concejo» ó «el prado del toro».

Ya se comprende que cada pueblo ha de tener fantasía en que su toro sea mejor que los de los pueblos colindantes; por eso, cuando llega el caso de adquirir toro nuevo, nombran una comision que va á las ferias, y ve muchos novillos antes de decidirse á comprar uno. Y por eso, como los escogen de buena raza y los tienen hasta ocho ó diez años cuidándolos mucho, suelen hacerse animales tremendos, capaces de asustar á cualquier extraño al país que no sepa que son tan mansos que andan por las calles entre la gente, y los niños les rascan el hocico y pasan por entre las patas sin que se estremezcan ni les hagan daño.

De tarde en tarde sale un toro pegon; pero es, como dijo Juvenal, *rara avis*, ó hablando aquí más propiamente, *rarus taurus*; y en seguida que descubre esas mañas, se le engorda bien, se le lleva á una feria y se le vende para carne.

Dada la afición de los pueblos á tener buenos toros, es natural que quieran lucirlos; y la manera de lucirlos es juntarlos á pelear, siendo ésta la diversion favorita de aquella

gente en los domingos de invierno. Hoy los toros de estos dos pueblos, de hoy en ocho días los de los otros dos, casi todos los domingos hay pelea.

Pero vamos á ver la de esta tarde, porque ya vienen á boca del Valle los emisarios, y sin esperar á que pasen el puente, les han interrogado por señas los que están en las eras, y han dicho con la cabeza que sí, que los de Siero están conformes.

Dos minutos despues empieza á sonar el tambor y todo el pueblo se pone en movimiento. Los menos enterados preguntan á dónde es la pelea, pues de que se trata de una pelea ya nadie duda, y cuando se enteran se disponen á marchar sin que les acobarde la distancia, que es de una legua.

¿Y qué es andar una legua por un espectáculo como la pelea de toros?...

Caso de que la haya. Porque tambien sucede algunas veces que, despues de haberse dado la gente un paseo muy largo, se llega al presunto teatro de la lucha, se avistan los dos contrincantes y uno de ellos huye, ó los dos se tienen miedo y no se agarran.

Esto, en honor de la verdad, y aun de los toros, no es frecuente: sucede alguna vez, pero hay esperanzas de que no suceda esta tarde.

Ya el procurador ha abierto la puerta del toril, ha salido el toro, se ha reunido con dos bueyes y una vaca destinados para acompa-

ñarle, y se dirige reburdeando hacia el puente.

Los rapaces se encargan de arrearle y de que no deje el camino. Los mozos y las mozas van de plática amistosa, á ratos con formalidad y otras veces haciendo hazañas como la de respingarse unos á otros al pasar los arroyos.

—¡Juicio! ¡juicio! — dice al oír los esgrijidos alguno de los vecinos formales, que van hablando de la pelea del otro domingo ó de la mejor de las del año pasado, ó de alguna de las más notables de diez ó veinte años atras, que todos recuerdan perfectamente...

Cuando llegamos á dar vista á la Collada, ya los de Siero, que habían tenido algo menos camino que andar, estaban acampados esperándonos.

Al sentirse los dos toros comenzaron á retorear con fuerza, retumbando sus bramidos en el vecino monte. Dos minutos despues estaban ya agarrados.

El toro nuestro se llamaba *Garucho*, era negro, albardado de blanco, no de muchas libras, pero muy vivo y de gran disposicion para pelear. El contrario se llamaba *Gallardo*, era retinto en colorado y le excedía muchísimo en peso y en fuerza.

Se agarraron como se agarran siempre los toros. No se embistieron de frente; se colocaron como apareados y contrapuestos, la cabeza del uno enfrente de la trasera del otro y mirando hacia fuera; y cuando parecía que se

iban á ir cada uno por su lado, giraron rápidamente los dos en sentido contrario del que indicaban y se encontraron las dos cabezas, dándose un testarazo terrible.

Despues trataron de empujarse, y el mayor arrollaba al más pequeño. Quiso éste defenderse cogiéndole al otro la cabeza, esto es, desviándosela hacia un lado y poniéndole la suya en el cuello y el pecho. Cuando un toro se deja coger la cabeza, como no exceda mucho en fuerzas al contrario, ya está perdido; pero el *Gallardo* era, en efecto, mucho más fuerte que el *Garucho*, y le resistió con el pecho hasta que pudo dar un salto hacia atras y volver á poner la cabeza enfrente de la del otro. Siguieron forcejando por empujarse, llevando en esto siempre la peor parte el de Pedrosa.

De vez en cuando se paraban los dos como si se pusieran de acuerdo, se echaba cada uno un paso hacia atras, como dijo Moratin:

«Para que la fuerza sea
mayor y el ímpetu más»,

y se arremetían de nuevo, dándose otro tremendo calveretazo. Despues el mayor seguía empujando al más pequeño, y éste, conociendo que en el llano tenía perdida la batalla ¡qué instinto el de aquel animal! se dejó llevar con gran facilidad por el adversario hasta una de

las laderas cercanas. Siguió el *Gallardo* empujándole por la ladera arriba, con lo cual los de Siero creían ya seguro el triunfo de su toro sobre el nuestro; pero en el instante en que su contrario, rendido de llevarle hacia arriba, se paraba á tomar aliento, apretó con él, y ayudado de la pendiente, á poca costa le hizo retroceder hasta el llano. Tornó el *Gallardo* á lucir su fuerza superior y á subir al *Garucho* hasta media ladera, y tornó el *Garucho* á echarle abajo sin fatiga. Repitióse cuatro veces la misma operacion punto por punto, y con la circunstancia agravante de que en la última, fatigado el toro de Siero de tanto trabajar y desanimado al ver la facilidad con que el nuestro dejaba sin efecto su angustiosa faena, al encontrarse una vez más en el llano, apartó la cabeza y salió huyendo, perseguido inmediatamente por el vencedor adversario, que le dió en un instante media docena de cornadas.

Acudieron los de Siero á librarle, por la cuenta que les tenía; y luego, como las justicias de ambos pueblos habían mandado llevar bota, se formó un gran corro, y por los vasos de concejo, que eran unas tazas de plata con dos asas y con una inscripcion expresiva del nombre de la villa y del lugar respectivamente en la peana, se escanció vino á toda la concurrencia.

No siempre concluyen tan pacífica y armo-

niosamente estas funciones, pero aquella concluyó así; y áun hubiera concluído, si no hubiera habido nieve, con más alegría; es decir, con un poco de baile.

De vuelta á los hogares, claro es que la gente de Siero iba mustia y contrariada por la derrota, y la de Pedrosa alegre y satisfecha por el triunfo.

II

Al año siguiente se conservaba todavía en Pedrosa el mismo toro, el famoso *Garucho*, que tan admirablemente sabía buscar en su alrededor lo que le faltaba dentro de sí, es decir, sabía aprovechar las desigualdades del terreno, de modo que suplieran su falta de fuerza, y así vencer á un adversario mucho más fuerte.

En la Villina, otro pueblo limítrofe, el primero aguas arriba en la misma orilla del Esla, tenían un toro grande, hermoso de cuerpo aunque muy feo de la cabeza; pues no tenía las astas gallardamente elevadas y extendidas en graciosas curvas y en proporcion igual hacia afuera y hacia adelante, como las tienen los toros bien armados, sino que encorvándose hacia adelante desde el nacimiento, seguían luego horizontales, y cuasi paralelas como los dos gajos de una horca de cargar mieses.

Pero esta fealdad de los cuernos le daba para pelear grande ventaja, pues en arrimando la cabeza á la del contrario no tenía que hacer más que traquetearla un poco hacia los lados para acribillarle á pinchazos las orejas y hacerle escapar, á no ser que tuviera extraordinaria bravura.

Contando; pues, como segura la victoria, los de la Villina invitaron amistosamente á los de Pedrosa á echar á pelear los toros el tercer domingo de Enero, y para mayor seguridad, conociendo como conocían las mañas del *Garrucho*, de dejar que le subieran cuesta arriba para luego apretar fácilmente hacia abajo y acogotar á su contrincante, á fin de que no pudiera valerse de ellas, señalaban como sitio de la pelea una gran llanada: los toros habían de juntarse en medio de la vega de San Juan, al lado del mojon divisorio de ambas jurisdicciones.

Esta vega es, como he dicho, llana y extensa. Por medio de ella subía el antiguo camino real de Pedrosa á Potes, sustituido ahora por una carretera, y al lado del camino está el mojon, sitio determinado para la pelea. La cuesta montuosa de la parte del Norte, estaba lejos y no era fácil que los toros pudieran correrse hasta allá peleando; á más de que para impedirlo estaban allí casi todos los habitantes de la Villina, bien advertidos y dispuestos á formar cordon. La cuesta de la parte de Sur

estaba algo más cerca, pero por entre ella y el futuro teatro de la guerra, corría el Esla imponente con sus aguas de invierno, y no se podía pensar en vadearle.

No había remedio. El invencible *Garucho* iba á ser vencido aquella tarde y á declararse en vergonzosa fuga.

Por creerlo así los de la Villina habían venido en masa escoltando á su toro toda la mocedad de ambos sexos, toda la rapacería, no pocas mujeres casadas y casi todos los vecinos, hasta los ancianos: y como el ser aquella la primera vez que iba á ser vencido el *Garucho* hacía que el triunfo del vencedor mereciera ser muy sonado, traían las mozas una pandereta para hacer baile inmediatamente en el mismo sitio de la victoria; traían también oculta, según se supo luego, una bandera para desplegarla tan pronto como el *Garucho* se declarase en fuga, y venía detras el criado concejil con un pellejo de vino para celebrar el triunfo con toda la alegría posible.

Llegaron los dos bichos casi al mismo tiempo, retoreando ufanos, y pronto quedaron como encerrados dentro de una gran circunferencia humana.

Algunas personas que se aproximaron mucho á ellos notaron que el de la Villina, sobre tener las astas demasiado ofensivas de suyo, como queda indicado, las tenía aguzadas con una navaja, de suerte que estaban como agujas.

Aparte de esto, la gran inferioridad en bulto y en peso del *Garucho* producía entre los de abajo una impresion desanimadora.

No faltaban, sin embargo, quienes tenían confianza en el triunfo de nuestro toro, confianza fundada en su gran disposicion para pelear y en su picardía.

Tras de mirarse torvamente unos instantes y adoptar unas cuantas posturas raras como destinadas á meterse miedo el uno al otro, los toros inauguraron la pelea dándose mutuamente un gran topetazo.

El *Garucho*, viendo que no le cabía la cabeza por entre los cuernos del contrario, se hizo un poco atras, bajó la suya y le acometió por el pecho; pero le excedía tanto el otro en peso y en fuerza que ni aún así, libre de sus cuernos, podía hacerle retroceder. Aparte de que tal situacion le duró muy poco, porque el otro toro, al que llamaban *Voluntario*, sobre ser forzado era tambien muy ágil, y saltando hacia atras rápidamente, volvió á presentar al *Garucho* la cabeza, y metiéndole los cuernos por bajo de los suyos le pinchaba en las orejas haciéndole mucho daño.

El *Garucho* se despegó, se hizo un poco atras y sacudió las astas como escociéndose; despues miró á un lado y á otro...

— ¡Ya está buscando por dónde escapar! — dijo á media voz uno de los de la Villina.

—¡Eso todavía no se ha visto!—le contestó uno de nuestra parte.

—Hasta ver, callar—añadió otro.

—Me parece que más visto...—replicó el contrario que había hablado primero.

Pero en esto, nuestro *Garucho*, como si se hubiera enterado de la conversacion y quisiera volver por su honra, viendo algo descuidado al contrario, arremetió contra él con violencia doblándole el pescuezo, y le hizo celar un buen trecho.

—¡Hola! Esto ya no es lo mismo que lo de antes—dijo uno de los nuestros con énfasis.

—¡Es que el *Garucho* quiere escapar!—añadió otro con marcada ironía.

—¡Chist! ¡Silencio!—les dijo otro vecino de Pedrosa menos entusiasmado,—que estamos todavía muy al principio...

Rehízose pronto el *Voluntario* y volvió á coger la cabeza del *Garucho* entre sus puntiagudos ó más bien *puntiaguzados* cuernos, abregonándole las orejas y sus alrededores y haciéndole retroceder naturalmente.

Cualquier otro toro del pais hubiera escapado al segundo ó al tercero de aquellos dolorosos saludos; pero el *Garucho* tenía mucha bravura puesto á pelear, tanta como astucia, y no se escapaba.

De vez en cuando separaba la cabeza de la del contrario y miraba á los lados como si tratara de marcharse, y tal creían y voceaban

los de la Villina; pero no trataba de eso: miraba sin duda por si veía cercana alguna ladera donde apoyarse, como de costumbre.

No las había, y el pobre *Garucho* volvía á presentar la cabeza al enemigo y á resistir sus puntazos, perdiendo terreno, retrocediendo siempre hacia su pueblo.

Así habían recorrido ya los toros y los espectadores cerca de medio kilómetro por unas tierras sembradas, donde el trigo empezaba á nacer, haciendo en ellas mucho daño; pero el ardor bélico, ó si se quiere patriótico, amortiguaba el interes particular y hacía que ningun propietario se quejase.

La gente de Pedrosa, formando grupo detras de su toro, le animaba á la pelea: los de la Villina, que creían cada vez más segura la victoria del suyo, gritaban sin cesar. Uno de ellos, levantando mucho la voz sobre los demas, decía:

—Si no fuera ese cordon de gente que tiene detras, ya habría marchado ese pobre toro dado á mil diablos...

En esto llegaban los contendientes á un cauce de riego que atravesaba el sembrado. Los dos ribetes laterales del cauce levantaban sobre lo arado como medio metro y tenían próximamente otro tanto de espesor, siendo tambien próximamente de la misma medida la anchura y la profundidad del cauce. El *Garucho*, en una de sus exploraciones le había vis-

to, y al llegar á él, siempre retrocediendo, le salvó con facilidad pasando sucesivamente y sin apuro un pié y luego el otro, una mano y después la otra de la tierra al cauce y del cauce á la tierra del otro lado.

Y cuando estuvo en ella, y vió que su enemigo tenía las dos manos juntas en el fondo del cauce y los pies en la tierra que quedaba atrás, le acometió brusca y fieramente de medio lado, le tumbó del todo poniéndole como para desollarle, y le dió en un cuarto de minuto más de veinte cornadas; los mozos de la Villina corrían á defenderle; mas cuando llegaron, ya los de Pedrosa, que estaban más cerca, habían noblemente echado al *Garucho* de encima de su víctima, que levantándose con algunas rúbricas en la piel y todo embarrucado, salió huyendo hacia su pueblo.

Y adios baile, adios bandera, adios convite, y adios todo... todo lo que no fuera marcharse los de la Villina en silencio tras del toro con las orejas gachas.

Solamente el Alcalde aguardó á despedirse del de Pedrosa, su pariente, que le dijo en tono de reconvenccion amistosa:

—Mira; no ha pasado nada, gracias á que no todos somos lo mismo... Pero si el *Garucho* hubiera traído los cuernos aguzados como el vuestro, á estas horas ya no teníais toro y aquí le desollábais. Porque á las cornadas que le dió, y eso que acudimos pronto á separarle,

teniendo los cuernos aguzados, le hubiera echado las tripas afuera... Hay cosas que no se deben hacer.

—Tienes razon; pero ya sabes lo que son los de mi pueblo.

* * *

Desde entonces quedó definitivamente sentido que el *Garucho* era invencible.

Pero ya no peleó más, porque ningun pueblo quería llevar su toro á pelear con él, pues decían: —Cuando hay cuestras ó laderas se aprovecha de ellas para vencer al contrario; una vez que no hubo ladera encontró un cauce que le sirvió lo mismo; cuando no encuentre ladera ni cauce buscará algun otro estorbo que le sirva para hacer la suya. Parece que ha andado al estudio...

III

Otra pelea muy famosa recuerdo haber presenciado catorce ó quince años despues de las anteriormente descritas.

Los toros eran el de Pedrosa y el de Riaño, dos hermosos animales de siete á ocho años, de excelente lámina, de gran corpulencia y de muchas libras, llamados respectivamente *Arrogante* y *Macareno*.

Como vecinos que eran, habían peleado ya en años anteriores muchas veces, encontrándose ellos en el monte sin más testigos que los vaqueros, y, alguna que otra vez también, juntados expreso en espectáculo, siendo de advertir que el éxito no había sido constante, pues uno y otro habían quedado en distintas ocasiones vencedor y vencido. Es decir, que andaban á ellas.

Pero el de Pedrosa tenía esta vez una novedad desfavorable: se había quedado tuerto. Un ramascazo sufrido en el monte durante el verano anterior le había producido una inflamación, de resultas de la cual se le había vaciado el ojo.

Estaba convenido juntarlos un domingo de Febrero en la ancha vega de entre las dos villas, un poco más cerca de la primera, en un gran prado que perteneció á la extinguida capellanía de la Concepción, y allí, en efecto, llegaron los dos toros y los espectadores en el día y á la hora determinados.

Un vecino de Pedrosa, que hablaba siempre en tono sentencioso y no solía acertar en sus sentencias, había ido todo el camino tratando de convencer á los demás de que no habría pelea porque el toro suyo no querría agarrarse con el otro.

— Pues si se ha agarrado y ha peleado con él cincuenta veces y le ha podido algunas, ¿por qué no se ha de agarrar ahora?—le replicaban.

— Porque está tuerto — decía él, — porque está tuerto, no seáis tontos. Una res tuerta no pelea nunca, porque teme que la acometan por el lado que no ve, por el lado del ojo que la falta... Ya lo veréis como no hay pelea. Y conmigo no apostéis, porque perdéis...

Unos continuaban contradiciéndole, otros no le hacían caso, nadie le creía...

Y era de oír luego su exaltación y su engrimiento cuando el toro de Pedrosa, al llegar cerca del adversario, comenzaba á menear el rabo y la cabeza y á espurrir el hocico pidiendo amistad, y al ver al otro dispuesto á embestirle salía huyendo.

— ¿Lo veis?—decía á los demas con desden soberano. — ¡Si lo sabré yo! ¡Si cuando yo digo una cosa!... etcétera.

—Todavía se agarrará—replicaba alguno...

— ¡Las narices se agarrará! ¡He dicho que no se agarra y no se agarra!...

Unos muchachos de Pedrosa corrieron tras del toro para detenerle, y el procurador les dijo:

— Detenedle en aquella campera antes de entrar en las paliciadas (cosa de medio kilómetro más arriba).

Le detuvieron, en efecto, y siguieron hasta allí con el toro de Riaño todas las personas que habían acudido á presenciar la pelea; pero tampoco allí quiso agarrarse el *Arrogante*.

Desde allí hasta las primeras casas iba el

camino real por entre dos cerraduras de pali-
cios que defendían los prados de un lado y de
otro, y el procurador mandó á los mozos que
volvieran á detener el toro en el último de los
prados á ver si allí se quería agarrar, y así lo
hicieron, pero tampoco quiso; tambien al ver-
se junto al toro de Riaño comenzó á rabotear,
y viendo que el otro trataba de acometerle
huyó hacia la plaza.

El otro toro echó detras de él. Y el vecino
que había pronosticado que no habría pelea,
decía en el colmo de la satisfaccion:

—¿No os lo decía yo? ¿Qué decis ahora?

Los de Riaño agregaban:

—Ya no le deja el nuestro hasta que no le
meta en el toril...

— A la puerta del toril todavía puede ser
que se agarre—decían, no con mucha confian-
za, algunos de Pedrosa.

Pero no fué necesario llegar allá.

La plaza de Pedrosa es un gran rectángulo
de cien metros de Este á Oeste y setenta de
Norte á Sur.

Yendo de Riaño se entra en ella por el án-
gulo del Sudoeste, y para ir al toril se sale de
ella por el ángulo del Sudeste. Hasta allí llegó
el *Arrogante*, allí le detuvieron unos mucha-
chos, y al ver que el *Macareno* iba detras de él,
allí, sin salir de la plaza, le hizo frente y co-
menzaron la pelea.

Ni uno ni otro tenían los cuernos muy da-

ñinos; los dos eran bien armados, pero no largos de asta; de manera que la pelea consistía, más que hacerse daño con los cuernos, en darse mochadas enormes que retumbaban á veces como la explosion lejana de un barreno.

Desde luego se vió claro en el de Pedrosa el intento de echar al otro de la plaza. Para esto comenzó empujándole hacia el Oeste; pero el de Riaño, que á su vez tenía el intento de no salir, terciaba el cuerpo hacia el Norte y hacia el Norte retrocedía algunas veces y otras recobraba el terreno perdido. Le cogía el de Pedrosa la cabeza, y, apretando fieramente, le hacía correr hacia atras ocho ó diez metros; pero se rehacía el otro, le cogía á su vez la cabeza y recobraba todo ó casi todo el terreno perdido. Tras de cada uno de estos esfuerzos grandes se quedaban parados los dos como para tomar aliento, y á poco volvían á empezar dándose otra mochada tremenda.

Y vuelta á cogerle la cabeza el *Arrogante* al *Macareno* y á barrerle un buen trecho, y vuelta á cogerle la cabeza el *Macareno* al *Arrogante* y á desandar casi todo lo andado.

Así, con mucho trabajo y mucho tiempo, logró el de Pedrosa llevar á su contrario hasta el ángulo Nordeste de la plaza, haciéndole recorrer todo el ancho de ésta de Sur á Norte, y comenzó á empujarle hacia el Oeste.

Se veía que de fuerzas estaban aproximadamente iguales, pero se veía tambien que el de

Pedrosa peleaba con más coraje, como irritado y ofendido de que aquel intruso viniera á meterse en su casa.

Después de otro gran rato, de otro gran número de mochadas y de otros muchos apretones, logró el toro *Arrogante* llevar al otro hasta el ángulo Noroeste. Los dos estaban acaloradísimos. El vaho que despedían por la boca, por las narices y además por todos los poros del cuerpo, formaba como nubes de humo: parecía que se estaban quemando.

Hubo quien habló de separarlos, porque se mataban malamente, pero la idea no hizo fortuna.

Al fin el *Arrogante*, tras de dar y sufrir otras cuantas retumbantes mochadas y otros cuantos furiosos empujones, logró hacer recorrer en retroceso á su adversario el único lado de la plaza que le faltaba y le sacó al camino de Riaño por donde habían entrado. Cuando le tuvo allí enfilado ya en la dirección del camino, le dió otra mochada suprema en la frente, que fué la despedida. El *Macareno* dió la vuelta y echó á andar hacia Riaño; no echó á huir porque casi no podía. El *Arrogante* se quedó serenamente viéndole marchar sin tratar de acornearle, porque apenas le quedaba fuerza para eso.

La pelea había durado tres cuartos de hora. No se había visto otra, ni se ha visto después, tan larga ni tan acalorada y trabajosa.

Los dos toros quedaron destrozados. El de Riaño le malvendieron poco despues. El de Pedrosa, despues de habersele caído el pelo, llegó á morirse.

Fué muy celebrado el noble instinto de aquel pobre animal, que no quiso pelear sino avergonzado de que el contrario se le metiera en su pueblo, y peleó despues tan bravamente hasta perder la vida.

* * *

La Junta Administrativa de Pedrosa, teniendo en cuenta la larga caminata que habían hecho ya los de Riaño para presenciar la pelea y la que tenían que hacer de nuevo para volver á sus hogares, no quiso que volvieran de vacío, y les obsequió con un refresco, con sus ribetes de merienda, en la gran sala de Concejo, asistiendo tambien, por acompañar y dar más amenidad al acto, muchos vecinos.

Reinaron allí la alegría y la animacion y luego se despidieron unos de otros amistosamente.

UNA ASCENSION Á ESPIGÜETE

La peña de Espigüete está en una de las estribaciones meridionales de la cordillera Cántabro-Astúrica, en el confin de las provincias de Leon y Palencia.

En los mapas, casi todos plagados de inexactitudes, sin excluir el del General Ibáñez, Director que fué del Instituto Geográfico, suele estar marcada esta peña unas dos leguas dentro de la provincia de Palencia; pero esto no es más que un desatino de los mapas ó de sus autores, pues está en la misma divisoria de ambas provincias formando mojon.

Es sensiblemente una pirámide cuadrangular de tendencia muy aguda, pero truncada y coronada por otra más chata. La cara occidental pertenece á Valverde de la Sierra, pueblo de la provincia de Leon; la oriental y casi toda la meridional á Cardaño de Abajo, que es de Palencia, y la del Norte á Alba, de esta misma provincia.

Sólo hay en la comarca otros tres picos de algo mayor altura que el de Espigüete, como son Peña Prieta, una legua distante hacia el Norte, ya en la cordillera principal, siendo mojon divisorio de las provincias de Leon, Palencia y Santander; Peña Vieja, y la de Cerrredo, en el grupo oriental de los Picos de Europa, á la derecha del río Cares, en una estribacion setentrional de la cordillera; pues Peña Santa en otra estribacion análoga en el grupo occidental de los referidos Picos, sobre Covadonga, entre Valdeon y Sajambre, ó sea entre el Cares y el Sella, es de la misma altura.

La altura de Espigüete, segun casi todas las listas de alturas notables y los mapas del Instituto, es de 2.453 metros sobre el nivel del mar. Inclínome á creer, sin embargo, que se aproxima bastante más á los 2.500.

No se escandalicen los lectores de que no tenga por seguros los datos que corren en listas y mapas, pues aparte de que ni el Instituto Geográfico, ni ningun otro centro oficial, por caro que sea, es infalible, á lo mejor, los encargados de hacer las observaciones, desde el campo al gabinete pierden ó cambian los apuntes, y resulta luego cualquier cosa. Así se explica, por ejemplo, que el General Ibáñez, Director del Instituto, en un libro publicado con mucha solemnidad y con el título de *Reseña geográfica y estadística de España*, colo-

que á Espigüete entre los que él llama montes galáico-astúricos, en lugar de colocarle entre los vasco-cántabros; es decir, que siguiendo la cordillera de Oriente á Poniente, le pone despues de los Picos de Europa en la cordillera principal, cuando se encuentra antes, y no en la cordillera principal, sino en una estribación.

La subida á Espigüete es muy trabajosa y difícil. Por eso, aunque en el título de este artículo he dicho «una ascension», necesito referir dos, una frustrada y otra lograda.

La primera fué en el verano de 1884. Un lunes del mes de Agosto de aquel año, á eso de las ocho de la mañana, nos reuníamos en casa del cura de Valverde de la Sierra, que tambien había de formar parte de la expedicion, otros cuatro amigos, todos montados y bien equipados, con víveres en las repletas alforjas manchegas, no sólo para el día, sino para el resto de la semana, que pensábamos pasar alegremente recorriendo colladas, subiendo alturas, admirando paisajes, respirando cierzo, merendando junto á las fuentes, jugando al tresillo sobre la amarillenta alfombra del cervuno, y pasando las noches mejores á la estrella, y las que se presentaran menos apacibles en los chozos de los pastores.

Esto era lo que nosotros nos proponíamos, pero Dios dispuso otra cosa.

Salimos de Valverde á las nueve, y subien-

do poco á poco en zigs-zags primero por entre los centenos y despues por entre los brezales, llegamos á las once á la collada de Arras, que es hasta donde se puede subir á caballo.

La collada de Arras está á unos 2.000 metros de altura sobre el nivel del mar, ó sea á unos 600 sobre el pueblo, que está á unos 1.400. Desde allí nos quedaban sólo unos 500 metros que ascender, pero 500 metros que para subirlos era menester andar 5.000 por malas veredas, cuando no sin vereda alguna y sobre peña viva.

Despues de habernos apeado en la collada, donde había que dejar las caballerías, se puso á discusion si habíamos de emprender en seguida la marcha á pié hasta lo alto de la peña, ó habíamos de quedarnos allí un rato jugando al tresillo hasta que fuera hora de almorzar, y despues de haber almorzado emprender la subida.

Tras de muy pocos y breves razonamientos, por mayoría de votos, pues eran más los aficionados al juego que los no aficionados, prevaleció la segunda opinión, quedando convertida en acuerdo, que nos resultó muy desgraciado.

Se tendió una manta sobre el césped, y comenzó el juego del tresillo, prolongándose demasiado porque había muchas puestas... Almorzamos despues muy despacio; de manera que cuando nos pusimos en movimiento para

realizar la ascension al pico, eran las cuatro de la tarde, la hora de haber estado ya de vuelta en la collada.

Como sobre ésta tiene la peña una cortadura vertical que la hace del todo inaccesible por este punto, la ascension había que comenzarla bajando en direccion al Saliente, y haciendo una travesía de media legua hasta encontrar en la falda setentrional de la peña una valleja muy profunda llena de nieve acumulada desde el año siguiente al del Diluvio Universal. Por esta valleja y por encima de la nieve, hay que subir como un kilómetro, y despues de andar otro más saltando sobre peñascos desnudos, se encuentra uno otra vez cerca de la collada de Arras, sin haber hecho más que salvar el tajo vertical de la peña, de unos cien metros de altura.

Mientras hicimos la bajada y la travesía por la falda del Norte, se nos acercaba por el Mediodía una nube terrible que no pudimos ver, y de la cual la primera noticia que tuvimos fué un chaparron de gotas como avellanas que nos cayó al entrar en la valleja de la nieve.

Dudamos un poco si seguir ó retroceder; mas como el chaparron aquél había pasado y en toda la parte del cielo que veíamos hacia el Norte no se divisaba ni una nube, seguimos subiendo media hora más, hasta que al salir de la valleja notamos la gran oscuridad que

venía del Mediodía y Poniente y oímos los primeros truenos.

—*La tempestà è vicina*—dije yo, como el personaje de la ópera de Verdi; y tras de brevisimas reflexiones y de una nueva advertencia recibida en forma de rociada de pedriscos muy gordos, comenzamos á desandar lo andado.

—¡Qué lástima!—decía uno de mis compañeros.—¡Estábamos ya tan cerca!—Pero no fué aquella lástima la mayor, sino que antes de volver á la collada nos cogió la nube. Guarecimonos durante el primer aguacero en una covacha de una peña, y en cuanto paró un poco la lluvia continuamos hacia la collada. Mas ¡ay! aquello no había sido más que un preludio; el grueso de la nube venía detras, y comenzó á descargar con fuerza sobre nosotros poco antes de que llegáramos al hato.

En el alto de la collada había una peña que formaba como una pared por el Oriente: nos arrimamos allí; y como el agua venía entonces muy tirada de la parte opuesta, la peña nos resguardaba casi por completo de la lluvia. Pero el aparato de la nube era terrible: los relámpagos y los truenos se sucedían con aterradora frecuencia; de cuando en cuando oíamos encima de nosotros, inmediatamente despues del relámpago y mezclado con el ruido del trueno, el rodar estrepitoso de los bloques de piedra calar desgajados y rotos por la descarga eléctrica. Respirábamos la atmósfera del

rayo. Nuestro conocimiento de las leyes de la física y de la meteorología nos certificaba de que nuestra situación era en extremo peligrosa, y sin hablar una palabra nos encomendábamos á Dios, poniendo resignadamente la vida en sus manos.

De pronto chocaron dos nubes, produciendo un trueno espantoso; lucharon, venció la que venía del Oriente, y comenzó á llovernos con fuerza de aquel lado, no sirviéndonos ya de nada el abrigo de la peña; y como no teníamos otro y estábamos vestidos de verano, en cinco minutos nos pusimos calados como sopas.

Ya no teníamos nada que perder, á no ser la vida, que más peligraba allí en el alto de la collada que en cualquiera otra parte, y nos decidimos á abandonar el puesto. Echamos mano á las caballerías, que habían acudido cerca de nosotros temblando de susto, y comenzamos á bajar la pendiente por un caminito convertido entonces en arroyo, con el agua hasta las rodillas.

Poco despues pasó la nube, se despejó el cielo, y cuando entrábamos de vuelta en la casa rectoral de Valverde, escurriéndonos el agua desde la cabeza á los pies, se había quedado ya una hermosa tarde.

Excusado es decir que á ninguno nos quedó gana de repetir la función al día siguiente.

Lo que nos quedó fué memoria.

.....

Mas como todo pasa y se borra en el mundo, se me fué pasando á mí tambien el susto de aquel día, y dos años más tarde, á solicitud de otros dos amigos, que no habían estado en la primera expedicion, me decidí á emprender otra igual, ciertamente con mejor fortuna.

Salimos de Pedrosa del Rey una mañana, tambien del mes de Agosto, pasamos por la collada del Hito y por la de Picones, y á las dos horas nos hallábamnos en el obligado punto de escala para las ascensiones á Espigüete, en Valverde de la Sierra.

¡Pobre Valverde! ¡Medio año despues de esto, en Noviembre del 86, ardía todo, de punta á cabo!

Verdad es que, como no hay mal que por bien no venga, el que antes era un pueblo viejo y feo, con las casas negras, cubiertas de paja, ahora, gracias á Dios y á la caridad fraternal de los pueblos convecinos que le han ayudado á levantarse, es un pueblo nuevo y alegre, con las casas cubiertas de teja, y tan reblanqueadas que da gloria.

Volviendo á nuestra expedicion, diré que, sin tantos preparativos de *bucólica* como en la pasada, llevábamnos, ademas de un buen anteojo, un barómetro de bolsillo, que por comparacion nos daba con bastante exactitud las alturas, á partir de una conocida, como la de Pedrosa, que es de 1.660 metros.

Uno de los dos amigos que me acompañaban,

se acobardó en Valverde con las referencias que de la pasada expedición le hizo el párroco, y siguió sólo conmigo el otro.

Subimos á caballo, como la vez anterior, á la collada Arras, y desde allí hicimos la ascension, sin más víveres que un pedazo de pan, un chorizo, que nada tenía que envidiar á los extremeños, y una botella de vino que varias veces añadimos con nieve.

La nieve, perpetuamente depositada en aquella nevera natural de la espalda de Espigüete, constituía antes para Valverde un elemento de riqueza. Los explotadores lo sacaban al hombro, en costales, hasta la collada de Arras, allí lo bajaban en carros poco cargados al pueblo, y luego cargándolo en gran cantidad, bien envuelto en mantas, andando de noche y descansando de día á la sombra, lo conducían á Palencia y Valladolid para abastecer los cafes en el verano, realizando considerable ganancia.

Hoy, con la facilidad de obtener artificialmente el hielo, ha cesado aquella explotación de la nieve.

El panorama que se descubre desde el pico de Espigüete es incomparable, magnífico. Cuando se va subiendo, ya cerca de lo alto, por donde la pendiente es muy escarpada, si se mira hacia fuera de la peña, se siente mareo y necesidad de agarrarse; pero en subiendo á la explanada del alto, se puede ya extender sin

cuidado la vista por un inmenso océano verde, que se desvanece en orillas azules.

Hacia el Mediodía se ve toda la llanura de Castilla, hasta las sierras de Segovia; hacia el Occidente se divisan las torres de la catedral de Leon, no viéndose el resto del edificio ni la ciudad por estorbarlo las cuestras la Candamia; hacia el Norte, por el boquete de entre los dos grupos en que están divididos los Picos de Europa, para dar salida al río Cares, se ve un jiron del mar Cantábrico, entre Llanes y Rivadesella, y por todo alrededor se ven como enterrados en un pozo los montes más altos de la comarca, porque sobre todos se levanta el gigantesco pico, según la frase del poeta:

Quantum lenta solent inter viburna cupresi.

Hace cosa de un cuarto de siglo, la comision militar que anduvo por aquel pais haciendo las triangulaciones geodésicas, bajo la direccion del coronel Ibarreta, construyó en el alto de Espigüete una torrecilla de mampostería, que costó muchísimo dinero, pues hubo que subir la argamasa á cuestras desde la collada de Arras. Hoy apenas se conoce ya el sitio donde estuvo, pues ha sido completamente destruída por las exhalaciones.

LA SEMANA SANTA EN PEDROSA

(RECUERDOS)

El primer preparativo de Semana Santa era la traída de los ramos.

El viernes ó el sábado de la Semana de Pasion, regularmente el viernes para no andar del todo á las apuradas, el mayordomo de la iglesia, que era un vecino jóven, elegido á principio de año por el señor prior en una terna que le presentaba la Justicia, uncía los bueyes, asobeaba el carro, y, provisto de un hocejo ó una hacha pequeña de podar, se iba á Pradecin, ó á las Muelles, ó á Majadavieja, ó á cualquier otro monte donde abundara el acebo, pues de este árbol habían de ser los ramos benditos, no ya por seguir la tradicion y costumbre inmemorial de la villa, sino por otra razon todavía más poderosa y apremiante: por la de no haber á tales alturas y en tal tiempo del año ningun otro individuo del reino vegetal con hoja verde.

Puesto en el monte, el mayordomo cortaba ramos de acebo, de dos á tres varas de largos, hasta formar media docena de haces muy bien gordos; porque tenía que haber bastantes ramos benditos para dar uno á cada persona y para que sobrara un buen golpe de ellos, que guardados en un rincon de la sacristía hasta el primer día de otra cuaresma, servirían, ya bien secos, para quemarlos en el pórtico y sacar de ellos la ceniza que se había de bendecir é imponer á los fieles. Vuelto al pueblo con los haces en el carro, llevaba éste á la puerta de la iglesia y allí los descargaba, poniéndolos á la derecha del altar mayor, al lado de la epístola, para ser bendecidos el domingo á la mañana.

Los rapaces que, amigos de dar fe y testimonio de todas las cosas, habíamos acudido al cabecero del puente á ver venir el carro, siguiéndole desde allí hasta la iglesia y viéndole descargar, esparcíamos luego la noticia de si los ramos eran albares ó carbajizos. Porque hay acebos y acebos. Los hay albares, que parecen laureles, con unas hojas aovadas, sin más pinchos que uno insignificante en el extremo superior; y los hay carbajizos ó picones, que tienen las hojas menudamente onduladas y entre cada dos ondas un pincho terrible, de manera que no se puede tocar en ellos.

Generalmente, se pretendía relacionar la calidad de los ramos con el carácter del que los

- traía. Y no sin fundamento. Porque el mayor-domo, que era amable y de buena índole, procuraba traer ramos buenos aunque le costara trabajo hallarlos, mientras el que era un carrafuñas, poco amigo de molestarse en servicio de los demás, solía cortar lo primero que encontraba á mano. Por eso, cuando los ramos eran muy picones ó muy torcidos, arrancaban á la gente estas exclamaciones de burlona ironía:

—¡Tan suaves son como el que fué por ellos!

—¡Tan derechos son como el que los trajo!

El domingo por la mañana, en cuanto el sol espléndido de primavera, que se había dado á ver primero en las alturas, descendía á bañar generosamente la villa, sus grandes campanas, envidia y admiracion de las aldeas del contorno, comenzaban con alegres repiques y majestuosos volteos á tocar á misa.

Bullia la gente y se preparaba y empezaba á desfilar hacia el templo, situado al extremo oriental sobre un poco de acirate que defiende al poblado contra las acometidas del Esla, río que por ser allí todavía muy jóven es muy impetuoso y atrevido.

Por lo regular, era aquél el primer día que se calzaban zapatos, arrinconando las madreñas que se habían calzado durante el invierno, para no volver á acordarse de ellas hasta Octubre. Con cuenta de que los zapatos debían ser nuevos, recién comprados en la feria de

Guardo ó en la de Soto, con el valor del lino espadado ó de algun otro producto elaborado en la invernía. ¡Y pobre del que no estrenara aquel día zapatos ó alguna otra cosa! Pasaría por desmanicado ó por desidioso; porque el refran lo decía terminantemente: «Quien no estrena en Ramos, no tiene manos.»

Reunida la gente en la iglesia, el prior, que así sellamaba al párroco por haber tenido antes anejo á la parroquia un priorato de templarios, salía revestido con lujosa capa morada y hacía la bendicion de los ramos conforme al ritual. Concluída ésta, empezaba la distribucion, cantando mientras tanto en el coro con gran solemnidad don Salvador y sus compañeros la antífona *Pueri hebreorum...* y repitiéndola cuantas veces era necesario. El prior tomaba el primero de mano del mayordomo su ramo, que era distinguido. Un acebo con frutas, que son unas bolitas encarnadas de muy hermoso efecto entre las hojas verdes; y si esto no se había podido encontrar, se le ponían entre las hojas algunas flores de papel y ademas se le recubría la vara con galon de seda.

En seguida, dejando el suyo sobre el altar, iba dando ramos á los feligreses que se acercaban á recibirlos por orden. Primero el alcalde, y á éste tambien se le daba un ramo mejor que los demas, aunque no tan lujoso como el del párroco. Por lo menos, se la solía quitar á la vara una tira de corteza en espiral, con lo

que parecía estar pintada de blanco y verde. Tras del alcalde iban los demás individuos de justicia, el regidor, el procurador; después, los vecinos más ancianos; luego, los más jóvenes y los mozos y los rapaces, y por último, las mujeres.

Luego se organizaba la procesion, saliendo todos reposadamente del templo, doblando sobre la izquierda y dando la vuelta entera al edificio para volver á entrar por la misma puerta. Al llegar á ésta entraban solamente algunos cantores y cerraban, comenzando desde dentro á cantar el himno:

Gloria, laus et honor tibi...

Respondían otros desde fuera, y después de haber cantado algunas estrofas, el prior abría la puerta dándola un golpe con el mango de la cruz, y, entrando, empezaba la misa, que oían todos con los ramos en la mano. La espaciosa iglesia gótica (1) presentaba entonces un as-

(1) En la época á que pertenecen estos recuerdos estaba amenazando ruina y después llegó á arruinarse, por incuria de aquel prior que estuvo al frente de la parroquia cincuenta y cinco años. Recientemente, he conseguido hacerla restaurar con fondos del Ministerio de Gracia y Justicia, gracias á la bondad de mis ilustres amigos D. Trinitario Ruiz Capdepón, Ministro en 1894; D. Antonio García Alix, Subsecretario en 1896; D. Manuel García Prieto, Ministro en 1906.

pecto sorprendente. Vista desde el coro alto, parecía un bosque de acebos suavemente agitado por la brisa, pues apenas se veía la gente debajo de la enramada frondosa.

Todo el mundo asistía á la funcion con reverencia y compostura; pero como los rapaces siempre andan á «pícame, Pedro, que picarte quiero», no era raro que alguno mientras la pasion, que es muy larga, arrimara el ramo, al descuido con cuidado, á la cabeza de otro y le picara en una oreja, ni que el picado le volviera la emprestada sutilmente, y se entretuvieran luego picándose uno á otro, hasta que algun vecino formal cortaba la cuestion dando un ramascazo á cada uno.

Acabada la funcion salía la gente de la iglesia y se formaban conversaciones en que se criticaba al mayordomo si los ramos eran malos, ó se le alababa si eran buenos, ó se daba rienda suelta á la risa comprimida dentro del templo, cuando había ocurrido algo que la excitara. Por ejemplo, una vez uno de los cantores, para volver una hoja del misal, dejó su ramo, que por cierto era muy picon, arrimado al balaustre del coro; pero pesando más la copa que la vara, el ramo dió vuelta y cayó abajo, yendo á dar sus punzantes hojas sobre la cabeza de un vecino llamado Juan Cordero, toda calva y lisa como una calabaza. Casi nadie pudo evitar una ligera sonrisa, pero nadie soltó el trapo, reservándose todos el derecho

de reirlo fuera, como lo hicieron á su sabor, especialmente cuando un vecino muy sesudo, al parecer, exclamaba comentando el caso: «¡Pobre Juan! Si no es el pelo, le fastidia...»

Luego se iba cada cual á su casa con el ramo en la mano á ponerle junto á la cabecera de la cama, donde estaría hasta el año siguiente que le reemplazara otro nuevo, si antes no había que disponer de él para algun uso medicinal, verbigracia, para sobar el vientre de alguna caballería que se atorzonase, pues se le atribuía contra el torzon virtud prodigiosa.

El lunes apenas se conocía que estábamos en Semana Santa, como no fuera en que los estudiantes que habían venido á vacaciones y aún los escolantes más exporrechos andaban por allí canturreando, para ensayarse, la lamentacion que habían de echar el miércoles por la noche en las tinieblas. A lo mejor, en un corrillo de muchachos donde era de creer que se estuviera tramando alguna travesura, salía uno cantando con voz lastimera:

Aleph... Quomodo sedet sola civitas plena populo...

El martes sucedía lo mismo que el lunes: los ensayos de lamentaciones eran casi las únicas señales de estar en Semana Santa. Digo casi, porque solía haber alguna otra, como tal cual meneo que, tambien por vía de ensayo, daban los rapaces á la carraca ó á la matraca.

Que no son una misma cosa, por más que los académicos así lo crean y lo enseñen, sino dos cosas muy distintas. Porque en la carraca produce el ruido una lengüeta que cae con fuerza sobre los escalones de una rueda en movimiento; mientras que en la matraca le produce un mazo que, sujeto á un eje y girando en semicírculo, golpea alternativamente los dos extremos de una tabla.

El miércoles por la mañana continuaban los ensayos de canto y de ruido, y por la tarde había que armar el Monumento. En casi todos los pueblos del país el Monumento se hacía, y aun se hace, con sábanas, colchas, mantones, pañuelos y cintas, siendo una operacion fastidiosa y larga; pero en Pedrosa había un Monumento de lienzos pintados y no se necesitaba más que armarle. El telon principal representaba una fachada con puerta de arco. A los lados de ésta había pintados dos profetas, Isaías y no recuerdo qué otro. Encima de la puerta se veía un balcon, el balcon de Pilatos, donde este inicuo juez, digno patrono y exacto patron de la actual judicatura, exhibía ante las turbas á Jesus desnudo, azotado, coronado de espinas, con el rostro ensangrentado y escupido, diciendo *Ecce Homo*, para ver si moviéndolas á compasion podía salvarle la vida sin comprometer su destino. El resto del lienzo estaba pintado de color gris con algunas rayas blanquecinas imitando sillares con sus

juntas. En el interior había otros tres bastidores del mismo color, y cerraba el fondo un lienzo extendido delante del altar, teniendo en su parte superior una portezuela que se correspondía con la Custodia y en la inferior una pintura yacente de Jesus difunto y amortajado. Fuera de la puerta había pintadas y recortadas en tabla de roble dos siluetas de soldados romanos con lanzas guardando el sepulcro.

Al oscurecer, previo el toque habitual, acudía toda la gente á las tinieblas, que á los chiquillos se nos hacían muy largas. ¡Con qué afán contábamos las velas del teneblario que iban apagándose! Con qué ansiedad esperábamos que se apagaran todas y llegara el momento de tocar la carraca! De cuando en cuando alguno de los más impacientes daba un poco de movimiento á la rueda para que la lengüeta saltara un escalon, y los demas al sentir el castañolido soltaban un prolongado *¡chissst!* más perturbador que el golpe que le había motivado.

Por fin se llegaba al *Benedictus*, y al concluirle quedaban apagadas todas las velas del teneblario, menos la *María*, la superior, que se entregaba á uno de los cantores para que, seguido de todos los que no sabían el *Miserere* de memoria, se retirara con ella á la sacristía á cantar por el libro los versículos pares.

La iglesia quedaba completamente á oscuras,

y el prior, que apenas tenía oído y que, según decía uno de sus feligreses, solía entonar por ce-pa-de-urz, comenzaba con voz de bajo profundo:

Miserere mei, Deus...

Sus acompañantes continuaban con facilidad en una octava más alta:

Secundum magnum misericordiam tuam,

y en la misma cuerda contestaban los de dentro. Pero unos y otros lo cantaban tan solfeado, con unas caídas tan solemnes y unas pausas tan largas, que aquello era una desesperación para los que aguardábamos el momento de hacer ruido. Así es que los golpecitos de escalones sueltos menudeaban mientras el *Miserere* de un modo alarmante.

Al cabo sonaba la última palabra, la palabra *vítulos*, que ya sabíamos que era la nuestra, y nos echábamos á tocar desafortadamente. Un minuto, dos, tres, se nos hacían un instante, mientras á las personas mayores se las hacían un siglo. Se entreabría la puerta de la sacristía y asomaba la luz; y se volvía á cerrar y á oscurecer, porque alguno de aquellos cantores se compadecía de nosotros y quería protegernos. Por último se abría la puerta del todo y salía la vela; pero hasta que su luz no bañaba toda la iglesia en claro, no cesaba el estruendo.

En seguida se rezaba el rosario y se retiraba la gente á tomar colocacion y á dormir para madrugar al día siguiente.

El jueves se tardaba en tocar á misa para que los labradores aprovecharan la mañana trabajando; porque despues ya no trabajaba nadie. A eso de las diez sonaban los toques de costumbre, acudía la gente y empezaba la misa en el altar de San Miguel, que era el de la derecha, porque en el mayor estaba el Monumento. Por cierto que el retablo de aquel altar, muy churrigueresco, tenía unas columnas ceñidas de rama de parra con hermosos racimos de uvas negras, que nos estaban dando una envidia...

Mientras el *Gloria*, que duraba un gran rato, pues se cantaba con toda solemnidad el de la *Misa de Angeles*, la esquila repicaba de continuo y las campanas daban vuelta sin cesar, como para desquitarse anticipadamente del futuro silencio.

Al terminar la misa, los individuos de Justicia y los vecinos más respetables se adelantaban á coger las varas del páblio para llevar el Señor al Monumento. Verificábase muy despacio la procesion, cantando el *Pange lingua* y el *Sacris solemniis*, y en llegando, para incensar, el *Tantum ergo*. Inmediatamente se levantaban de sus sitios muchas mujeres que iban presurosas á depositar las luces que al efecto llevaban preparadas: candeleros y palmatorias

con velas de diferentes tamaños adornadas con papeles de colores, velones de cuatro mecheros, de dos y de uno, todos muy relucientes. El mayordomo se encargaba luego de ir poniendo estas luces en orden, por categorías, formando con ellas en el suelo del Monumento dos columnas laterales y dejando en el medio una calleja para poder llegar al Sagrario. A la cabeza de cada columna ponía las velas de á libra, despues las de á media libra, detras las de á cuarteron y más atras las luces de aceite. Algunas donantes le hacían al oído advertencias relativas á la mayor ó menor extension de su ofrecimiento, verbigracia:

—Mira, aquella vela grande con un papel rizado es la mía: cuida de que no se gaste del todo, que quiero que me quede un cabo muy bien grande para encender cuando haya nubes.

—Bueno, descuide usted — contestaba el mayordomo dispuesto á cumplir el encargo.

* * *

En aquella semi-oscuridad, que sólo por la luz de las luces del Sagrario dejaba de ser completa y absoluta, pues las ventanas estaban tapadas, la alta y hermosa iglesia gótica estaba imponente.

El Monumento, de lienzo pintado, parecía una antigua construccion de sillería, y las siluetas de los soldados romanos colocadas á los

lados del arco de entrada parecían soldados de veras.

El *bis bis* de los que rezaban en voz baja, el exquisito cuidado con que pisaban los que se iban saliendo, para no hacer ruido, todo contribuía á producir un ambiente de misterio que á los rapaces nos impresionaba profundamente.

Como al concluirse la misa solía ya ser cerca de mediodía, en cuanto se rezaba una estación se marchaba la gente á comer; pero todos volvían en seguida.

Unos entraban desde luego á rezar, otros se quedaban á la puerta parleteando, y allí se cambiaban las noticias de si tal ó cual mujer piadosa ayunaba aquel año al traspás, que era no comer ni beber de gloria á gloria, vamos, desde la comida de mediodía del jueves, inmediata al toque de gloria de este día, hasta que tocaban á gloria el sábado; de si aquella tarde se cantaban algunos versos nuevos, traídos de lejas tierras... Tras de un rato de conversacion, los que la habían sostenido entraban tambien en la iglesia. En aquella primera hora reinaba el más absoluto silencio. Cada uno rezaba para sí. Nadie se movía. De vez en cuando el mayordomo, armado de unas espabiladeras y un platillo, entraba dentro del Monumento y desmoquitaba los velones y las velas para que alumbraran mejor, volviéndose luego á su sitio.

A las dos y media empezaban ya los calvarios, que duraban toda la tarde, pues en cuanto se concluía uno empezaba otro. El primero que se presentaba á decir el suyo era el tío Juanito, que por cierto le decía muy bien, contando los tormentos y las penas de Jesus con voz dolorida, como si él los estuviera pasando. Decía el viacrucis del padre Fray Juan Vázquez, llamado allí el *calvario largo*, que era el que más gustaba, pues narraba los tormentos del Redentor con detalles muy minuciosos y patéticos tomados de las revelaciones de Santa Gertrudis y Santa Brígida, y con extensas y muy piadosas consideraciones sobre cada paso. Sirva de ejemplar la estacion undécima, de la crucifixion, que decía:

«Considera cómo, ya desnudo el Señor, le volvieron á poner la corona de espinas, y luego le mandaron los verdugos con grande imperio al Omnipotente Jesus que se tendiese en la cruz, y el poderoso Rey obedeció sin abrir su boca. Y habiendo hecho los barrenos con toda malicia más largos, uno de los verdugos tomó una mano del Salvador y asentándola sobre el agujero de la cruz, otro verdugo la clavó en él, penetrando á martilladas la palma del Señor con un clavo esquinado y grueso. Despues, para clavar la otra, como no llegaba al agujero, ataron una cadena á la muñeca, y tirando con inaudita crueldad, ajustaron la mano con el barreno. Pasaron á los pies, y

puesto uno sobre otro, con otro clavo más fuerte se los clavarón. Quedó aquel sagrado cuerpo, en quien estaba unida la divinidad, clavado y fijo en la cruz, y aquella fábrica de sus miembros, edificados y formados por el Espíritu Santo, tan descuadernados, que todos los huesos se le podían contar, porque todos quedaron dislocados y fuera de su lugar natural. Desencajáronse los del pecho, de los hombros y espaldas... Y para mayor tormento le volvieron boca abajo para remachar los clavos. No cabe en ponderacion los dolores que padeció el Señor en este tormento ni se sabrá hasta el día del juicio. ¿Pues cuál sería el dolor de la Virgen Madre al oír los golpes del martillo? ¡Oh!, cómo creo que al mismo tiempo traspasaban el corazón de la Madre cuando clavaban las manos del Hijo... Ruégote, Señor, que por estos dolores me des á mí á sentir y llorar mis pecados... Pésame, Señor, de haberlos comedido, sólo por ser Vos quien sois...»

Después del calvario del tío Juanito solía decir el *Rosio* otro más breve, que estaba en verso, en décimas. Luego había otro cantado por los mozos, que empezaba así:

Poderoso Jesus Nazareno,
De cielos y tierra Rey universal,
Hoy un alma que os tiene ofendido
Pide que sus culpas queráis perdonar.
Usa de piedad...; etc. ●

Luego había algun ctro rezado y cantado, pues al fin ó al principio de cada estacion rezada cantaban las chicas una ó dos quintillas alusivas á ella.. Y todos estos viacrucis oía con devoción la gente formal, respondiendo el pueblo con esta redondilla tambien cantada:

Lágrimas de corazon
De puro dolor lloremos,
Para que todos logremos
Los frutos de la Pasion;

besando la tierra al comenzar y al concluir las estaciones y al conmemorar las caídas del Divino Redentor, y rezando una estacion en cruz á la terminacion de cada calvario.

La mocedad masculina, no tan devota como los hombres formales y mucho menos que las mujeres, comenzaban á salirse, y los rapaces salíamos tambien á ver qué hacían los mozos. Algunos se ponían á jugar á la pelota contra la pared de la capilla mayor, pero no faltaba quien les dijese que no se debía jugar siendo el día que era, y lo dejaban.

—Vamos á visitar el Monumento de Pantanosa—proponía uno,—para que no se nos haga la tarde tan larga.

—Está muy lejos—le contestaban.

—¿Qué más da?—replicaba él.—Todavía hay un buen rato de sol: tenemos tiempo de sobra.

—No, no—decian dos ó tres á un tiempo.

—Es mucha caminata para un día de ayuno...

—¡Legua y media entre ida y vuelta!

—Se hacen demasiadas ganas de cenar, para tener luego que contentarse con unas lentejas...

—Y además—añadía otro,—¿qué vais á ver allí?... Cuatro trapines... Los mismos pañuelos que visteis á las mozas en el baile el día de Antruido; las mismas cintas que traían los rapaces del gallo y los zamarrones de la moji-ganga, y nada más; porque con eso hacen allí el Monumento.

—Así creo que era antes acá—decía un forastero que estaba de criado del alcalde;—también he oído yo que hacían el Monumento con pañuelos y cintas y esas cosas...

—¡Quiá!

—No lo creas.

—Nunca.

—¿Quién lo dice?

—¡Buena verdad!

—¡Sí, lo que es esc!...

—Una mentira como una loma...

La insinuación era rechazada en toda la línea como si fuera una blasfemia. No podía ser. En la noble villa todo se había hecho siempre bien, todo había sido siempre excelente, todo muy superior á lo de los pueblos comarcanos...

—Pues vamos á visitar el Monumento de la

Pueblina, que está más cerca—se le ocurría decir á otro.

—Eso, bueno; si queréis, vamos.

—Sí, vamos.

Y partía inmediatamente la expedicion, compuesta de una bandada de mozos y otra de rapaces, grandes y pequeños.

Cuando llegábamos estaba la mayor parte de la gente formando corrillos fuera de la iglesia, porque, igual que nos había pasado á nosotros, se cansaban ya de rezar. Al vernos, cuchicheaban un poco unos con otros, como si se dijeran: «Ya vienen los de Pedrosa... ¿qué tendrían que hacer acá?»... Despues decía un vecino, así, medio en chanzas, medio en veras:

—A éstos no se les había de dejar entrar, porque no vienen más que á dar tachas.

—Venimos á rezar—contestaba muy formal un mozo de los nuestros. Y por último todos se saludaban amistosamente.

A los rapaces más pequeños, que no habíamos estado allí nunca, nos chocaba mucho lo pequeñina que era la iglesia, y nos decíamos en voz baja unos á otros:

—¡Chachos, qué iglesina!

—¡Para segun es la de allá!

—¡Sí, pues si viérais otras que hay por ahí abajo! Esta siquiera tiene capillas; ¡si viérais la de Crímenes!

—¡Hombre! aquélla es más bajina que la nuestra, fragua...

Entrábamos, eso sí, con gran formalidad y compostura, porque en la casa de Dios no había que andar en bromas; nos arrodillábamos y nos poníamos á rezar una estacion devotamente, sin perjuicio de mirar cómo era el Monumento.

Me acuerdo lo mismo que si le estuviera viendo ahora. El frente le formaban dos colchas manchegas, ambas del mismo color azul celeste, aunque no del todo iguales en el dibujo, colgadas de una sogá que, amarrada á los dos arranques del arco toral, atravesaba la iglesia de lado á lado. El espacio como de dos varas que quedaba entre las dos colchas formaba la puerta del Monumento, sobre la cual, y colgada de la misma sogá, habían puesto la tela del pendón, prendiendo una punta á cada lado á manera de dos cortinas recogidas. En el centro de cada una de las colchas se veía muy estirado y prendido con alfileres un pañuelo francés, con unos lazos de galon en las esquinas y otro en el medio.

En el interior del Monumento las paredes laterales eran de sábanas orladas de cintas y adornadas por el medio con lazos y algunas estampas de San Antonio y de la Virgen del Camino.

Por arriba, figurando cielo raso, había un cobertor azul de tinte fino que tenía en el centro prendido un pañuelo de seda de los que llamaban de Toledo, blanco con cenefa encar-

nada y con un redondealín en el medio, del mismo color que la cenefa.

En el altar, que había quedado dentro del Monumento, lucían seis velas en los candeleros de la parroquia, y en el suelo había tres palmatorias de alquimia con velas muy pequeñas, de á dos onzas, un velon de cuatro mecheros, varios candiles de peana y algunos candeleros de chopo con unas cosas que parecían hachas de cera, pero que eran palos de chopo también, y tenían embutida en la parte superior una lamparilla de hojalata con aceite.

En seguida de haber entrado nosotros en la iglesia fué volviendo á entrar también la gente del pueblo, y poco después se adelantaron hasta lo cimero de la iglesia tres mozos bajicos de estatura, porque todo era pequeño en aquel lugar, y empezaron á cantar un calvario sin duda para que viéramos los forasteros que allí se sabía de todo. Me acuerdo que cantaban tan mal, que más parecía que miagaban, y me acuerdo de lo que se respondía, que era la quintilla siguiente, un poco defectuosa en la consonancia del primer verso con el cuarto:

Jueves por la noche fué
 Cuando aquel Verbo humanado,
 De amor su pecho abrasado,
 Quiso darnos á comer
 Su cuerpo sacramentado.

Cuando volvimos á Pedrosa, á la puesta del sol, había concluido el último calvario y salía la gente de la iglesia. Algunas mujeres lloraban, otras habían llorado y se enjugaban los ojos.

Los hombres, aunque no lloraban, tenían las caras tristes y compungidas, como queriendo llorar también, porque asistían con fé á la conmemoración de los divinos misterios y pensaban condolidos en la pasión y muerte del Redentor del mundo.

Acababan de oír contar con voz lastimera en la octava estación, cómo entre la mucha gente que seguía á Jesús en la dolorosa vía, iban unas mujeres que lloraban viéndole padecer tanto, y cómo el Divino Maestro se volvió hacia ellas y las dijo que no lloraban por él, sino por sí mismas y por sus hijos, ó por sus pecados, pues si tal se hacía con el árbol verde y jugoso, ¿qué no se haría con el seco y sin fruto? Es decir, que si Él siendo Hijo de Dios, inocente, sin sombra de culpa, y modelo de todas las virtudes, padecía tanto por los pecados ajenos, ¿qué tormentos no habrán de padecer por los propios los que habiéndolos cometido no los lloran de corazón ni hacen penitencia?

—«¡Oh desdichados pecadores—terminaba el que decía el calvario,—si no confesáis y lloráis vuestras culpas, más os valiera no haber nacido!»

Al oscurecer, cuando la mayor parte de la

gente se había ido á dar una vuelta por sus casas respectivas, recorriamos los rapaces las calles tocando las carracas para avisar que empezaban las tinieblas. Se cantaban éstas como el miércoles y se rezaba el rosario.

* * *

El viernes eran los oficios muy de mañana. Lectura de profecías, largas preces por todos, hasta por los pérfidos judíos, adoracion de la Cruz... Y acabados los oficios se desarmaba el Monumento.

Por la noche tinieblas como los días anteriores, sin más variante que la de que luego, en el rosario, solía cantar Daniel, no el profeta, sino un rapaz con muy buena voz, la Salve Dolorosa:

Salve, mar de penas,
Salve, triste Madre...

* * *

El sábado tambien comenzaba pronto la funcion, porque era muy larga. Se bendecía la Pila, se bautizaba el Cirio Pascual, se hacía la lumbre nueva en el pórtico encendiendo la yezca con las chispas de la piedra golpeada por el eslabon, y con la yezca las hojas secas de los ramos benditos del año pasado y tras

de las hojas las varas. Se encendían con la nueva lumbre las lámparas y el Cirio y las Tres Marías, y se cogían de ella brasas para el incensario, empezando después la misa y cantando el *Gloria* con acompañamiento de esquila y con el volteo de campanas todo el tiempo que duraba el canto.

Después de misa y de haber cantado solemnemente la *Aleluya*, el mayordomo se iba al coro bajero, que era donde estaba la pila bautismal, y hacía el reparto del agua bendita entre el concurso de solicitantes, que eran mujeres, rapazas y rapaces; en fin, una persona de cada casa. Y era de ver allí el pintoresco desfile de vasijas de todas especies, desde la jarra de plata, dorada y con esmaltes, pasando por la de China, y la de cristal, y la de loza fina con pintura negra, y la de loza ordinaria con pájaros y flores azules, y la desmochicada y la desasada..., hasta el humilde jarro de Guardo, del color del barro, sin baño y sin adorno alguno...

Todas entraban en la pila con igual derecho y todas salían llenas de agua de la que se acababa de bendecir, con la cual, en llegando á las casas, la persona más formal de cada una, empleando como hisopo una ramita de acebo desgajada del ramo bendito, aspergearía la sala, los dormitorios, la cocina, la bodega, la cuadra, el corral y todas las dependencias, para purificarlo y renovarlo todo al tiempo

de la Resurreccion de Jesus, en armonía con la recomendacion de San Pablo: «*Expurgate vetus fermentum...* echad afuera el hurmiente viejo, echad afuera la antigua levadura para que seáis una confeccion nueva, pues por nosotros se ha inmolado Cristo.»

EL DÍA DEL CORPUS

La víspera por la tarde íbamos ya los rapaces á flores, los más pequeños, por allí cerca de las casas, á los prados de la vega de Traslavilla y á las bajaradas de la Cuesta; los más espigados, allá más lejos, á los escobales de la Melindrosa y á los brezales del Castro, del Pinedo y de Cueto-Rodrigo.

Al oscurecer volviamos unos y otros muy ufanos con nuestra abundante cosecha, materialmente cargados de flores de diversas especies, de diferentes tamaños, tipos y matices, todas frescas y hermosas, para alfombrar con ellas, á otro día por la mañana, el piso de la iglesia recién barrida y el de las calles, barridas tambien, por donde había de pasar en triunfo el Rey de los Cielos.

Los de las cercanías habíamos cogido claveles, tulipanes y lirios en los parajes húmedos, alhelíes, jacintos, margaritas, malvas y minutisas en los secadales, violetas entre los espi-

nos, rosas silvestres en los garamitales de las sebes y buenas manadas de *flores del Perujo* en el sitio llamado así, del cual tomaban el nombre unas opulentas campanillas.

Los que se habían alejado más traían haces de brezo florido con su fina y menuda flor encarnada, gruesos manojos de peonías ó rosas de lobo, de las que azota el cierzo en las altas lomas, y cargas de gromos de escoba lloviega, en los que apenas se veía lo verde. ¡Tal se había espesado en ellos la lujosa flor amarilla, que á pesar de ser amarilla es tan alegre y tan vivificante!

Las rapazas mayores, ya medio mozuelillas, solían traer azafates llenas y aún comolgadas de las mismas flores de escoba sueltas, que cogían ordeñando hacia arriba los gromos... Así se hacía el acopio de flores necesario para sembrar con profusion toda la carrera.

Nos acostábamos pensando en la fiesta, y soñábamos con la procesion y con las flores.

* * *

A otro día, en cuanto el alba empezaba á tender en Oriente su manto de oro y rosa, prendido por un extremo en el lejano pico de Mura y por el otro en el de la Rasa, coloreando así el cuarteron de cielo que cubre la parte alta del valle del Esla, sonaban unas campanadas menudas que daba el procurador con la

campanina y eran la señal para que saliera la gente á barrer y hermoinear las calles.

Luego daban en acudir á la plaza los mozos armados de hachas ó podaderas y las mozas y rapazas armadas de escobas, y hasta los rapaces más chicos acudíamos tambien sin que nos llamara nadie, pudiendo decirse que, de los trescientos sesenta y cinco días que tiene el año vulgar, aquél era el único en que no se nos pegaban las sábanas, ó en que *motu proprio* nos levantábamos temprano.

De todos los ángulos de la villa venía allí la gente á recibir órdenes, dispuesta á trabajar en lo que la mandaran. Hasta los habitantes del barrio del Codejal, que no tenían calle que barrer, porque, como se les solía decir para sofocarles, por allí no pasaba Dios, acudían á barrer y adornar las calles centrales.

Reunida en corrillos la gente jóven, charlando de cosas sin sustancia, llegaba el tío Lúcas, un vecino de cierta respetabilidad, y decía:

—¿Qué hacéis así tan sosegados? ¿Creéis que con estar aquí paroleando se van á hacer las cosas ellas solas?

—Estamos esperando á ver si viene el señor alcalde—le contestaban,—para que nos diga qué chopos hemos de podar, y distribuya la gente y disponga...

—El alcalde es un ave fría que no sirve para disponer nada, y Dios sabe cuándo vendrá...

si viene... ¿Qué chopos habéis de podar? Pues los que tengan mejores ramas y más hoja.

—Los del prado de Concejo—decía un mozalbete,—creo yo que son los que están más adelantados.

—Bueno, pues los del prado de Concejo... Algo lejos estan; pero por ahí andan los rapaces bien demas para traer las ramas segun vayáis podando... Y si no, podad ahí en el plantío de la calzada; en cualquier parte... Siendo una cosa de costumbre inmemorial, ¿qué falta hace que el alcalde la disponga?... Y vosotras á barrer las calles aprisa—decía á las mozas y á las rapazas:—¿no las sabéis ya de otros años?

Con esto despajaraba de allí la gente y se ponía en obra. Los mozos se marchaban á podar chopos, y los rapaces á recoger los ramos que fueran podando para traerlos y plantarlos todo á lo largo de la procesion en dos hileras. Las mozas y las rapazas se dividían en cuadrillas y empezaban á barrer las calles. Otras iban sembrando flores en lo barrido.

*
* * *

Un rato despues, entre la cuadrilla de muchachas que llegaban barriendo junto á la bolera, surgía una duda, y consultaban sobre ella á un vecino.

—Tío Salvador—decían,—¿barremos de

aquí en derechura á la calle Real, ó por esta otra parte hacia el barrio de Abajo?.. Porque dicen que antes iba algunas veces por allí la procesion dando algo más de vuelta...

—Claro, que ha ido algunos años, y siempre debía ir—decía el consultado,—porque los del barrio de Abajo tambien somos de Dios... Pero lo mejor es que se lo preguntéis al señor Prior, para no errar.

—No se habrá levantado todavía.

—Pero ya estará despierto y pueden entrar á decírselo... Ahí está Juanin, que puede ir de una carrera á preguntárselo... Mira, Juanin, vete corriendo á casa del señor Prior y dí que le pregunten si ha de ir la procesion por esta calle ó por aquélla.

El niño salía corriendo.

—Ahora puede ser que tarde una hora en volver—decía una de las muchachas.

—No lo creas—la contestaba Salvador;—en un avemaría va y viene.

Tres minutos despues asomaba el chico ya de vuelta.

—Vaya, ¿le veis?—decía Salvador á las mozas.—Poco sabéis vosotras lo ligero que es ese rapaz: es un ave.

—¡Dijo que por la calle de *Don Santos!*—voceaba el tierno expostulario antes de acabar de llegar.

Y en seguida las barredoras tomaban la direccion de la calle Real, llamada tambien, co-

mo decía el niño, por el nombre del antiguo Administrador de Rentas Estancadas que vivía en ella.

Salía el sol dorado y brillante allá por los lejanos puertos de Liébana, bañando en lujoso resplandor la villa y haciendo muy largas, muy largas, las sombras de las casas que había en la plaza por la parte del saliente, y las de las personas también, y aún las nuestras, las de los rapaces, que mirábamos la propia proyección con envidia diciéndonos unos á otros:

—¡Chachos!... ¡Si fuéramos así de altos!...

Empezaban en esto á venir los rapaces grandes con sendos brazados de ramascos verdes, y los iban dejando tendidos á los dos lados de la calle ó de la faja de terreno barrida: detras iban dos mozos, con una estaca de hierro y un mazo, abriendo agujeros en el terreno duro para espetar los ramos, y más detras iban otros espetándolos; de modo que toda la carrera de la procesion quedaba orlada de ramos verdes y alfombrada de flores mezcladas con hierbas olorosas, pues también se echaban por el suelo manadas de hinojo y ramitas de apio y de hortolana.

En lo antiguo, según contaban los entrados en edad, la procesion del Corpus hacía una parada en la Capilla de la Concepcion, que estaba en la plaza, casi á la mitad de la carrera; pero en los años á que se refieren estos recuerdos de mi niñez, como la capilla se había

caído, porque el Prior aquél, que dejó arruinarse también la iglesia y que era una calamidad, no había cuidado de retejarla, se hacía aquella mañana una capilla provisional adosada al paredon menos derruido de la otra (1).

He aquí el procedimiento: se hincaban en el suelo cuatro estacones altos, formando cuadro; se les enlazaba por arriba con una lía, de la cual se colgaban sábanas, cerrando tres de los lados y poniendo también otra por encima á manera de cielo raso; se guarnecían en seguida con cintas los esquinales, ó sean las junturas de las sábanas, salpicándolas por el fondo de lazos y flores; se ponía dentro una mesa con un mantel muy blanco, un crucifijo y unas sacras, y capilla hecha.

Este de la construcción de la capilla, ó de la *casina de Dios*, como decíamos los rapaces, era el labor más importante de la mañana y el más delicado; por eso se empleaban en él exclusivamente las personas más formales y entendidas.

Al redor de la capilla, á contemplarla en conjunto y á examinar sus pormenores comparándola mentalmente con la del año anterior, iban acudiendo las muchachas, segun

(1) La había edificado en el siglo XVII don Antolín Alvarez de Pedrosa y de la Gala, sacerdote, hermano de un cuarto abuelo mío, fundando en ella una capellanía con capellan bien dotado, y con cargo de decir la misa de alba. También está ya reedificada.

iban acabando de barrer y de sembrar flores, y los muchachos tambien conforme acababan de podar y de pinar los ramos, de suerte que se volvía á reunir allí casi toda la gente, saboreando el placer de ver concluída la obra.

Allí contaban las que venían de barrer de la Calzada, cómo la tía Mari-Josca había reñido con don Salvador, y le había puesto de la ley cansada, porque las cabras de éste, que volvían del repasto, habían echado algunas cagaritas en lo barrido.

—¿Pero esa mujer estaba alumbrada ó qué? —preguntaba un mozo al enterarse de las desvergüenzas que había dicho á persona tan respetable.

—Sí, niño, sí—contestaba una de las que habían presenciado la escena; parecía que había parveado.

—Toma: y no quita que fuera eso, que hubiera bebido algo de más—decía otro,—porque ya sabéis que el antiguo refran lo dice: de las aves que alzan el rabo, la peor es el jarro.

En esto llegaba el tío Lúcas, que venía á ser una especie de inspector ó revisador nato de las obras, y preguntaba:

—¿Quién hizo aquellas torceduras del camino en el Campo de Arriba, donde podía ir derecho como una bala?... ¿Fuiste tú, Feliciano?... ¡Estás hecho un buen ingeniero!...

—No, señor, yo no fui—contestaba el interpelado respetuosamente.

—Pues tú me parece que anduviste por hacia allí enramando.

—Sí, señor, sí anduve; pero el que se torció fué Simon, que iba delante.

—Y ¿dónde está Simon?

—No ha venido.

—¡Ah! Entonces, no estando aquí, de seguro el culpable fué él, porque ya se sabe: ni ausente sin culpa ni presente sin disculpa.

—No, señor; no crea usted que es por eso: es la verdad. El iba delante y fué el que hizo las cabriolas aquéllas... Y si no, pregúnteselo usted cuando venga, que no me dejará mentir.

—Bueno, pues que te deje ó que no y fuera quien fuera, lo que debéis hacer es ir un par de ellos á enmendarlo y á enderechar las hileras, que todavía tenéis tiempo, y está muy feo así...

—Irán ya á tocar á misa...

Y en efecto, se oía en aquel instante tocar las dos campanas juntas, dos veces: Clan..., clan.

Los hombres se echaban mano al sombrero, las mujeres se santiguaban.

Seguía luego una serie de campanadinas menudas con la grande, y otra serie de campanadinas menudas con la chica, y un repique muy corto, y en seguida comenzaban á darías vuelta.

Sonaban entonces desahogadamente ambas campanas en majestuoso volteo, que duraba

un buen rato, recreándose orgulloso el vecindario en oirlas, porque eran las más grandes del contorno y las únicas que se echaban á vuelo en toda la Montaña...

Una de mis hermanas mayores salía á un balcon acompañada de una criada y colgaban en él un antiguo tapiz que representaba una selva en la cual aparecía un corzo.

—Ya está doña Isabelina engalanando los balcones—decía una mujer en la plaza. Y todas las miradas se volvían hacia aquella parte.

—¡Chachas, qué guapin!—decía una rapazona contemplando el tapiz embabiecada.

—Como otros años, niña—la decía una compañera;—¿no le has visto nunca?

—¡Y no, que no es el de otros años!

—¡Y sí, que es el mismo!

Y disputaban sobre esto con tenacidad, mientras mi hermana y la criada colgaban en el balcon central otro tapiz en donde el corzo aparecía ya perseguido por unos perros, y en el del extremo opuesto otro en donde daban muerte al corzo los cazadores.

En otras casas colgaban colchas de seda ó de lana ó de percal, segun los posibles, y hasta cobertores caseros.

Desde las primeras campanadas había comenzado á deshacerse la reunion, porque todos se iban marchando á sus casas á mudarse y componerse para ir á misa; las primeras las

mozas, que necesitaban más tiempo para ponerse majas, y especialmente aquel día, que habían de lucir la ropa mejor que tenían, el hondon del arca, como suele decirse.

Veinte minutos más tarde estaba ya toda la gente en la iglesia y empezaba la misa, que era la más solemne y más solfeada de todo el año. Como que también era aquélla la fiesta más grande. Pues aunque parece igualarla con otras tres el cantar que dice:

Cuatro fiestas tiene el año
Que relumbran más que el sol:
Navidad, Pascua de Flores,
El *Corpus* y la Ascension,

sin embargo, allí, en el concepto de aquella gente devota y sencilla, el *Corpus* es la mayor de todas.

Así es que se cantaba la *Misa de Ángeles*, como en los demás días de incienso; pero se cantaba con más solemnidad y más despacio que nunca.

Terminada la misa, veíamos al mayordomo salir de la sacristía con un brazado de palos y tela: era el pábulo. En seguida acudían los señores principales y los vecinos que aquel año eran de justicia á coger las varas y extenderle en forma.

El señor Prior se quitaba la casulla y se ponía la capa pluvial más lujosa que había, que era blanca con flores encarnadas y fleco de

oro, cogía en las manos el viril con la Hostia consagrada, que todo el pueblo adoraba de rodillas, y metiéndose debajo del pálio, salía la procesion de la iglesia.

Los cantores, que eran don Salvador y don Víctor y el maestro de instruccion primaria y tres ó cuatro estudiantes, cantaban el *Pange lingua* con solemnidad; y haciendo la guía el vistoso y ondeante pendon de damasco encarnado, recorríamos las calles principales de la villa, entre la frescura de los ramos de chopo recién cortados y el aroma que rendían á su Criador las rosas y las demas flores al calentarlas suave y cariñosamente con sus tibios rayos el sol de la mañana.

Todo el mundo marchaba con serenidad y devocion. Hasta los rapaces, inquietos de ordinario y enredadores, guardábamos aquel día inusitada compostura; y en cuanto la procesion hacía un poco de alto para que uno de los acólitos vestidos de encarnado y blanco incensara al viril, nos volvíamos de cara hacia él y nos arrodillábamos.

Al llegar la procesion á la capilla, se replegaba la gente formando semicírculo, y el señor Prior se dirigía al altarcito provisional, donde posaba el viril, y se arrodillaba entonando el *Tantum ergo*. Mientras se cantaba la última estrofa incensaba al Santísimo Sacramento: luego volvía á tomar en las manos el viril, bendecía con él al pueblo arrodillado, y vol-

viéndose á formar éste en dos filas, entonaban los cantores el *Sacris solemniis* y continuaba la procesion hacia la iglesia bajo el incesante y alegre volteo de las campanas.

Despues de la procesion los rapaces recobrábamos prontamente la movilidad y la traviesa habituales, y utilizábamos las varas de los ramos para hacer chiflas, con las cuales dábamos largos *conciertos*, no muy agradecidos de las personas mayores. Las rapazas recogían del suelo las flores más hermosas y las hojas de rosa más grandes para ponerlas de registros en el libro de Doctrina ó en el devocionario, pues las consideraban benditas con bendicion especial por haber pasado Dios por encima.

La gente formal volvía por lo alfombrado hacia sus casas con cara de felicidad, en amistosas conversaciones laudatorias del propio esmero en la preparacion de la fiesta, y dando gracias á Dios por el buen tiempo; pues así, con el día que estaba tan hermoso, había resultado la procesion mucho más solemne y más lucida.

LOS VILLANCICOS

Con mes y medio de anticipacion, como quien dice desde Todos-Santos, empezaban á avisarse y á prepararse los que habían de tomar parte activa en la fiesta. Los ensayos solían ser por las noches en la cocina del señor cura, el cual tenía que hacer, no solamente de maestro de capilla, sino tambien de director de escena. Porque es de advertir que ademas de los versos que habían de cantar las niñas al ofrecer á la Santísima Virgen y al divino Niño recién nacido en el portal de Belen un ramo de velas y otro de mantecadas, tenía que haber tambien su poco de representacion del Nacimiento.

—¿Qué tal, Simon—preguntaba el párroco á un pastor que acababa de venir de encerrar el ganado,—sabes ya la tu parte?

—El cantar sí, señor, ya le voy sabien-

do—contestaba el moscayo;—pero lo que es el son no se me acaba de quedar en la cabeza.

—¡Pero, hombre, despues de tantas veces como lo hemos cantado ya estas noches pasadas!...

—¿Qué quiere usted, señor?... es que yo tengo muy mala memoria para las tonadas. ¡Si fuera mi hermano Sidro!... Aquél, mal apenas oye cantar una tonada ya la canta él igual; pero yo...

—Sí; tu hermano tiene mejor oído que tú, pero no tiene tan buena voz como la tuya, y de poco le sirve tener oído...

—Así es, señor; por eso dicen que siempre da Dios trigo á quien no tiene costales.

—Siempre no; pero muchas veces permite Dios que anden así las facultades desunidas ó trocadas, para que nos cueste más trabajo hacer las cosas y merezcamos más si llegamos á hacerlas. Porque Dios todo lo dispone para nuestro bien.

—Eso, claro—decía el pobre Simon, como quien está al cabo de todo.

—Vamos á ver—continuaba con amabilidad el señor cura,—vamos á ver lo que has aprendido... Do, sol, mi... Pas... to... res...

Y rompía Simon á cantar desafinando y cambiando de tono á cada sílaba.

Pastores de estos valles,
venid, venid conmigo...

—Eso no va bueno, Simon—le interrumpía el señor cura;—eso necesita todavía muchas vueltas.

—Sí, señor, sí; ya le decía yo á usted que me *paecía* que no estaba del todo bien.

—Pues no hay más remedio que aprenderlo... ¿A que sabe ya Cecilia los versos que tiene que cantar al ofrecer el ramo?—añadía dirigiéndose á una niña morenilla y esmirriada, con los ojos muy grandes.

—¡Huy! sí, señor; ¡cuánto hace!—contestaba ella con naturalidad encantadora.

—¿A ver, á ver?...

Y empezaba la esmirriadilla á cantar con voz muy delgada y muy dulce:

Señora del Cielo,
permite esta noche
que á tus pies cantemos
sencillas canciones. *

Deja que nuestra alma
con tu dicha goce,
pues traes al mundo
la luz de los hombres.

—¡Bien, hija, bien!—la decía el señor cura.
—Te tengo que comprar un devocionario en cuanto venga por ahí un quinquillero que los traiga de pasta fina. Pero ¿puedes tú con el ramo de cera? ¿No se te caerá?

—No, señor, no; bien puedo con él. Ya le llevé la otra noche desde nuestra casa á la del

señor maestro para que rizara la vela del medio... y no se me cayó, ni me pasó nada.

—Bueno, pues ten cuidado; porque si le dejas caer se hacen pedazos las velas y adios ramo: ya no puede lucir delante del Nacimiento en los días de las Navidades, de Año Nuevo y Reyes... Lo mismo que si Josefina deja caer el de las mantecadas y se deshacen: ya no se podría rifar ni podríais comprar con el producto de la rifa un manto á la Virgen... Con que vamos á ver, Simon, á ver si damos otro golpe á lo tuyo. En primer lugar, ¿sabes lo que tienes que hacer cuando oigas la voz del ángel?...

—Sí, señor, eso sí lo sé: ir al portal á adorar al Niño.

—Bien, pero mira: tú estas allá á lo bajero de la iglesia, junto á la escalera del coro.

—Sí, señor, donde estaba Tomás el año pasado.

—Justamente. ¡Pobre Tomás! ¡Dios le tenga en la gloria!... Mas por haberse muerto él tenemos que habérnoslas este año contigo, y no sé cómo quedaremos.

—No dejaré de ir saliendo allá, señor: *toavía* faltan ocho días, y en ocho días malo será que no me ponga yo al corriente.

—Bueno, pues ánimo y á ello. Mira, tú estás allá abajo junto al coro medio dormido, y en cuanto oigas cantar á Juanin, que es el ángel... ¿Dónde está Juanin?

—Aquí estoy, señor—dice un rapacete muy alegre que estaba acurrucado detras de la puerta.

—Tú has de estar escondido en el púlpito, ¿sabes? con una vela encendida. Desde allí cantas sin que se te vea... Canta, á ver:

Y canta Juanin:

Alerta, alerta, pastores;
alerta, alerta al momento,
que en un humilde portal
ha nacido el Rey del Cielo.

Venid á adorarle,
venid todos presto;
venid á adorarle,
seréis los primeros.

—¡Bien, bien! ¿Lo oyes, Simon? Pues en cuanto oigas cantar á Juanin despiertas, y al ver un resplandor sobre el portal, pues el portal está debajo del púlpito, echas á andar hacia allá, entras, te arrodillas, adoras al Niño Dios y te vuelves á la majada á llamar á los otros... Y Juanin seguirá cantando:

Alégrense los valles,
oteros y collados,
pastores y ganados,
en grata y dulce union;

Porque sonó la hora
de paz y de alegría,
porque ha llegado el día
de santa redencion.

—Mientras Juanin canta estos versos y los demas que siguen—continuaba el señor cura dirigiéndose á Simon,—has llegado tú junto al bautisterio, encuentras á Santiago y á Fidel que están dormidos, y los despiertas con malos modos...

—Eso de los malos modos no necesita usted encargárselo, señor, que bastante malos los tiene él siempre—dice la madre de Simon que, hilando una rocada de estopillas, presencia el ensayo.

—Quiero decir—continúa el señor cura—que los despierte con ademanes toscos y propios de pastores, al mismo tiempo que les dice... ¿A ver? Dí tú.

Y empezó Simon á decir con aire fosco y enfadado:

Levántate tú, Chamorro;
alza, arriba, Juan Lorenzo...
¿no oís al ángel que anuncia
que ha nacido el Rey del Cielo?...

—Bien; despues te diriges al otro rincon de debajo del coro, donde hay otra majada con tres pastores que parece que están comiendo migas, y tambien les avisas enfadado y haces el ademan de dar un puntapié al caldero echándole á rodar.

—No le des muy fuerte, Simon, no me le vayas á abollar—dice la vieja ama de llaves

del señor cura, temiendo que la estropeen el caldero nuevo de azófar.

—Dí que para eso es, hombre—repuso el señor cura,—para que se gaste. No la hagas caso, y á tu cuento... Cuando hayas hecho levantarse á todos los pastores, te pones delante de ellos y los guías al Portal cantando... Vamos, canta:

Pastores de estos valles,
venid, venid conmigo,
veréis la maravilla
más grandes que se ha visto.

Y ellos te contestan cantando también y tocando las panderetas.

¿A ver, vosotros?

Vamos, vamos allá
alegres y festivos;
y en tanto que llegamos
refiere lo que has visto.

Entonces comienzas tú, Simon, á contarles lo que hay en el Portal, cantando estos versos:

Una mujer más bella
que el astro matutino,
mece en sus tiernos brazos
el más precioso niño...

Un venerable anciano
de humildes atavíos
parece ser el padre
de aquel recién nacido.

Y te contestan ellos como antes:

Vamos, vamos allá..., etc.

Llegáis todos, adoráis al Niño, le ofrecéis cada uno vuestro dón y cantáis á la Virgen:

Aquí te ofrecemos,
Señora, estos dones,
para tan gran Reina
demasiado pobres.

Míralos benigna
con ojos de amores,
y acepta con ellos
nuestros corazones.

Con que á ver si aprendéis cada uno vuestro papel perfectamente y lo hacéis todo bien y sin reiros, con mucho respeto, para dar gloria á Dios y á la Virgen Santísima.

—Pues claro—dice uno de los pastores,— para que no digan en Villaoscura que hacen ellos mejor los villancicos.

—¡Qué los han de hacer mejor!— dice Simon, echándose las de valiente.— Ni los villancicos, ni nada... Si en ese pueblo parece que no hay gracia de Dios... Ello mismo lo está diciendo... Villaoscura... Como que siempre amanece mucho más tarde que acá, y anochece primero.

—¡Sí, sí! Ándate con los de Villaoscura— replica otro,— que este año diz que tienen unos versos nuevos, que se los ha sacao un primo

del herrero, que está allá en Madrid de... yo no sé de qué; así como de *redentor* de un periódico...

—Redactor será, hombre—dice el párroco; —pero dejad en paz á los de Villaoscura y aprended vosotros bien vuestros papeles para que la representacion salga perfectamente; que, como lo hagáis bien del todo, no lo perderéis... Desde la Misa del Gallo os hago venir aquí á todos á sobrecenar.

.....
Y efectivamente, ocho días despues, el 25 de Diciembre á las dos de la madrugada estaban todos los cantores y *actores* sobrecenando alegres en la cocina del señor cura, en celebracion de lo bien que habían salido los Villancicos.

DE VIAJE

«Tityre tu patutæ». —Cercedilla.—La fonda de Segovia.
Los colonos de Cánovas.—Leon.—Sus monumentos.—
Sus adelantos.—Una estatua mal entendida.—La
Virgen del Camino.

Al sonar la pitada temblorosa y semi-alar-
mante del jefe de la estacion de Madrid, tomé
por asalto el octavo sitio de un departamento
ordinario de primera, y supe, por los que se
despedían á la ventanilla, que uno de mis com-
pañeros de viaje se llamaba Virgilio.

El nombre del poeta mantuano me recordó
la égloga, y pude consolarme un poco del calor
que me sofocaba pensando en los días de plá-
cida frescura que había de pasar en Pedrosa
sub tegmine fagi.

Excuso decir que aquel Virgilio no era poeta
bucólico, sino empleado conservador, que ha-
biendo resuelto el problema del otro poeta lati-
no, el del *utile dulci*, ó sea el de hermanar la
utilidad del sueldo con la dulzura del veraneo,
se dirigía á una hermosa provincia marítima á
tomar posesion de un buen destino, para vera-
near á costa de los contribuyentes.

Se puso el tren en marcha, y, despues de

muchas paradas inútiles, como las de *El Planto* y *Las Matas*, estaciones nuevas que, para facilitar los cruces, ha hecho la Compañía del Norte por no tender la segunda vía ni siquiera hasta Villalba, llegamos á Cercedilla completamente á oscuras, por habérsenos apagado el farol del departamento, sin que el jefe de la estacion, á quien dimos noticia del suceso, nos hiciera caso. Y eso que á este jefe le había visto yo hacía algun tiempo llevar su complacencia hasta el extremo de alargar desmesuradamente la parada ordinaria para que llegaran al tren con toda comodidad unos indígenas. Pero no todos hemos de ser iguales.

A oscuras pasamos el túnel de la divisoria entre ambas Castillas, y llegamos al Espinar, donde á fuerza de quejarnos nos encendieron el farol para que se volviera á apagar poco despues, porque sin duda no tenía condiciones para lucir, así como Cánovas no las tiene para gobernar, ni Bosch para administrar el Ayuntamiento de la corte.

Llegados á Segovia, dos amigos míos, otros dos viajeros y yo, entramos en la fonda de la estacion con ánimo de cenar, pues no habíamos comido en Madrid; pero no vimos aparatos sino para tomar café ó chocolate. Preguntamos si había qué cenar; nos dijeron que había sopa y fiambres, y en cuanto nos sentamos á tomar la sopa, sin cuidar de ponernos en la mesa pan, vino y servilletas, pues de todo esto

carecía, se nos presentó un camarero con una bandeja, diciéndonos que si hacíamos el favor de pagarle.

—¿Y qué le vamos á pagar á usted—le dijo uno de mis amigos,—si áun no sabemos lo que hemos de tomar?

No insistió por entonces; mas cuando acabamos de tomar un poco de jamon, que fué lo que pedimos despues de la sopa, nos levantamos para marchar, y preguntamos cuánto era. Llamó en su auxilio á otro, y, suma de aquí, suma de allá, contando las cosas dos veces y sumando *doce y dos quince*, llegaron á pedirnos por aquel ligero tente-en-pié, diez y ocho reales á cada uno, cuatro reales más de lo que cobran por una comida formal y en toda regla. Nos resistimos, hablamos alto y acudió del mostrador una mujer, la cual, sumando más cristianamente, dejó los diez y ocho reales reducidos á siete. ¡Para que ustedes se fíen!

Salimos de aquella estacion ciega emprendiendo una pesada peregrinacion hacia atras para tomar la curva que une la línea de Villalba con la de Medina, volvimos á andar hacia adelante, y ya no nos sucedió nada notable en todo el camino.

Cuando pasábamos por los pueblos de la llanura de Campos comenzaba á amanecer, y ya estaban los labradores en las eras agarrados al bieldo. ¡Pobres gentes! Empiezan á limpiar al amanecer, y si continúa el aire, así les

hallará la noche, y aún seguirán limpiando á la luz de la luna... Trabajan veinte horas diarias y no se quejan, mientras que á los obreros de los talleres diez horas les parecen demasiado. Y eso que estos últimos cobran su jornal bien florido y se hacen dueños de él, mientras que los labradores, cuando es mediana la cosecha, todo lo que ganan es poco para pagar las contribuciones al Gobierno. Son verdaderos colonos de Cánovas ó de cualquier otro mandarin por el estilo, y... tan resignados. Verdad es que los labradores son creyentes, y esperan la compensacion en la vida futura, mientras que los trabajadores de los grandes centros, los que se sublevan y piden la jornada de ocho horas, han sido des-cristianizados por los sofistas. No hay nada más noble que el labrador cristiano.

Despues de haber pasado el Esla, el *río grande*, por el larguísimo puente de Palanquinos, subiendo por la orilla derecha del Bernesga, dos altas torres góticas que se destacaban sobre una inmensa arboleda nos anunciaron que íbamos á llegar á Leon.

Allí está todavía la antigua reina majestuosamente recostada sobre la abundancia de sus glorias y arrullada por el Torío y el Bernesga, sus dos ríos queridos.

Ha dormido durante muchos años, es verdad, ha dormido sobre sus laureles venerables el sueño dulce que produce la tranquilidad de

la conciencia; pero la despertó hace medio siglo el silbido de la locomotora que se introducía bulliciosa y rápida por entre las filas de chopos de sus inmensos parques, y desde entonces comenzó á lavarse las arrugas de su frente secular y á reformar los artísticos pliegues de su lujoso traje de piedra, no por criminal coquetería, sino por el casto deseo de que no se avergüencen de ella sus hermanas y de seguir pareciendo bien á sus hijos.

Al despertarse despavorida, observó con dolor que su joya más preciada, su catedral, la muestra más hermosa del arte cristiano en España, y estoy por decir que en el mundo, se estaba arruinando por haberla puesto encima un cimborrio pesado como el del Escorial, con miles de toneladas de piedra en ocho chapiteles enormes, como si sus delicadas columnas pudieran soportar el mismo peso que las brutales pilastras de la obra de Herrera.

Leon aplicó su actividad á salvar de la ruina aquel insigne monumento del arte de la piedad y de la fé de otras generaciones; á conseguir que la patria entera se interesara por la restauracion y la conservacion de uno de sus más bellos ornamentos artísticos.

Y, en efecto, á estas horas la catedral de Leon, contra las afirmaciones de algunos maliciosos que hablan por despecho, y de algunos botarates que hablan de memoria, está admirablemente restaurada.

Se ha reconstruído el hermoso hastial del Mediodía, que puede verse fotografiado en casa de Laurent; se han restaurado cincuenta y tantas pilas, treinta contrafuertes, cuarenta arbotantes, cuarenta y siete ventanas enormes, trece bóvedas, entre ellas la central, que es grandísima, y se han puesto además cuatrocientos metros cúbicos de cimientos, siendo de advertir que la restauracion es primorosa, lo mismo en el hastial que el Sr. Madrazo dejó construído, hasta el triforio, que en el resto de la obra hecha bajo la direccion del Sr. D. Demetrio de los Ríos.

Se ha derribado y reconstruído el hastial de Poniente, de entre las dos torres, que estaba ruinoso, y que aunque no lo estuviera debía desaparecer, porque era un pegote plateresco que afeaba el conjunto.

El arquitecto leonés Sr. Lázaro ha sustituído al Sr. Ríos y será el que termine la restauracion, porque sólo falta la colocacion de las vidrieras y quitar de en medio el coro, que obstruye lastimosamente la grandiosa nave mayor, deshaciendo así otro de los bárbaros estropicios perpetrados por el Renacimiento, y volviendo á la preciosa joya toda su belleza nativa (1).

(1) El coro todavía no se ha podido trasladar por la necia oposicion de los canónigos. La primera vez que se intentó y fué enviado el proyecto á informe de la Academia de Bellas Artes, vino á Madrid á intrigar

¡Qué hermosa es! El que no la haya visto, no tiene idea de lo que es una catedral gótica; no puede conocer, ni aún sospechar siquiera, la esbeltez, la ligereza, el atrevimiento á que puede llegar ese estilo.

Los que se hayan entusiasmado ante las catedrales góticas más conocidas en nuestra patria y más reputadas como joyas del arte oji-

en contra una Comision del Cabildo capitaneada por un navarrote presuntuoso é ignorante á quien el caciquismo conservador había dado allí una *dignidad*; y es claro, como más de la mitad de los académicos de Bellas Artes suelen ser del todo extraños á ellas, la fué fácil á dicha Comision ganar á la mitad más uno, y por un voto fué rechazado el proyecto.

Años más tarde, al siguiente despues de abierta al culto la catedral restaurada, algun viajero hizo pública en un periódico su extrañeza de que no se completara la restauracion quitando de en medio el coro, y con este motivo aparecieron varios artículos apoyando la idea en los diarios leoneses, dándose como cosa segura que el Cabildo ya no se oponía al traslado. Entonces el arquitecto D. Juan Lázaro, mi querido amigo, hizo dos ó tres proyectos de traslado del coro, á eleccion, ó arriba al presbiterio, ó abajo, junto á la entrada principal de la iglesia. Pero han corrido más de dos lustros sin que el traslado se haya hecho, y ahora parece que ya se opone otra vez el Cabildo. En fin, que no hay esperanza de que la gran nave se vea despejada, á no ser que algun día llegue al Ministerio de Instruccion Pública un hombre inteligente y enérgico que ordene y ejecute el traslado sin consultar á los canónigos y aún contra su voluntad, como se ha hecho el derribo del *cason* que afeaba la catedral por fuera casi tanto como el coro por dentro.

val, ante la de Burgos, ante la de Toledo, perderán todo aquel entusiasmo al encontrarse aquí en Leon ante la verdadera maravilla de una catedral sin paredes, aérea, calada desde el zócalo, sin otra cosa, de allí para arriba, que fustes y cristales, pareciendo sostenerse las bóvedas y la techumbre por milagro.

* * *

No es la catedral el único monumento notable de Leon. Otro es la Colegiata de San Isidoro, vulgarmente *San Isidro*, de estilo románico, también con algunos pegados, como una capilla mayor gótica, una portada del Renacimiento con las armas de la casa de Austria, una falsa bóveda sobre el coro, debajo de la primitiva, y un asqueroso embadurnamiento interior, sin perdonar sus preciosos capiteles (1).

Otro monumento artístico es el convento de San Marcos, que en su preciosa fachada plateresca, lo mejor que hay en ese estilo, ostenta en lujosos medallones de piedra la cruz de Santiago y los retratos de los grandes maestros de la Orden, y en su coro tiene una sillera de Guillermo Doncel, terminada en 1547, que es imposible ponderarla bastante.

(1) En estos años últimos ha sido primorosamente restaurado en su antigua hermosura por el sabio y genial arquitecto D. Juan Torbado.

Allí, á la derecha del coro, está el estrecho y oscuro aposento donde sufrió prision, por orden del mal aconsejado Rey D. Felipe IV, el insigne Quevedo, tan entusiasta realista que, al decir de un poeta, porque no resultara injusto el Monarca,

«Trocara su inocencia por delito».

* * *

No ha olvidado Leon, por lo artístico y lo espiritual, los adelantos materiales, la parte referente á la higiene y á las comodidades de la vida.

Al despertar, como he dicho, de su sueño, carecía de todo. Hoy casi todo lo tiene ya. Se ha desplegado allí una actividad maravillosa. Con gran rapidez se abrieron en las calles principales zanjas enormes, se abovedaron y quedó establecido el servicio de limpieza. El antiguo paseo de *Las Negrillas* se ha convertido en la hermosa calle de Ordoño II.

En el interior de la poblacion se ha abierto tambien una ancha calle sobre la antigua del Cristo de la Victoria, calle que va desde la plaza de San Marcelo hasta la de la Catedral.

La carretera de Adanero á Gijon en el trayecto desde la plaza de Santo Domingo hasta Renueva, se ha convertido igualmente en otra calle de primer orden que se llama Avenida del Padre Isla.

Y lo más notable es que Leon ha sido la segunda poblacion de España que se alumbró con luz eléctrica. No conoció el gas: desde el petróleo y casi desde el aceite, saltó á la luz eléctrica.

¿Quién ha hecho en una ciudad vieja y pobre, y oprimida por el fisco, todos estos milagros? La iniciativa inteligente y la voluntad firme de un hijo ilustre de Leon, oriundo de Pedrosa, D. Joaquin Rodríguez del Valle, el *alcalde de la luz*, como generalmente se le siguió llamando, muchos años despues de haber dejado de serlo.

Lo que él trabajó para llegar á establecer la luz, podía ser asunto de una nueva *Odisea*, si hubiera un nuevo Homero que la cantara. Es verdad que ha tenido en ésta y en las demas obras excelentes compañeros y auxiliares, pero no se le puede negar la parte principal en la ejecucion, ademas de la iniciativa, y su nombre no perecerá mientras Leon no desaparezca del mundo.

Porque todavía despues de todo lo que hizo siendo alcalde, ha organizado una institucion benéfica denominada «Monte de Piedad y Caja de Ahorros», que es modelo en su género, y tiene ya fama en toda España y áun fuera de España.

Una mala obra se ha hecho modernamente en Leon, por cuenta, segun creo, de la Diputacion provincial: erigir á uno de los leoneses más ilustres, á Guzman el Bueno, una estatua ignominiosa, y por desgracia está colocada en sitio muy visible, en la entrada de la ciudad viniendo de la estacion; de manera que es lo primero que ven los forasteros.

Es de esperar que desaparezca de allí cuando en la Diputacion esté en mayoría el buen gusto. Porque el gran Guzman aparece cabizbajo, con la barba metida en el pecho, tirando el cuchillo de mala gana, como por obligacion, con los dedos engarabitados y volviendo el rostro.

El escultor, Aniceto Marinas, á quien no quiero quitar nada de su fama de artista, á lo que parece, no entendió el asunto, no se enteró bien del hecho histórico, no comprendió la situacion y hubo de concebir al revés la obra.

Debió de figurársele que el gobernador de Tarifa se hallaba en la disyuntiva de entregar á los enemigos la plaza que le había confiado el Rey, ó arrojarles desde la muralla su propio alfanje para que le degollaran el hijo; vamos, que si no entregaba la plaza, no tenía otro remedio que arrojar el cuchillo; por eso le arroja contrariado y triste, como constreñido por la obligacion de arrojarle. Este es el error que estropeó la estatua.

Porque eso no es verdad; no, señor; la situa-

cion no era esa. Guzman no tenía que elegir sino entre rendir la plaza, para que el enemigo no cumpliera la amenaza de degollarle al hijo, ó no rendirla y dejar que se le degollase. Decidido á cumplir como bueno con su deber, no necesitaba arrojar el puñal ni contestar siquiera á la amenaza inícuca: le bastaba no entregar la plaza, seguir defendiéndola: lo de arrojar el cuchillo fué un alarde, una ostentacion, una gallardía, y los alardes y las gallardías no se hacen bajando la cabeza, ni crispando los dedos, ni con semblante dolorido, ni torciendo la cara; se hacen gallardamente ó no se hacen, pues no hay necesidad de hacerlos.

Don Alfonso de Guzman contestó á la villana conminacion del enemigo que, mostrándole su hijo, le voceó que se le degollaría si no entregaba la plaza:

—¿Yo entregaros la plaza por que no degolléis á mi hijo?... Si os falta una daga con qué degollarle, ahí va la mía;—y arrojó la daga, coronándose de gloria.

Bien se ve que esto no pudo decirlo ni hacerlo cabizbajo, ni lloroso, ni dolorido, ni crispando la mano, ni volviendo la cara; tuvo que decirlo y hacerlo con la frente alta, con noble ademan, sereno y arrogante. Este es el Guzman de la Historia: un caballero valiente en quien el amor patrio se sobrepone completamente al cariño paternal, y en aras de la Religion y de la Patria, consiente, sereno y ani-

moso, el sacrificio de su hijo; mientras el Guzman de la estatua es un padre cariñoso, tierno y quejumbro que á duras penas cumple con su deber, medio llorando.

Y ciertamente un padre así no arroja el cuchillo para sacrificar á su hijo.

De modo que la estatua es un absurdo.

* * *

El forastero que se encuentre en Leon á fines de Setiembre ó principios de Octubre, en cualquiera de los días de la semana que media entre San Miguel y San Froilan, y aún en los nueve días que preceden al de San Miguel, observará tan gran movimiento de gente y de carruajes, que empezará á dudar de la exactitud de las noticias que seguramente le habrán dado antes acerca del reposo inalterable de este pueblo noble y pacífico.

Si además observa que el movimiento susodicho se inclina todo hacia las salidas occidentales de la ciudad y trata de inquirir la causa, le dirán que son las romerías de la Virgen del Camino, cuya real basílica se alza una legua al poniente de Leon, á la orilla del antiguo *camino francés*, ó sea de los peregrinos que iban en otro tiempo á Santiago de Galicia, con el que coincide en aquel punto la moderna carretera de Leon á Astorga.

Y como todo Leon acude un día ú otro de la quincena á ver la romería y á rezar á la Santa

Madre de Dios siquiera una salve, el forastero no ha de ser menos, y por bien poca devocion que tenga, no deja de emprender tambien la caminata.

Verdad es que el paseo, ya se haga á pié, ya á caballo, ya en coche, es agradabilísimo.

Saliendo de Leon por el barrio de Renueva y tomando la carretera de Astorga, se deja el convento de San Marcos á la mano derecha y se pasa el río Bernesga por un puente de siete arcos, que lleva el mismo nombre que el convento, al que está tan próximo que entre el esquinal y el remate del pretil apenas puede pasar una persona. De este pasadizo tan estrecho trae origen la frase de estar «entre San Marcos y la puente», desconocida de la Academia, pero muy usada en las provincias del antiguo reino de Leon y otras limítrofes, para significar que se ha corrido gran riesgo, ó se ha estado en aprieto grandísimo (1).

Pasado el Bernesga, la carretera sigue al Occidente por entre hermosas filas de chopos hasta Trobajo. Primero se llega á una glorieta donde se apartan á la derecha y á la izquierda, al Norte y al Sur, tambien por entre filas de chopos y fresnos y negrillos y plátanos y acacias, las carreteras de Caboalles y de Zamora, que parecen dos túneles.

(1) Hoy los militares que ocupan el convento han tapiado el pasadizo.

Después se atraviesa la vía férrea de Leon á Gijon, y dejando á los lados del camino numerosas tabernillas provisionales, cuyas encarnadas banderas se descubren y se esconden alternativamente, según el viento menea las ramas, se llega á Trobajo, y se comienza la subida al páramo, en donde está el santuario de la Virgen.

Volviendo desde allí la vista á Leon experimenta el viajero una gran sorpresa: la antigua ciudad ha desaparecido como por encanto; en el sitio en que la busca y en que creía encontrarla, sólo descubre una densísima y frondosa arboleda de algunas leguas de extensión, sobre la cual se destacan únicamente las dos hermosas torres de la catedral, la primera de España, como lo ha venido proclamando desde tiempo antiguo el cantar popular,

Campana la de Toledo,
catedral la de Leon,
reloj el de Benavente
y rollo el de Villalon,

y como lo proclaman hoy todos los inteligentes en las Bellas Artes. Nada, por bien que se mire, no se ve nada de la ciudad más que las dos torres y el hastial intermedio de la gran basílica, que parece construída en un bosque solitario.

Al llegar al extenso campo que rodea el santuario de la Virgen, el ruido es inmenso y el

movimiento y la animacion indescriptibles, sobre todo si es en alguno de los dos días más clásicos, San Froilan y San Miguel. La romería de San Isidro de Madrid, con ser tan concurrida y tan animada, no tiene comparacion con ésta. Todo el mundo es aquí á meter ruido, desde la graciosa tamboritera de Becerril que vende panderetas pintadas, con toda una corrida de toros, y anuncia su mercancía tocando y agitando las sonajas dobles; hasta el quinquillero valenciano que estira y encoge alternativamente sus acordeones para que los romeros sepan que los tiene, y hasta el triste buhonero gallego que da tres silbatos por un perro chico.

Y cuenta que aquellos vendedores cuya mercancía no suena, la pregonan, y los que no pregonan, como los de las fondas y figones, cafes y tabernas, anuncian por medio de grandes carteles, cuyas letras, desaplomadas y desiguales, parece como que participan de la alegría general. A un lado se lee: *¡La gloria leonesa!*; á otro lado: *Fonda de Prim* (por supuesto que *Prim* es un apodo), y así por este estilo.

Mas no porque la romería ó la feria, que de ambas cosas tiene, presente por fuera este carácter de bullanga, deja de tener importantísimo aspecto religioso. Desde el día de San Mateo se empieza una novena solemne y muy concurrida de aldeanos de los pueblos vecinos, sin que deje de dar tambien no escaso contin-

gente el sexo devoto de la capital de la provincia. Concluye esta novena el día de San Miguel, celebrándose la víspera una Comunión general de las *novenarias*, administrada algunos años por el Obispo de la diócesis.

Las funciones religiosas de los días de San Miguel y San Froilan, por mañana y tarde, son solemnísimas, contribuyendo no poco á su sagrado brillo las condiciones del templo, que es grande y suntuoso.

Edificóse en el siglo xvii (1645-1664). La fachada principal, que sigue la línea del camino, la forma un pórtico sostenido por once arcos de piedra: sobre el central se ve la imagen de San Miguel pisando al demonio; y más arriba, coronando el pórtico, las armas de la casa de Austria, como para justificar el título de Real que lleva el santuario. Frente á este arco central está la puerta principal de la iglesia, la del Mediodía; á la derecha, entrando, es decir, al Oriente, el altar mayor, y á la izquierda el coro, debajo del cual hay otra puerta, que da al Poniente, con otro pórtico análogo.

El templo, del estilo greco-romano dominante en aquella época, es de planta de cruz latina, con tres naves, parecido en su estructura á la mayor parte de las iglesias de Madrid, San Sebastian, por ejemplo.

El crucero y el resto de la iglesia están separados por una verja de hierro con puertas

grandes. Fuera de la verja hay á cada lado un altar, en donde se veneran las imágenes del Santísimo Cristo del Amparo y de San Bartolomé. Dentro del crucero hay otros dos altares laterales, dedicados á San José y á San Froilan. En el centro del retablo del altar mayor, que es churrigueresco, como todos, hay un nicho abierto, en donde, bajo un sólio de plata, sostenido por cuatro columnas del mismo metal, está la titular, que es una imagen de la Virgen teniendo en sus brazos el cuerpo de su Santísimo Hijo, recién bajado de la Cruz. Detras está el camarín, desde donde se ve de espaldas la venerada imagen. Todas las paredes están llenas de ex-votos y de cuadros representando y conmemorando milagrosas curaciones.

La historia de este santuario, segun la refiere el padre Juan de Villafañe, comienza en el año de 1505 por la aparicion de la Virgen á un pastorcito del inmediato pueblo de Velilla de la Reina. Se construyó allí una modesta ermita, y se extendió tan rápidamente la devoción á aquel lugar santo, que ya en 1516 expedía la Reina Doña Isabel, desde Trujillo, Real cédula constituyendo el santuario bajo su augusto patronato, cédula que fué aprobada y confirmada por el Papa Leon X en su Bula de 22 de Mayo de 1517. Las limosnas de los fieles eran ya tan cuantiosas por entonces, que el cardenal D. Luis de Aragon, obispo de Leon,

quiso traer religiosos Agustinos de Valladolid para que fundaran allí un convento; mas como la ciudad se opusiera diciendo que debían ser preferidos los Dominicos de Leon, se determinó por fin que las limosnas sirviesen en primer lugar para las atenciones del culto, y del sobrante se hiciesen tres partes, dos de las cuales se destinasen á sostener el convento de Franciscanas de la Concepcion, fundado por doña Leonor de Quiñones en 1518, y la otra á la crianza de los niños expósitos.

Un siglo más tarde, como continuara la piedad en aumento, y la ermita primitiva, sobre no estar ya en relacion por su estrechez con la suntuosidad del culto, se fuese desmoronando, determinó el obispo de Leon D. Bartolomé Santos de Risoba dar principio á la edificacion del nuevo templo, que es el que hoy existe.

El milagro más notable de los muchos que se refieren obrados por la intercesion de la Virgen del Camino, es el *del moro*, cuyos comprobantes, el arca y la cadena se conservan todavía en el templo.

El padre Villafañe refiere el caso, sucedido en 1522, sustancialmente de esta manera: Hallábase Alonso de Ribera, vecino de Villamañan, cautivo en Argel en poder de un moro que le maltrataba cruelmente. El buen leonés se encomendaba á la Virgen del Camino y manifestaba al moro su esperanza de que la Señora había de librarle. El moro, que no las

tenía todas consigo, encerraba por las noches al cristiano en un arca, rodeaba ésta con una fuerte cadena de hierro, y además se acostaba él á dormir encima. Así las cosas, una mañana el moro y el cristiano y el arca y la cadena, parecieron aquí á la puerta del santuario, con lo cual el moro se convirtió á la religion cristiana.

La cadena está hoy día colgada en una de las paredes laterales, y el arca está en el suelo forrada de placas de hierro y metida en otra arca igualmente forrada, precauciones que ha sido preciso adoptar porque los romeros la iban deshaciendo por quitar astillas que se llevaban como reliquias.

La Corona nombra todavía, por virtud de la citada Real cédula de 1516 y de la Bula posterior del Papa Leon X, los administradores del santuario.

FIESTAS Y ROMERÍAS

LA CARRERA.—EL TIRO DE BARRA.—EL ALUCHE

Unos más modestamente, otros con más lujo, todos los pueblos, aún los de muy corto vecindario, celebran su fiesta; unos, la mayor parte, el día del santo titular de la parroquia, otros el día de otro santo ó de alguna advocacion de la Virgen, cuya imágen se venera en una ermita en despoblado, pero dentro del término jurisdiccional del pueblo.

Estas últimas obtienen la calificación de romerías y suelen ser más concurridas y de más lucimiento.

Las que se celebran en poblado comienzan la víspera por la noche con la *Hoguera*.

Los mozos del lugar traen del monte, con bueyes muy esquilonados y engalanados, un buen carro de leña, que descargan en la plaza, y en cuanto oscurece, hacen una gran lumbré, que mantienen viva toda la noche. A su

resplandor se baila y se lucha con grande animacion y algazara; es decir, que se da un anticipo de la funcion de la tarde siguiente, en el que los luchadores se experimentan para tener más seguridad de lucirse á otro día.

En el de la fiesta, lo primero es la funcion religiosa, una misa *de tres* con los mejores ornamentos, cantada muy despacio, con sermon y con todo género de solemnidades.

Luego, como los vecinos del pueblo que celebra la fiesta han convidado á sus amigos de todo el contorno, van acudiendo éstos cuando se aproxima la hora de comer, y mientras acaba de llegar, se juega á los bolos un rato, formándose un partido numeroso en que suelen ir juntos los forasteros contra los del pueblo.

Despues de la comida, que naturalmente es larga y reposada, se arma de nuevo la bolera, que se suspende cuando tocan al rosario, al que asiste en la montaña de Leon toda la gente, igual que á misa, y se reanuda á la salida por un par de horas.

Cuando la tarde va demediada, comienza á sonar el tambor en los alrededores de la bolera, dando á entender que es hora de abandonarla para dedicar lo restante del día á otras diversiones: á las clásicas y típicas diversiones de las romerías y fiestas patronales de los pueblos. Y aprovechando el momento en que los jugadores concluyen un partido, el mozo

que toca el tambor ú otro que esté á su lado echa este pregon solemnemente:

—¡Mozos forasteros, al sitio acostumbrado á correr, luchar y tirar la barra! Y tocando el tamboritero un pasacalle, la concurrencia se traslada á las eras, al sitio en que por costumbre se celebra la funcion todos los años.

Allí, lo primero, se encimenta el baile.

A un lado del baile se forma un corrillo de hombres solos, donde se discute sin gran calor, sosegadamente. Son los mozos más mandones de cada pueblo que están concertando el partido para la carrera, la barra y el aluche; tratando de si tal y tal pueblo han de formar juntos contra tal y tal otro.

No siendo la concurrencia muy numerosa, el partido suele ser el pueblo contra todos, ó tal pueblo contra tal otro, y los demas de donde quieran agregarse. Pero en las romerías en despoblado, en donde la concurrencia casi siempre es mucho mayor, el partido suele ser de un valle contra otro valle, ó si el santuario está á la orilla de un río, los pueblos de arriba contra los de abajo.

Cuando se ha llegado al acuerdo en la formacion del partido, uno de los concertadores proclama en alta voz lo acordado, y en seguida algun aficionado, que nunca falta para este menester, comienza á hacer corro, persuadiendo á la gente con buenos modales que se tenga atras, ó amenazándola y espantándola

con una rama de espino para hacerla retroceder (porque hay en esto como en todo, métodos diferentes), hasta que consigue dejar despejado un gran redondel donde se ponen á luchar dos rapaces.

* * *

Antes se empezaba siempre por la *carrera*. Lo primero salían dos á correr en un trayecto de cincuenta ó sesenta metros, al fin del que había otros dos que hacían de jueces, teniendo una faja tirante y levantada en alto, por bajo de la cual debían pasar los corredores. Contra el que ganaba salía otro, y otro luego hasta que había un corredor contra el que ya nadie salía, y quedaba victorioso.

El premio del que ganaba la carrera era la rosca, una rosca de pan de lujo, amasado con leche y manteca y bañada con una mezcla de clara de huevo y azúcar. Por eso esta diversion se la llamaba «Correr la rosca», y del que ganaba se decía que ganaba la rosca.

En otras funciones, en las bodas, verbigracia, también había en Leon y sus contornos una rosca para correr, pudiendo correrla y ganarla aún los que no eran convidados.

Hoy la carrera, quizá por ser un ejercicio demasiado violento, va cayendo en desuso.

Lo mismo que la barra. El tiro de barra, juego y ejercicio que consiste en lanzar una

barra de hierro cogida por el medio á la mayor distancia posible sin que se dé vuelta en el viaje, de modo que la punta que al despedirla va para abajo sea lo primero que toque en el suelo, fué sin duda muy general en España; tanto que el desafío á tirar la barra para probar sus fuerzas los valientes, debió de ser el desafío por excelencia, pues se conserva en las provincias leonesas y castellanas la frase *tirar la barra* ó *tirar á la barra*, como equivalente á desafiar. «No vengáis tirando la barra»... «Llegaron allí tirando la barra»... se oye decir todavía por los pueblos en sentido de: «No vengáis desafiando»... «Llegaron allí desafiando»...

Por cierto que la Academia, en su perpétuo rocinismo, habiendo alguna vez oído la frase, la entendió mal y la trascribió peor, poniendo en su Diccionario «*estirar la barra*», *estirar* en vez de *tirar*, rocinada que mayor no cabe; porque precisamente la barra no puede estirarse; ninguna barra, sea de hierro ó de otro metal, sea de madera, es susceptible de estiramiento.

Y luego, la explicacion de la frase tambien es graciosa: «*Estirar la barra*, frase figurada (¡y tan figurada!). Hacer todo el esfuerzo posible para conseguir alguna cosa». ¿De dónde y con qué esfuerzo sacarían los académicos esta explicacion para su frase absurda y necia de *estirar la barra*? No hay duda que les costaría el mayor esfuerzo posible.

Pero lo bueno es que en la última edicion, al final del artículo *barra* ponen ya tambien la frase «*tirar* la barra», y de primera intencion dicen que es «vender uno las cosas al mayor precio que puede», y despues dicen que es lo mismo que «*estirar* la barra». *Tirar* lo mismo que *estirar*. ¡Claro! Para ellos todo es lo mismo.

Dejando las majaderías de la Academia y volviendo al asunto, en prueba de lo muy popular que fué entre nuestros antepasados el juego de la barra y lo corrientes que eran los desafíos y las apuestas en él, refiérese que los montañeses de Leon, cuando en largas carrías bajaban á tierras de Valladolid y de Zamora á vender maderas de roble para hacer cubas (antes de que el Estado les despojara de sus montes para entregárselos al cuerpo de Ingenieros que los ha destruído), solian llevar en uno de los carros la barra para distraerse en las sueltas, y para desafiar á tirarla en los pueblos donde vendían las maderas ó donde envasaban el vino y el trigo que con el valor de ellas compraban. Y lo mismo se cuenta de los arrieros salamanquinos y cacereños que á lomos de fuertes acémilas conducían á tierra de Leon pellejos de aceite fino de la Sierra de Gata, destinado principalmente á las lámparas de los templos: tambien éstos, que solian ser gente recia, llevaban con ellos la barra para no perder la costumbre de tirarla bien y poder

aceptar ó lanzar desafíos en los pueblos de la ruta.

Oí contar de niño que una vez pasaban por tierra de Campos ocho mocetones de aquéllos con sendos machos cargados de aceite, desafiando á tirar á la barra, con apuesta de los machos y las cargas, que era cuanto llevaban consigo, contra su valor en onzas de oro depositadas formalmente. Y como llegaron á Medina de Rioseco y repitieran el desafío y la apuesta, un labrador noble y rico, á quien llamaban D. Jerónimo, les dijo que si lo habían pensado bien, la apuesta quedaba aceptada. Se ratificaron ellos en lo dicho, y depositadas por D. Jerónimo en poder del alcalde de la ciudad las treinta y dos onzas, pues valaban en cuatro el capital de cada uno, dos por el macho y dos por la carga, comenzó el desafío ante numerosa concurrencia, pues se había extendido pronto la noticia.

Tiró primero uno de los aceiteros, el que parecía más jóven, y logró hacer tiro á bastante distancia, con lo cual comenzó la gente de la ciudad á temer una derrota para D. Jerónimo, pues aunque sabían que era gran tirador, no era de presumir que el aceitero que había tirado fuera el mejor, sino el más endeble quizás de entre los ocho, y cuando aquél tiraba tan largo, ¿á dónde no llegaría el que reservaran para el último?...

Pero cogió D. Jerónimo la barra, y conta-

ban que despues de santiguarse había dicho al poner los pies en la raya para tirar:

—¡Lámparas de Rioseco, buen día os ha amanecido!

Y echando la barra por el aire la hizo ir á clavarse á distancia casi doble que la del tiro del aceitero, causando en éste y en sus compañeros de apuesta verdadero pánico.

Fueron tirando los otros aceiteros repetidas veces, aventajando todos al que tiró primero, algunos muchísimo; pero áun éstos se quedaban siempre mucho más atras que D. Jerónimo, con lo cual no tuvieron más remedio que darse por vencidos... y arruinados.

Pero D. Jerónimo fué muy generoso con ellos, pues quedándose sólo con el aceite, con las ochenta arrobas de aceite que repartió entre las iglesias de la ciudad, les dejó los machos y áun les dió dinero para hacer con holgura el viaje de vuelta á la Sierra, á seguir en su oficio; en el de arrieros, no en el de jugadores.

La relacion añade que D. Jerónimo, á causa del esfuerzo grande que hizo por alargar la barra lo necesario para ganar el aceite, enfermó del pecho y murió á los pocos años.

Quizá por esta creencia vulgar, muy extendida y arraigada, de que los esfuerzos que se hacen por tirar la barra perjudican á la salud y acortan la vida, ha caído en desuso este tradicional deporte.

De manera que dadas de baja la carrera y el tiro de barra, la diversion de las romerías, aparte del baile, queda hoy reducida al aluche.

* * *

Los antiguos leoneses pusieron una *a* protética al verbo luchar, del latino *luctare*; y dijeron *aluchar*, con el mismo derecho y con mejor sentido que la Academia, que ha puesto la misma letra al verbo *serrar* del latino *serrare*, y escribe *aserrar* y *aserrin* y *aserrado* y otras tonterías análogas que nadie repite sino los ignorantes presumidos que tienen fé en el Diccionario, porque son todavía más ignorantes que los académicos.

Digo que con mejor sentido, porque de decir *aluchar* por *luchar* no se sigue ninguna confusion, mientras que del *aserrar* por *SERRAR*, se sigue, entre otras, la de que el adjetivo *aserrado*, parecido á la sierra, es lo mismo que *aserrado* participio pasivo de *aserrar*, que significa dividido, cortado con sierra, confusion que no existe diciendo *SERRAR*, *SERRADO* y *SERRIN*, como dice el uso popular bien apoyado en la etimología latina.

He citado esta academiquería del *aserrar* para que á lo menos la Academia y sus panúrgicos devotos no tengan derecho á discutir el *aluchar* de los antiguos leoneses, que naturalmente tambien antepusieron la letra al sus-

tantivo lucha; pero, como se trataba de una accion viril, virilizaron la terminacion y pusieron al vocablo artículo masculino.

Hoy ya los leoneses no dicen *aluchar* sino luchar, respetando el uso general, por tratarse de un verbo que es de general aplicacion; pero al llegar al sustantivo, cuando le aplican á una diversion, á un deporte propiamente suyo, continúan diciendo el ALUCHE.

* * *

Ya dejamos abierto el corro y estaban ya dos rapaces agarrados. Así se empieza. Probablemente caerá el más pequeño, aunque tambien se dan casos en contrario, por eso digo probablemente: caerá el más pequeño y saldrá contra el vencedor otro un poco más grande que él, y esta vez tambien cae el más chico; saldrá otro algo mayor que el victorioso y así va subiendo gradualmente la estatura hasta que se encuentran ya en el corro dos mozos hechos y derechos.

Excusado es decir que nada tienen que ver con este *aluche* esas otras luchas que, con el pomposo nombre de greco-romanas, empiezan hoy á tener un poco de boga, ni su tecnicismo bárbaro, lleno de *presas*, sirve de nada para explicar el deporte leonés puramente amistoso.

Aquí los dos luchadores, puestos uno en-

frente de otro, sin más ropa exterior que los pantalones de sayal (fuerte paño casero, así llamado porque se empleaba para hacer sayos y sayas), ó de otra tela gruesa y resistente, se *agarran* de este modo: Cada uno pasa su brazo derecho por debajo del izquierdo del contrario, aplica la mano al borde superior del pantalon de éste, precisamente en la costura de atras, y despues de enrollarle un poco hacia abajo, agarra del rollo. Agarradas las manos derechas, la izquierda de cada uno se agarra á la delantera del pantalon del contrario hacia el bolso de modo que le pueda dificultar los movimientos de la pierna. Esta es la manera ordinaria de agarrarse; pero tambien se hace á la inversa, pasando cada uno el brazo izquierdo por bajo del derecho del contrario, cuando así lo quiere el luchador que tiene derecho á la *mano*, que es, al comenzar, el del pueblo y despues el que ha vencido á otro.

Así agarrados los luchadores, trata cada uno de hacer caer al otro y gana el que lo consigue. En algunos pueblos vale por caída el doblar una rodilla ó posar una mano; en otros la caída tiene que ser de espaldas.

Pensará el lector que agarrados en la forma dicha dos hombres de fuerzas próximamente iguales, ha de ser imposible que uno derribe á otro; y lo sería, efectivamente, si no intervinieran las *mañas*, que son lo principal en este ejercicio.

Son muchas, y sólo explicaré brevemente las principales.

La *cadrilada*, que consiste en levantar el luchador su pierna izquierda por dentro de la derecha del contrario, empujándola hacia arriba, tirando al mismo tiempo, hacia arriba también, con la mano que tiene agarrada al bolso y sujetándole el cuerpo con la mano agarrada atrás... El efecto de esta maniobra, haciéndola con rapidez, es casi infalible. Aunque el luchador que la emplea tenga mucho menos fuerza que su adversario y éste sea de mucho peso, combinando bien toda la acción, le levanta del suelo, le entorna y le hace caer á su derecha de costillas.

La *media vuelta* es muy parecida á la anterior, sólo que con ella no se necesita levantar del suelo al adversario. Se prepara metiendo mucho el hombro derecho contra el pecho del adversario como si se le quisiera derribar contra el otro lado, obligándole á oponer allí mucha resistencia; cuando esto se ha conseguido, se le deja repentinamente libre de aquella presión, se retuerce el cuerpo con rapidez en sentido contrario, atravesando la pierna izquierda entre las dos suyas, tirando fuertemente hacia la derecha con la mano agarrada atrás y empujando con la agarrada al bolso, todo á un tiempo y rápidamente. El adversario, sorprendido, cae de espaldas y el vencedor de bruces encima, travesado.

La *mediana*: Esta maña consiste en arrimar el luchador su pierna derecha á la cara interior de la izquierda del adversario y como retorciéndola en redor de ésta y trabándola con la punta del pié, echándose al mismo tiempo hacia atras como si quisiera dejarse caer de espaldas, pero torciendo el cuerpo sobre la derecha para dar salida por ese lado al cuerpo del adversario, que cae antes que el suyo. Esta maña puede ocasionar la caída del mismo que la emplea. Si el contrario, en el momento de sentir trabado su pié izquierdo, le levanta un poco del suelo y le corre rápidamente hasta dar un golpe en el izquierdo del que le trabó, caen los dos, quedando debajo el que empleó la maña. A esta defensa se llama «falsear la mediana».

Otra maña es la *zancadilla*, *echar la zancadilla*, que consiste en trabar por fuera un luchador con su pierna derecha la izquierda del contrario y, apretando al mismo tiempo el pecho contra él, hacerle caer de espaldas: se necesita obrar muy rápidamente para que produzca resultado, pues si se le da tiempo al acometido para pasar la cabeza hacia el lado izquierdo de la del que maniobra, ya no se cae.

Otra maña es el *traspíe*, que consiste en atravesar el pié derecho delante del izquierdo del contrario, como amenazando trabarle, y al mismo tiempo tirar con la mano agarrada atras y empujar hacia arriba con agarrada al

bolso. El resultado es hacer caer al contrario hacia la derecha, si se emplea con rapidez y soltura.

Otra maña hay todavía, que se llama el *voleo*, palabra sobre la que *burrean* mucho los académicos diciendo que es *golpe* y que *volear* es *herir* y otras barbaridades parecidas.

Consiste esta maña del *voleo* en levantar un luchador del suelo á su contrario entre los puños, sin auxilio de las piernas, y dándole dos ó tres vueltas en el aire, hacerle perder el equilibrio y caer en el suelo.

Como fácilmente se nota, esta *maña* es la *menos maña* de todas, y casi no lo es, porque requiere en el que ha de emplearla un gran exceso de fuerza sobre su contrario, y en éste gran falta de peso, y para vencer en estas condiciones apenas hace falta maña.

Todas estas explicaciones han de entenderse dadas en el supuesto de que sea la mano derecha la agarrada atras; pero si fuese la izquierda, hay que entender siempre izquierda é izquierdo donde se dice derecha y derecho.

Los nombres de algunas de las *mañas* apuntadas como la *zancadilla* y el *traspie*, incorporados desde hace siglos al lenguaje usual y corriente, y la tan conocida frase popular de *más vale maña que fuerza*, procedente sin duda de estos aluches, donde se oye repetir á cada instante, obligan á sospechar y áun á

creer que esta diversion, este deporte leonés, ejercicio gimnástico é higiénico muy recomendable, haya sido general en nuestra península, ó por lo menos en todas las regiones de lengua castellana.

Hoy, sin embargo, ni siquiera se usa en todo el reino de Leon, hallándose reducidos sus dominios á la zona montañosa, á las riberas del Esla y de sus afluentes y sub-afluentes principales, y á las del Carrion y algun otro afluente del Pisuerga.

* * *

Los que no conocen el aluche sino desde fuera, suelen creer que es un ejercicio durísimo, casi brutal, y que los luchadores se sofocan y se matan allí forcejeando. Nada hay más ajeno de la realidad que esta creencia. En el aluche no trabajan ni se sofocan más que los que no saben luchar. Sí, á veces se ve que luchan dos pobres muchachos de mucha fuerza, pero que no tienen maña ninguna; se les ve trabajar y dar vueltas y bregar y sudar, tratando de retorcerse el uno al otro, inútilmente, y al fin tienen que salirse del corro ambos, porque no consiguen tirarse. Pero el que es luchador no se sofoca, ni suda, ni apenas trabaja. Se agarra y tiene constantemente las manos flojas; no aprieta sino en el momento de dar el golpe. Para éste el aluche es

un ejercicio moderado, una diversion verdaderamente.

Me acuerdo yo de ver luchar á un estudiante muy conocido mío, de buena estatura pero delgado, mimbreño, como que estaba sin desarrollar, pues no tenía más que diez y ocho años; y una tarde de romería, en cosa de dos horas, tiró á diez y ocho hombres, todos más fuertes que él, algunos de ellos como castillos.

Y á todos los tiró con la misma maña, con la cadrilada, y eso que cuando habían caído ya tres ó cuatro, iban los demas muy prevenidos para evitarla; pero luego que se agarraban, como veían que no les sujetaba, que les tenía flojos, casi sueltos, olvidaban el peligro, y entonces caían como los anteriores. Seguían saliendo muy dispuestos á resistir, y seguía él sacando al aire hombres de siete y ocho arrobas llamados con los aumentativos de Angelon, Fructuosen, etc., dejándolos caer suavemente al suelo, sin caer él encima casi nunca: á muchos de ellos parecía que los sentaba á propósito.

¿Cómo podía hacer estos prodigios un muchacho que ni por su edad ni por su corpulencia podía tener fuerza considerable, si no fuera la maña? ¿Cómo hubiera podido seguir tirando hombres hasta que ya no hubo más que lucharan, si mientras estaba agarrado con ellos hubiera estado constantemente haciendo fuer-

za? Imposible. Pero él se agarraba con uno, le dejaba dar tres ó cuatro vueltas, y cuando el otro iba adquiriendo confianza al ver que no apretaba, que le dejaba flojo, daba su golpe de cadrilada y... hombre á tierra. Se paseaba ó conversaba con algun amigo, ó se sentaba en la campera esperando á que se preparara otro; salía otro, y á los dos ó tres minutos le ponía mirando para las estrellas, pues ya las había cuando se concluyeron los luchadores y se deshizo el corro.

Bueno: pues media hora más tarde le ví tan tranquilo sentado á la mesa, cenando con buen apetito, y poco despues de cenar, bailando como los demas, como si no hubiera luchado.

Despues le ví otras muchas veces ganar los aluches y tirar á muchos luchadores; pero ya sus victorias no me parecían tan asombrosas ni extraordinarias, porque había llegado á su completo desarrollo y era un hombre alto, de buenas proporciones, sano, robusto sin ser grueso, y de muchísima fuerza.

Dios le dé salud, pues aun vive.

He querido citar este caso como podría citar otros muchos, para desvanecer la creencia, muy extendida y muy errónea, de que el aluche es una *barbaridad*, y de que en él tienen los luchadores que hacer esfuerzos tan horribles que se destrozan y se matan.

Suele tambien creerse que en el aluche hay mucha exposicion de romperse una pierna ó

un brazo... He presenciado más de doscientos aluches en los que habrán tomado parte de tres á cuatro millares de luchadores, y no he visto ninguna de esas desgracias.

Ni el más leve percance.

Lo que he visto más de una vez es discutir con calor una caída, si era ó no válida, y deshacerse el aluche por no llegar á ponerse de acuerdo los dos bandos; y aunque, en el calor de la disputa, podía temerse que ocurriera alguna escena desagradable, nunca ví que llegara la sangre al río.

UN PARTIDO DE BOLOS

Del noble y aristocrático juego lecnés de los bolos puede decirse que es el rey de los juegos, el ideal, el mejor de todos, porque atiende como ningun otro á la higiene del cuerpo y á la del espíritu; pues al par que divierte mucho y regocija el ánimo con sus lances, favorece grandemente á la salud y al desarrollo corporal con un ejercicio moderado sin producir cansancio ni fatiga.

No es violento y asfixiante como el de la pelota, cuyos profesionales ó grandes aficionados suelen morir en la flor de la edad á consecuencia de los sofocones; no es torpe y abrutado como el *foot-ball*, ni peligroso y ultra-bárbaro como algunos otros de análoga importacion extranjera; no: en este juego castizamente español, aludido y comentado en nuestra literatura clásica, se hace un ejercicio completo, una gimnasia general, de todos los miembros principales.

Se hace ejercicio de paseo, yendo y viniendo del castro á la mano para tirar y de la mano otra vez al castro para el birle; se hace ejercicio de fuerza muscular al tirar la bola, y se hace gimnasia de agacharse y erguirse al pinar los bolos caídos; todo tan moderadamente que se puede estar un día entero jugando á los bolos sin sentirse cansado.

Ni tampoco aburrido: nadie se aburre jugando á los bolos. Por el contrario, la alegría y el buen humor reinan en el juego constantemente, y á veces se desbordan en ruidosas ovaciones ó en largas bromas, celebrando la habilidad ó la fortuna del jugador que con un *ahorcado* hace ganar el juego que se creía perdido; ó al revés, la poca destreza ó la desgracia del que con una cinca inesperada ó con un birle ruin hace perder el juego que se creía ganado.

Sólo el juego del billar, ejercicio de suyo sano tambien y saludable, podría competir con el de los bolos, si no le llevara éste la ventaja de jugarse al aire libre: ventaja inmensa, porque el jugador de billar suele durante el juego respirar una atmósfera mefítica, saturada de malos alientos y envenenada con el humo del tabaco; mientras el jugador de bolos, al par que hace ejercicio y se divierte, se está oxigenando.

Por eso perdura el juego de los bolos, por esas excelentes condiciones subsiste y se con-

serva á través de los siglos, precisamente en las regiones más cultas y de mayor mentalidad, como ahora se dice, precisamente donde apenas hay analfabetos, en las montañas y riberas de Leon, en las montañas y costas de Santander y Asturias.

En Madrid, donde hay numerosa colonia de aquellas regiones y especialmente de estas dos últimas provincias, tambien se jugaba mucho y era popular no hace todavía treinta años, ni veinte. Hoy se juega menos por falta de sitio. La contribucion que grava los solares, que era donde generalmente se jugaba, y la avaricia de los dueños han ido desterrando de ellos la bolera. Pero no dejará de renacer, porque es un esparcimiento muy conforme á nuestra naturaleza y muy apropiado á la formalidad y nobleza de nuestra raza, y lo que tiene tales condiciones de vida y de perpetuidad no debe morir y no muere.

Al revés de lo que les pasa á otros juegos extraños: que vienen dando mucho ruido, se extienden con pasmosa rapidez y con la misma desaparecen.

Hará escasamente un cuarto de siglo que cierto empresario, conecedor de la frivolidad de la gente rica que veranea en San Sebastian, construyó en Madrid un fronton y en él instaló el juego de pelota á la vasca, con sus apuestas. El fronton se llenaba de gente todas las tardes. Un negocio loco. A los dos años había

ya en la corte cuatro ó cinco frontones y todos se llenaban: eran cuatro ó cinco *timbas* colosales donde no faltaba ni el *pego*. Los periódicos tenían sus redactores encargados de hacer las reseñas en un tecnicismo extravagante, y profetizaban á corto plazo la desaparicion de las corridas de toros (1).

Pero el público, á quien el ver jugar á la pelota le aburría, cuando se fué enterando de que las apuestas le resultaban ruinosas, pues los *pelotaris* llevaban en ellas su parte, y ganaban ó se dejaban ganar segun lo que les tenía más cuenta, se retiró, y hace ya bastantes años que de aquellos cuatro ó cinco frontones no funciona más que uno, y ese con largas intermitencias: los demas, unos han sido derribados y otros dedicados á usos diferentes.

Despues vino con gran ímpetu el *foot-ball*, juego de pelota en que hay que darla con los pies ó con los codos ó con la cabeza, con todo menos con la mano. En poco tiempo los alrededores de Madrid se llenaron de *equipos*: se salía de paseo y no se veía otra cosa: aquí un partido de niños de la escuela, allá otro de rapaces del Instituto, más adelante otro de mozelos de la Universidad. Los padres que te-

(1) Lo mismo habían profetizado tres lustros antes cuando comenzaron las carreras de caballos, otro deporte que no se aclimató y del que ya nadie hace caso.

nían hijos en cualquiera de estos períodos de instruccion, solían recibir una tarde la *agradable* sorpresa de que les trajeran uno con un brazo roto, ó con una rodilla dislocada, ó reventado de un puntapié. De todo esto se dieron casos. Fué una ola de locura, una inundacion de barbarie.

Ya pasó. Ya no traen los periódicos casi nunca reseñas del juego en tecnicismo perruno, contando los *goals*: ya no hay *equipos* más que en Bilbao, en Irun, en Barcelona, entre las razas inferiores.

Pues del juego del *Polo*, no hay que decir sino que los que le juegan viven de milagro.

Pocos años há que un conocido marqués sufrió un mazazo que le rompió las muelas, y que ¡si le da un poco más arriba!...

Recientemente se ha contado que á otro egregio personaje le alcanzó otro mazazo que le dejó sin sentido un buen rato, con gran susto de los compañeros de juego.

Y tengo á la vista un periódico del 18 de Julio de 1904, donde se cuenta el trágico fin de un aristócrata español, en estos términos:

«MUERTE DE UN SPORTMAN

»Por un telegrama publicado por *Le Petit Journal*, se sabe que el marques de Villavieja ha sido víctima de un terrible accidente jugando en Ostende una partida de Polo.

»Perseguían varios *sportsmen* una pelota, y uno de ellos dió un formidable mazazo en la sien al marques de Villavieja.

»Sus compañeros se apresuraron á socorrerle, pero vieron con espanto que el marques había muerto.»

¿Y todavía hay quien juegue á eso?—preguntará alguno.—Sí; hay gente para todo: tambien hay quien se suicida...

Tales son los *recreos* que nos trae la raza anglo-sajona, hoy tan preconizada, para sustituir á los castizos.

* * *

Una vez, al día siguiente de la fiesta de Pedrosa, dos señores curas de los convidados quisieron ir á Riaño á ver á un amigo, y fuimos acompañándolos tres estudiantes. Despues que los curas hicieron su visita, nos paramos en la plaza á ver jugar los bolos.

A poco se concluyó el partido pendiente, y nos invitaron á jugar. Aceptamos, y en seguida se reunieron los seis mejores jugadores del pueblo; el registrador de la propiedad y un hermano suyo que era alcalde; un escribano y el médico, hermanos tambien; un comerciante pasiego y el ecónomo de la parroquia.

—Nosotros no somos más que cinco—dijo uno de los estudiantes.

—Ahí está el administrador de Correos— dijo el comerciante,—que tambien es forastero y puede ir con ustedes.

El partido era bastante desigual, porque de nuestros dos curas, uno apenas sabía jugar, y el otro no era más que pasadero, y el administrador de Correos tiraba bien la bola, pero era poco seguro, hacía sus cinco correspondientes. Los tres estudiantes, jugando contra otros tres, no teníamos miedo á nadie; pero éramos tres, y los contrarios eran todos seis buenos jugadores.

Empezamos, pues, á jugar temiendo la derrota, pero no había más remedio que aguantarla: era poco hidalgo rechazar el partido tachando implícitamente de inferiores á nuestros compañeros.

Se jugaba media cántara de limonada á cuatro juegos, y nos los ganaron casi seguidos: sin casi los tres primeros, mientras íbamos conociendo el terreno y los buenos asientos para las bolas; despues logramos ganar el cuarto, pero luego perdimos el quinto, con el cual hicieron ellos los cuatro, y ganaron el partido. Trajo el contador de los bolos la limonada, y comenzó á escanciárnosla sentados en un poyo que había á la puerta de la botica.

—Si esto es guerra, que nunca haya paz— dijo el primero que bebía, y todos asentimos al brindis y fuimos bebiendo, y, cada cual á su modo, amenizando el rato.

En esto acertó á pasar por la otra orilla de la plaza, por junto al portal del mercado, un hatajo de quince á veinte merinas que había comprado el carnicero para ir matando cada día una, y mientras las iba llegando la vez de morir, las echaba por las mañanas y por las tardes al pasto.

—Podíamos jugar una merina—dijo medio en broma el escribano,—y la cenábamos juntos esta noche.

—Ya no había tiempo de guisarla—dijo uno de mis compañeros por decir algo, sin figurarse que iba de veras la proposicion ni darla importancia.

—Sí, tiempo sí hay—replicó otro de los contrarios muy formalmente;—es ganado nuevo, son borregas, y cocería en seguida: son las seis, hasta las nueve cuece de sobra.

—¡Bueno, bueno!—añadió otro de ellos dando ya la cosa por hecha.—Cuando acabemos de jugarla, ya se puede empezar á comerla.

Todavía un anciano desinteresado que estaba presente puso otros reparos, diciendo que mientras volvían la merina del campo y la mataban, se iba lo poco que quedaba de la tarde, y cuando nos sentáramos á cenar había de ser cerca de la media noche, y que ¡á buena hora íbamos á ir los forasteros á casa!

—¡Cá! ¡No lo crea usted!—le decían á la vez tres ó cuatro de los contrarios, interrumpién-

dose unos á otros,—traerla y matarla es cosa de un momento. —Hay tiempo de sobra. —Antes de las nueve ya estamos cenando. —Estos señores (por nosotros), si no quieren ir tarde á casa, se quedan acá...

En fin, se pusieron tan pesados que nosotros cambiamos una mirada de resignacion, como diciendo «no hay remedio», y aceptamos el nuevo desafío.

Comenzamos á jugar, y nos ganaron el primer juego.

—Por supuesto que...—dijo el escribano al empezar el segundo—de esto no se ha hablado, pero creo que no hacía falta: ya se entiende que no sólo se juega la merina, sino la compostura y todo lo necesario para la cena, el pan, el vino...

—Y unas copas de ron si se han de beber—añadió un compañero suyo.

—Y unas mantecadas para postre—añadió otro,—qué tampoco vienen mal.

Todas aquellas añadiciones nos parecían faltas de delicadeza, teniendo como teníamos ya un juego perdido; pero ¿qué íbamos á hacer? Nos conformamos con todo pensando: —Éstos, como ven que vamos de vencida, se despachan á su gusto y nos cargan de firme.

Al tirar para el segundo juego, dijo entre nosotros uno de los estudiantes:

—Vamos á jugar con cuidado y vamos á jugar bien... ¿Por qué han de ganarnos?...

Efectivamente, jugamos bien; hasta el peor jugador hizo bastantes buenas bolas, y ganamos el juego. Estábamos iguales.

Para el juego siguiente nos tocó la mano.

Convinimos en que sería bueno ponerla un poco más lejos, porque algunos de ellos iban siendo ya entrados en edad, y, haciéndose esforzarse un poco, era posible que se desconcertaran. Así sucedió: les ganamos también aquel juego y el siguiente; teníamos tres juegos contra uno, lo cual era casi tener el partido ganado, porque faltándoles á ellos ganar tres y uno solo á nosotros, era muy difícil que dejáramos de hacerle antes de que ellos pudieran siquiera igualarnos.

Así lo debieron de comprender ellos también, pues se les veía decaídos.

En esto iba oscureciendo tanto, que desde la mano casi no se veían los bolos. Alguno que no era de nuestra parte, insinuó que podíamos dejarlo para otro día; pero la insinuación fué rechazada aún por los espectadores. ¿Cómo dejarlo si la caldereta estaría ya más de á medio cocer?

—Se trae una linterna y se alumbra—dijo uno de los que miraban;—al cabo, para un juego que falta...

—Puede que falten tres—le replicó el alcalde con mal disimulado enojo:—si ganamos nosotros éste y otro, nos ponemos tres á tres y decidirá el sétimo.

—Milagros ha habido—dijo el que había hablado,—pero ese...

Y desapareció de allí, volviendo á los tres minutos con un farolín cuadrangular muy limpio y reluciente. Luego trajeron otro algo mayor, y hubo dos hombres alumbrando la bolera, uno por cada lado.

Por cierto que uno de ellos era Daniel, no el profeta, sino el hojalatero de Pedrosa llamado así, que de casualidad andaba por allí aquella tarde.

Con tal motivo participó de la cena, y nos decía:

—Bien la he ganado, porque cuando iban á tirar ustedes, bajaba el farol para que vieran bien los bolos y el suelo, y cuando tiraban los de Riaño le levantaba para que no alumbrara más que á la pared de la iglesia y le movía para que les hiciera visos.

Todo era invencion de su buen humor habitual, pues con visos ó sin ellos aquel juego no podían menos de perderle, porque estaban ya bajo la impresion de su inferioridad y no acertaban nada: se le ganamos por muchos bolos.

Esperamos haciendo comentarios sobre el juego á que acabaran de guisar la merina, y, por fin, á las diez y media empezó la cena, que al principio y durante un buen rato fué muy agradable, pues la conversacion, sin dejar de ser animada, tampoco dejaba de ser discreta.

Pero despues, cuando á la mayoría de los

comensales, en especial de los agregados, se les fué calentando la cabeza con el vino, que andaba demasiado abundante, y se iban poniendo á medios pelos, dieron en hablar muy alto y hablar todos á un tiempo, y producían mareo y disgusto. Más todavía cuando dieron en fumar y pusieron el comedor hecho un infierno.

Porque era mucha gente; pues aunque la mesa se había puesto sólo para trece, los doce jugadores y el contador (dado que allí nadie tiene aprension de morirse por eso dentro del año), se fué alargando luego por la cola indefinidamente. Uno que había ido á volver la merina del campo, otro que había ido á avisar á la guisandera, otros que estuvieron teniendo por los faroles, otro que fué á buscar el pan, otro que fué á buscar el vino... y otros que tenían gana de ver lo que pasaba en la funcion ó de cenar á costa ajena, se habían reunido más que el doble de los jugadores. Esto sin contar media docena de mujeres que había en la cocina de ayudantas de la cocinera.

Así es que á los perdiciosos no les salió barata la broma. Aparte de la merina, que ya cuidó el carnicero de cobrársela poco menos que doble, porque era *la más gorda que tenía*, de vino se hizo un gasto exorbitante, oí que seis cántaras: sólo de vino un duro á cada quisque, y contándolo todo creo que salieron á cuatro duros por barba.

A nosotros nos daba risa del empeño malévolo que nuestros contrincantes habían puesto en que se jugara la merina en cuenta de que nosotros la habíamos de pagar, y de la innoble desfachatez con que todavía nos recargaron el importe de la apuesta cuando habíamos ya comenzado á perder... Todo para que la carga y la sobrecarga se les fuera encima. No les hicimos, con todo, ni la más mínima alusión al caso, porque bastante lo recordarían ellos.

Pero uno de los agregados, Daniel el del farol, al despedirse del escribano, que era el que más se carpía por lo cara que le salía la broma, le recordó un pasaje de la Historia Sagrada, diciéndole:

—A ustedes les ha sucedido lo que le sucedió á Aman con Mardoqueo: prepararon á estos señores la cruz y han sido ustedes crucificados en ella.

La ocurrencia de Daniel fué muy celebrada, y todavía se recuerda, como se recuerda el famoso partido de bolos en que se jugó la merina.

FIN

PROTESTA

Si alguna cosa apareciere en este libro contraria á la fé católica ó á las buenas costumbres, téngase por no escrita.

EL AUTOR.

ÍNDICE

CAZA MAYOR Y MENOR

Págs.

LA SAL Y LAS PALOMAS.....	5
LA CAZA DE FAISANES.....	13
LAS CODORNICES Y LOS ALAVESES.....	21
LA CAZA DEL OSO.....	31
LA CAZA DEL JABALÍ CON NIEVE.....	65
EL POZO DE LOS LOBOS.....	83
EL CAPELLAN DE PRIORO.....	93
¿PUEDEN CAZAR LOS CURAS?.....	103
CAZADOR ENCAUSADO.....	113
EL PADRE Y EL HIJO (episodio).....	127
COSAS DE LA ZORRA.....	137

DEPORTES RURALES—COSTUMBRES

LAS PELEAS DE TOROS.....	147
UNA ASCENSION Á ESPIGÜETE.....	169
LA SEMANA SANTA EN PEDROSA.....	179
EL DÍA DEL CORPUS.....	203
LOS VILLANCICOS.....	217
DE VIAJE.....	227
FIESTAS Y ROMERÍAS.....	247
UN PARTIDO DE BOLOS.....	265

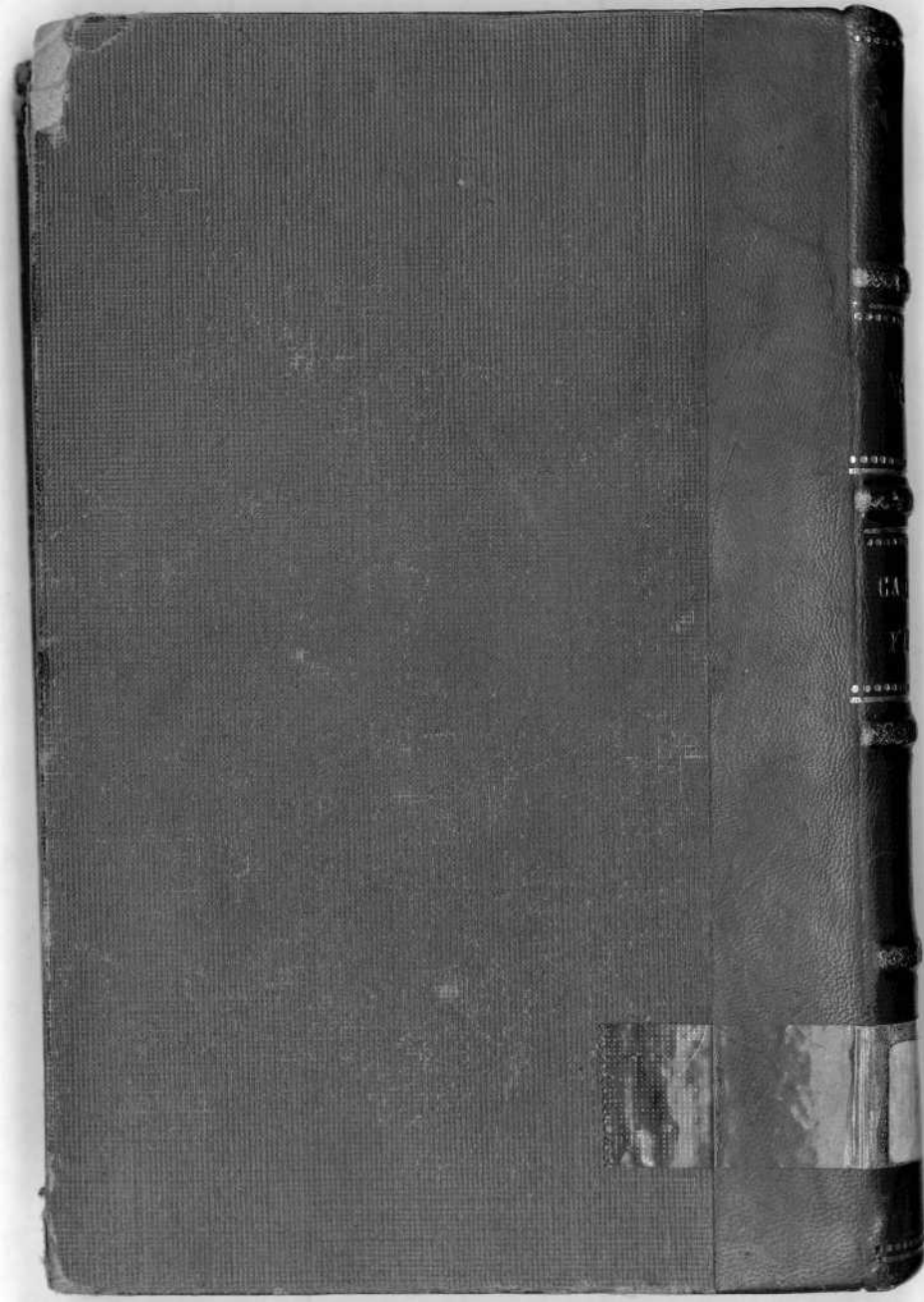
*Se acabó de imprimir este libro
en Madrid, en casa de los
Hijos de M. Tello,
el día 16 de Julio
del año de
1913.*











Valbuena

GAZA MAYOR

Y MENOR

2758